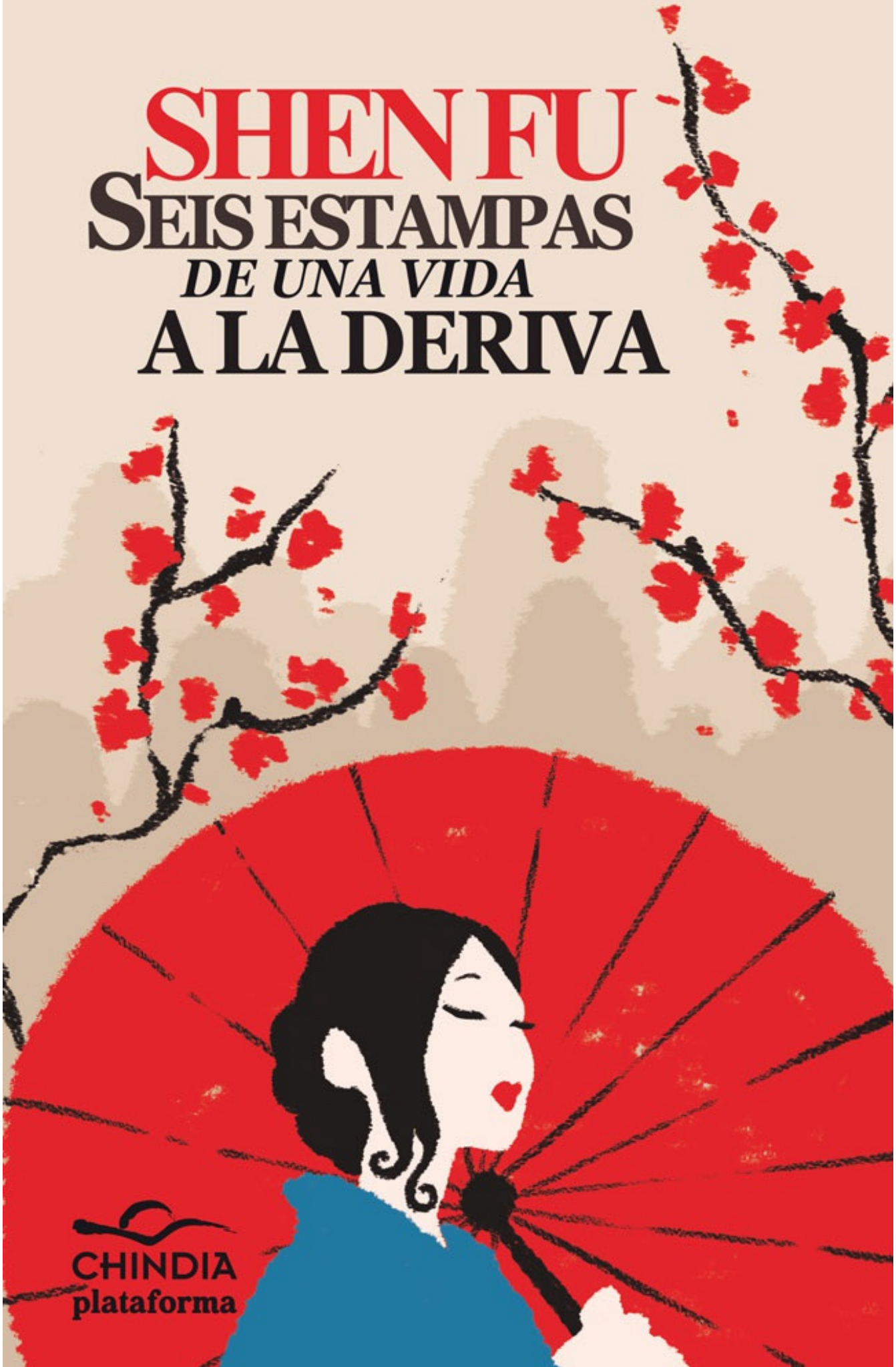
SHEN FU

SEIS ESTAMPAS *DE UNA VIDA* A LA DERIVA



CHINDIA
plataforma

Seis estampas de una vida a la deriva

Shen Fu

Traducción de Ricard Vela

CHINDIA
plataforma

Título original
Fu Sheng Liu Ji

Primera edición en esta colección:
noviembre de 2012

© de la traducción (del inglés), Ricard Vela, 2012
© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2012

Plataforma Editorial
c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona
Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14
www.plataformaeditorial.com
info@plataformaeditorial.com

ISBN: 978-84-16820-02-3

Diseño de cubierta:
Lola Rodríguez

Composición:
Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (**www.cedro.org**).

Nuestra vida a la deriva es inestable como un sueño;
¿por cuánto tiempo podremos disfrutar?

LI BAI

«Nota sobre el festín en una noche de primavera, en el jardín de melocotoneros y ciruelos»

INTRODUCCIÓN

El autor de este libro, Shen Fu, nació en Suzhou en el último tercio del siglo XVIII, durante el apogeo de la dinastía Qing, la última antes de la proclamación de la República de China en 1912. Fue secretario y asistente privado de altos cargos de la administración, un comerciante ocasional fracasado y un amante trágico, y a la mitad de su cuarentena dejó constancia de su vida en seis emotivas «estampas» que han hecho, y siguen haciendo, las delicias de los lectores chinos desde que salieron a la luz en el siglo XIX.

Pese a que son mucho más que eso, las *Seis estampas* son conocidas entre los chinos como una historia de amor. Como tal, desde un punto de vista occidental constituyen un caso único. Porque, aunque se trata realmente de una historia de amor entre Shen Fu y su esposa Yun, es una historia de amor ambientada en una sociedad china tradicional, y así este amor coexiste y se entremezcla con los *affaires* de Shen Fu con cortesanas e incluso con los intentos de su esposa por conseguirle una concubina. Pero, aun así, con todo eso, no es menos amor, menos historia de amor.

De esta forma, además de sus muchos valores narrativos y líricos, esta obra constituye un valioso documento social e histórico, especialmente para los occidentales interesados. En él descubrimos las distintas percepciones y presunciones chinas, que a menudo nos parecen sorprendentes, sobre cuestiones sexuales o económicas; sobre los matrimonios concertados, una tradición aún presente hoy en día; sobre la concepción tradicional china de la «familia grande», que ha pugnado por sobrevivir frente a la concepción de la «familia pequeña» impuesta por la revolución comunista; sobre el rol de las cortesanas y de las concubinas; sobre las prácticas administrativas de un régimen antiguo, en el que los altos funcionarios tenían que ser primero letrados y sólo después burócratas (es decir, que sabían más de poesía de hacía mil años que de impuestos); sobre su concepto del honor o de la amistad, o sobre criterios estéticos, espirituales y aspiracionales que nos resultan a ratos tan atractivos como peculiares.

Además, por ser una obra privada y no destinada a publicarse, el libro es doblemente excepcional por su franqueza y por su falta de convencionalismos, lo que lo convierte también en una singularidad en la propia literatura china. Este pequeño volumen nos cuenta mucho más sobre la vida cotidiana de los chinos corrientes, y sobre los problemas y las emociones reales de esa larga época imperial, que la mayor parte de la literatura oficial de ese período, y a la vez está mejor escrito, es más claro y más detallado que cierta literatura popular habitualmente oscura y llena de circunloquios. Esta excepcionalidad de la obra se refleja también en su peculiar estructura. Ya que se trataba de una especie de diario íntimo que no estaba sujeto a las normas compositivas de rigor, *Seis estampas* no se organiza estructurado cronológicamente, sino que sigue determinados temas y los examina a lo largo de toda su vida, pero uno cada vez, con lo que se producen ciertas variantes al referirse al mismo hecho que le confieren un nuevo encanto.

El texto original del libro, tal como lo conocemos hoy, está incompleto. Las dos últimas de las *Seis estampas* se perdieron en algún momento anterior a que se descubriera un manuscrito de la obra en una librería de viejo y a que fuera publicado por primera vez en 1877 por parte de Yang Yichuan. A finales de la década de los treinta del siglo pasado, la World Book Company de Shanghái publicó la que pretendía ser la edición completa de la obra, descubierta por un tal Wang Chun-ching en Suzhou. Esta misma versión se ha reeditado unas cuantas veces en Taiwán, incluso no hace demasiado tiempo. Sin embargo, los dos últimos capítulos del libro se sabe positivamente que son falsos y que fueron copiados de obras de otros autores (véase el apéndice final). Aparte de esos dos apócrifos, la única información adicional que parece fidedigna es el testimonio del propio autor de que estaba trabajando en él en 1809.

Habría resultado extraño que una obra tan atractiva e inusual no hubiera llamado la atención de lectores y traductores extranjeros. Además de las muchas versiones en otras lenguas asiáticas (empezando por el japonés, el coreano y el malayo), la obra cuenta con un mínimo de cinco traducciones al inglés, por mencionar sólo las que son accesibles en la actualidad. También ha sido publicada en Francia, Alemania, Italia, Dinamarca, Holanda, Suecia, Israel, la República Checa, Rusia y ahora, finalmente, en España. La primera de todas ellas, al inglés, la debemos precisamente al célebre escritor Lin Yutang

(autor, entre otras obras, del famoso ensayo *La importancia de vivir*), que la tradujo en 1935 para publicarla por entregas en formato bilingüe en un par de publicaciones del Shanghái cosmopolita de la época. Esta traducción todavía puede adquirirse hoy en forma de libro. En ella, justo antes de la aparición de la apócrifa versión completa, y quizá como detonante de la falsificación, Lin Yutang se hace eco en su introducción del testimonio de un viejo erudito de Suzhou, el señor Wang Tao, cuñado del primer editor de la obra, que recordaba haber visto el libro durante su niñez; es decir, durante la segunda o tercera década del siglo XIX. Ese dato le da las esperanzas necesarias para concluir su prólogo especulando con la posibilidad de que aún fuera posible hallar algún ejemplar completo en alguna biblioteca privada o librería anticuaria de Suzhou, circunstancia que no se ha producido todavía.

SEIS ESTAMPAS DE UNA VIDA A LA DERIVA

PRIMERA PARTE

Felicidad conyugal

Nací durante el invierno del vigésimo séptimo año del reinado del emperador Qianlong,[1] el vigésimo segundo día del undécimo mes. El cielo me bendijo y la vida no podría haberme sido más propicia. Fue una época de una gran paz y prosperidad para el país, y yo vi la luz en una familia de letrados que vivía al lado del Pabellón de las Olas Azules, en Suzhou.[2] Como escribió el poeta Su Dongpo,[3] «El mundo es como un sueño de primavera, que se desvanece sin dejar huella». Si no pusiera por escrito mis recuerdos de esa época, eso sería mostrarme ingrato con las providencias del cielo.

Ya que el primero de los trescientos capítulos del *Libro de las odas* es un poema de amor conyugal, también yo hablaré primero de mi vida matrimonial y el resto seguirá después. Desafortunadamente, nunca pude completar mis estudios y, por lo tanto, soy un hombre de conocimientos limitados y no demasiado diestro en el arte de escribir, por lo cual sólo relataré sentimientos verdaderos y hechos reales, sin adornos. Buscarle algún estilo a mi escritura sería como proyectar el resplandor de una luz brillante sobre un espejo sucio y sin pulir.

Cuando aún era niño fui prometido a Chin Sha-yu, pero murió cuando tenía ocho años. Finalmente contraje matrimonio con una de mis primas Chen, la hija de mi tío materno Chen Hsin-yu. Su nombre era Yun y su nombre literario, Shu-Chen.[4]

Desde la niñez había manifestado algunos talentos. Cuando empezó a hablar le enseñaron la *Balada del laúd*[5] y supo repetirla casi inmediatamente.

Tenía sólo cuatro años cuando murió su padre y, junto con su madre, cuyo nombre familiar era Chin, y su hermano menor, Ko-chang, al principio conoció de cerca los rigores de la miseria. Conforme Yun fue creciendo destacó pronto en las labores de costura, y la agilidad de sus diez dedos acabó siendo imprescindible para procurar el sustento de los suyos. Gracias a su trabajo, siempre consiguieron pagar puntualmente la educación de su hermano.

Un día, entre los libros de Ko-chang, Yun encontró un ejemplar de la *Balada del laúd* y, basándose en sus recuerdos infantiles del texto, consiguió descifrar sus caracteres uno por uno. Y así fue como empezó a aprender a leer. Desde entonces se aficionó

gradualmente a componer poemas durante las pausas de sus labores. En uno de ellos se encontraban estos versos:

> Acosada por el otoño, nuestra sombra adelgaza.
> Rociados de escarcha, los crisantemos se ensanchan.

Cuando yo tenía trece años acompañé a mi madre a su casa para conocer a su familia. Ésa fue la primera vez que me encontré con mi prima Yun. Como todavía éramos niños nos llevamos bien inmediatamente, y ella incluso me dejó leer lo que había escrito. Me maravilló su talento, pero en mi fuero interno me dio miedo que una joven tan sensible nunca pudiera ser completamente feliz. Sin embargo, no dejaba de pensar en ella, y recuerdo que un día le dije a mi madre:

—Si estás pensando en escoger una esposa para mí, yo solamente aceptaré casarme con mi prima Yun.

Mi madre también la quería por su gentileza, así que se dio prisa en concertar nuestro compromiso, y para sellar el acuerdo la obsequió con un anillo de oro que ella misma llevaba en el dedo. Eso ocurrió en el trigésimo noveno año del reinado del emperador Qianlong, el decimosexto día del séptimo mes.[6]

Durante el invierno siguiente, acompañé a mi madre a la boda de una prima de Yun, hija de otro de mis tíos maternos. Yun y yo habíamos nacido el mismo año, pero como me llevaba diez meses yo había adquirido la costumbre de llamarla «hermana mayor», mientras que ella me llamaba «hermanito».[7] Los dos seguimos llamándonos así incluso después de estar comprometidos.

En aquella boda todos lucían bellos trajes de fiesta. Sólo Yun vestía con sencillez, pero, en cambio, calzaba zapatos nuevos. Me llamó la atención la elegancia del bordado que los adornaba, y cuando me enteré de que era obra suya empecé a darme cuenta de que Yun era experta en manejar el pincel no solamente para escribir poesía.

Tenía los hombros delicados y un cuello largo y majestuoso; su figura era esbelta sin parecer huesuda. Las cejas arqueadas destacaban la viveza y el refinamiento de sus bellos ojos. El único defecto de su rostro consistía en dos dientes frontales que sobresalían levemente, lo cual no parecía un buen augurio. Pero sus maneras eran tiernas y encantadoras en conjunto, y conseguía cautivar a todos los que la veían.

Quise examinar de nuevo lo que había escrito. Se trataba principalmente de dísticos o de estrofas de tres o cuatro versos, casi todos inacabados. Le pregunté por la causa.

—Son obras compuestas sin maestro —me contestó riendo—. Me gustaría que tú, como mi amigo más cercano, pudieras ser mi maestro, me enseñaras a escoger mejor las palabras y me ayudaras a terminarlas.

Entonces, como juego, escribí sobre el forro del cuaderno: «Estuche bordado de versos hermosos»,[8] sin imaginar en absoluto que tales palabras contenían ya el presagio del final prematuro de mi prima y que el origen de su muerte estaba encerrado en ese libro.

Esa noche, cuando regresé de las afueras, adonde había acompañado a la recién casada después de la boda, ya pasaba de la medianoche. Yo tenía mucha hambre y pedí algo de comer. Una sirvienta me trajo ciruelas secas, que hallé demasiado dulces. Yun me tiró a hurtadillas de la manga y la seguí hasta su cuarto, donde vi que había escondido un tazón de gachas de arroz calientes y algunos platillos con comida. Cogí los palillos con alegría y ya me disponía a comer cuando oí cómo Yu-heng, otro primo de Yun, la llamaba:

—Yun, ¡ven rápido!

Yun cerró la puerta apresuradamente y gritó:

—Estoy muy cansada, estaba a punto de acostarme.

Pero Yu-heng empujó la puerta y entró igualmente.

Al verme preparado para comerme las gachas esbozó una sonrisa socarrona y miró a Yun de reojo:

—Hace un rato, cuando yo te pedí unas gachas de arroz, me dijiste que se habían terminado. Pero ¡la verdad es que las tenías escondidas para tu «marido»!

Yun se quedó muy avergonzada por el incidente y salió corriendo, ya que todos los habitantes de la casa se echaron a reír y se burlaron de ella. Yo, por mi parte, muy irritado y también avergonzado, desperté a mi viejo sirviente y regresé pronto a casa.

Desde entonces, si yo iba a su casa, Yun siempre se cuidaba de esconderse y yo sabía que me evitaba por miedo de exponerse al ridículo.

No volvería a verla hasta que llegó a mi casa la misma noche de nuestra boda, que se celebró el día vigésimo segundo del primer mes del año cuadragésimo cuarto del reinado del emperador Qianlong.[9] Entonces, a la luz de nuestras velas nupciales, volví a encontrarme con la grácil silueta que había conocido. Se levantó su velo de novia, nos miramos y nos sonreímos el uno al otro. Después de haber bebido vino, conforme al rito,

en las copas gemelas de los recién casados, nos sentamos juntos para el banquete de bodas. Allí le cogí la mano a escondidas por debajo de la mesa. Una mano tibia y suave, y mi corazón latiéndome en el pecho sin control.

Le rogué que empezara a comer, pero resultó que ese día estaba observando su período de régimen vegetariano, una práctica budista que llevaba siguiendo desde hacía varios años. Yo calculé para mí que el inicio de tales períodos de abstinencia había coincidido con mis primeros brotes de acné y le dije riendo:

—Ahora que mi piel ya se ve limpia y saludable, ¿no querrías abandonar tu ayuno?

Sus ojos sonrieron con diversión, me miró y asintió con la cabeza.

Como mi propia hermana tenía que casarse el día veinticuatro, y el veintitrés estaban prohibidas las fiestas y cualquier otro entretenimiento por ser un día de luto nacional, el banquete de despedida en su honor tuvo que celebrarse la noche del veintidós, el mismo día de mi boda. Yun participó en el banquete, pero yo me pasé el rato en nuestro dormitorio bebiendo con la dama de honor de mi hermana. Allí jugamos a uno de esos juegos en que el que pierde tiene que apurar su copa y, como no hice más que perder, me emborraché por completo y acabé durmiéndome. Cuando me desperté al día siguiente, Yun ya casi había terminado de maquillarse.

Ese día nos dedicamos por completo a agasajar a la corriente interminable de parientes y amigos que vinieron a felicitarnos por nuestro matrimonio. Y por la noche, después de que se hubieran encendido las linternas, se sucedieron algunas actuaciones musicales en nuestro honor.

A las doce de la noche, al empezar el día veinticuatro, cumplí con mi papel de hermano de la recién casada y la acompañé a su nuevo domicilio conyugal. Cuando regresé, casi a las tres de la madrugada, la casa estaba en el más absoluto silencio y las llamas de las velas habían decrecido, casi agotadas. Entré sigilosamente en nuestra habitación y me encontré dormitando a la anciana criada de Yun, acostada en el suelo al pie de la cama. Yun se había quitado ya sus atavíos de novia, pero todavía no se había dormido. Su hermoso cuello empolvado, inclinado sobre un libro que la tenía absorta y que yo no pude identificar, relucía al resplandor de una vela. Le puse la mano en el hombro y le dije:

—Hermana mayor, los últimos días te han tenido muy ocupada. ¿Por qué estás leyendo tan tarde? ¿No te sientes cansada?

Yun volvió rápidamente la cabeza y se levantó para decirme:

—Estaba pensando en acostarme cuando abrí la estantería y de pronto vi este libro, *Historia del ala oeste*.[10] En cuanto he empezado a leerlo, no he podido dejarlo y me ha hecho olvidar mi cansancio completamente. Había oído hablar a menudo de esta obra, pero era la primera vez que tenía el libro ante mis ojos. Su reputación de obra maestra es muy justamente merecida aunque tenga, a mi juicio, expresiones quizá demasiado explícitas.

—Sólo los escritores excepcionalmente dotados pueden ser tan explícitos —le dije riéndome.

La vieja sirvienta nos exhortaba para que nos acostáramos, pero le dijimos que se adelantara ella, que se fuera a dormir primero y que cerrara la puerta de nuestro dormitorio. Me senté al lado de Yun y empezamos a bromear como dos amigos entrañables después de una larga separación. A modo de juego puse mi mano sobre su pecho y sentí latir su corazón tan desenfrenadamente como el mío. La atraje hacia mí y le susurré al oído:

—¿Por qué tu corazón palpita así de rápido?

Ella se volvió hacia mí y me respondió con una sonrisa insinuante que me hizo sentir un amor tan infinito que sacudió mi espíritu. Entonces nuestras almas se confundieron en un torbellino de pasión. Sin soltarla, separé las cortinas del lecho y la dejé sobre él. El alba nos sorprendió antes de que nos diéramos cuenta.

Como recién casada, Yun era una mujer tranquila. No se enfadaba nunca y cuando le hablaban respondía siempre con una sonrisa. Servía a nuestros mayores con respeto y trataba con gentileza a todos los demás. Lo hacía todo con disciplina y con extremo cuidado, y hubiera sido difícil encontrar algo que reprocharle. Cada mañana, apenas los rayos de la aurora empezaban a iluminar la ventana, ella se vestía rápidamente y se apresuraba a levantarse, como si acudiera a cumplir una orden.

—Ahora no es como aquella vez en que me guardaste las gachas de arroz calientes —le dije riendo una vez—. ¿O es que todavía temes que se metan contigo?

—Tienes razón —me respondió—. Ese tazón que escondí para ti se ha convertido en un chisme habitual. Pero ya no me preocupa lo que la gente pueda decir, ni si se ríen de mí o no. Lo que temo es que tus padres piensen que su nuera es perezosa.

Por mucho que yo quisiera retenerla más tiempo en la cama, no podía hacer otra cosa que alabar su sentido del deber y tuve que conformarme con levantarme al mismo tiempo que ella. De forma que a partir de esa hora tan temprana estábamos siempre juntos, inseparables como un hombre y su propia sombra, y nuestro amor llegó a ser tal que no existen palabras que puedan describirlo.

Mas los días felices transcurren velozmente y nuestro primer mes de casados llegó a su fin en un abrir y cerrar de ojos. En aquel entonces mi padre, el honorable Chia-fu, ocupaba un puesto como secretario privado en las oficinas de la subprefectura de Kuaiji[11] y envió especialmente a un criado para llevarme a su lado. Él me había puesto a estudiar bajo la dirección del maestro Chao Seng-chai de Wulin,[12] hombre muy paciente y metódico en su enseñanza. Si hoy puedo escribir medianamente, todo el mérito es suyo.

Cuando regresé a casa para contraer matrimonio, quedó acordado que no tardaría en volver con mi padre para proseguir mis estudios con mi maestro. Sin embargo, no dejé de sentir una gran confusión al recibir su carta con la orden de partida. Temía, además, que Yun prorrumpiera en sollozos. Todo lo contrario, pues procuró no mostrar ninguna emoción, me dio ánimos para partir y empezó a preparar mi equipaje. Aquella noche me pareció que estaba ligeramente apagada, pero eso fue todo. Llegado el momento de separarnos, no obstante, me musitó al oído:

—Ahora no tendrás quien te atienda. ¡Ten mucho cuidado, por favor!

Embarqué y soltamos las amarras. Era la época en que los melocotones y los ciruelos reventaban de flores, pero yo me sentía como el pájaro que ha perdido su bandada. Mi mundo había sufrido un terremoto. Cuando llegué a las oficinas en las que trabajaba mi padre, él empezó inmediatamente a hacer sus preparativos para cruzar el río hacia un nuevo destino más al este.

Pasaron tres meses de separación que me parecieron diez largos años. Yun me escribía con frecuencia, pero sus cartas se interesaban por mí el doble de lo que me contaban sobre ella misma. La mayor parte de lo que me escribía eran exhortaciones para darme aliento con mis estudios, y el resto nada más que amables lugares comunes. En realidad, estaba un poco enfadado con ella. Cada vez que la brisa susurraba en los bambúes del patio, o que la luna brillaba a través de las hojas de los bananos frente a mi ventana, yo

me asomaba y echaba tanto de menos a mi amada, y tan terriblemente, que los sueños sobre ella acabaron por tomar posesión de mi alma.

Mi maestro no dejó de advertir mi estado, le escribió a mi padre al respecto y le comunicó sus intenciones: encargarme diez temas para componer y mandarme de regreso a casa una temporada para que los desarrollara allí. Acogí su decisión como un preso recibiría la noticia de su indulto.

En el barco de regreso, sin embargo, el tiempo me pesaba tanto que cada cuarto de hora se me hacía tan largo como un año entero. Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue ir a saludar a mi madre. Después de presentarle mis respetos y de preguntar por su salud, me dirigí rápidamente hacia nuestra alcoba. Al verme, Yun se incorporó y vino a recibirme de inmediato. Me cogió de las manos sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra. Embriagados, nuestras almas se disolvían en una especie de neblina. Creí oír algo, pero fue como si mi cuerpo hubiera dejado de existir completamente.

Era ya el sexto mes del año y dentro de nuestra habitación el bochorno era sofocante. Por suerte, nuestra casa se encontraba justo al lado de la Galería de los Amantes de los Lotos, dentro del jardín del Pabellón de las Olas Azules, mucho más fresquita. Una vez atravesado el puente de madera que daba acceso a la Galería, se llegaba primero a una pequeña construcción en forma de porche abierto que daba directamente al agua y que se llamaba Mi Deseo. El sentido de este nombre radica en que, según nuestro deseo, «si el agua está clara puedes lavar las cintas de tu sombrero. Si está turbia, puedes lavarte los pies».[13]

Casi bajo los aleros del techo se alzaba un viejo árbol que protegía los ventanales con una sombra tan tupida que coloreaba los rostros de verdes reflejos. En la otra orilla del canal podía verse el paso de la gente en un continuo vaivén. En este lugar es donde mi padre, el honorable Chia-fu, solía atender a sus invitados con la privacidad que proporcionaban las persianas de bambú. Le pedí permiso a mi madre para llevar a Yun a pasar el verano allí y escapar del bochorno. Hacía tanto calor que Yun interrumpió sus labores de bordado y me hacía compañía mientras yo estudiaba. Ahí nos pasábamos todo el día, discutiendo sobre nuestras lecturas y conversando acerca de los tiempos antiguos. Según la hora, analizábamos la belleza de los claros de luna o cambiábamos impresiones sobre las flores, comparándolas entre ellas. Yun no resistía bien la bebida y sólo

aceptaba tomarse, como máximo, tres copitas de vino de arroz cuando yo le insistía. Le enseñé un jueguecito literario en el que el perdedor tenía que tomarse una copa entera. Nos parecía que en el mundo no había existido una pareja más feliz que nosotros.

Un día, Yun me preguntó:

—De todos los maestros antiguos, ¿quién crees tú que es el mejor?

—Depende de los modelos que busques —le respondí—. Los *Anales de los Reinos Combatientes* y el *Zhuang zi* son conocidos por la vivacidad y la sutileza. Kuang Heng y Liu Hsiang, por su elegancia y distinción; Shih Chien y Ban Gu, por su amplitud de miras, mientras que Chang Li es apreciado por su vasta erudición y Liu Zihou, por su estilo vigoroso. Lu Ling es famoso por su originalidad y Su Xun, junto a sus dos hijos, por la elocuencia de sus ensayos. Luego están también las obras políticas de Jia y Dong, que se refieren a asuntos imperiales, los estilos poéticos de Yu y Hsu, los memoriales imperiales de Lu Chih y tantos otros cuya lectura es provechosa, demasiados para enumerarlos a todos.[14] Así pues, al lector inteligente le corresponde formarse su propio criterio y valorarlos según sus gustos y simpatías.

—La prosa literaria antigua exige profundos conocimientos y una energía varonil —dijo Yun—, y me temo que es de difícil alcance para la instrucción de una mujer. En cambio, me parece que la poesía es un saber que podemos alcanzar más fácilmente, y eso que yo no la entiendo más que un poco.

—Durante la dinastía Tang —le comenté—, la poesía figuraba entre las pruebas obligatorias de los exámenes imperiales para los funcionarios. Li Bai y Du Fu son sin duda los maestros más apreciados.[15] ¿Cuál prefieres tú?

—En los poemas de Du Fu se suele reconocer una forma muy trabajada y un arte consumado, mientras que los de Li Bai vibran con libertad y naturalidad. Personalmente me gusta más la vivacidad de Li Bai que el rigor de Du Fu.

—Pero generalmente se admite que Du Fu es el príncipe de los poetas —proseguí—, puesto que también fue el que cosechó más éxitos. Es el que prefieren la mayor parte de los letrados y eruditos. ¿Por qué te distingues al escoger a Li Bai?

—Indudablemente —contestó ella—, respecto a la perfección formal y a la propiedad de los términos y las ideas, Du Fu no tiene par. Lo cual no quita que los poemas de Li Bai tengan una gracia casi sobrenatural que me recuerda a los Inmortales de la montaña Gushe.[16] Su poesía fluye como una flor caída que corre en el agua del arroyo, lo que la hace encantadora para mí. No pretendo afirmar, ni remotamente, que Li Bai sea mejor

poeta que Du Fu; es sólo que mi amor por uno es más profundo que mi respeto por el otro.

—No sospechaba que fueras una admiradora tan ferviente de Li Bai —le dije con una sonrisa.

—Pero no olvidemos tampoco al primer maestro que me abrió la mente, Bai Juyi[17] —dijo ella, bromeando también—. No podría dejar de recordarlo, ya que siempre lo llevo en mi corazón.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—¿No es acaso el autor de la *Balada del laúd*?

—¡Qué curioso! —exclamé—. Así pues, Li Bai es tu amigo del alma y Bai Juyi es tu primer maestro. Y se da la circunstancia de que el nombre literario de tu esposo es San Bai. ¿Qué misterioso lazo tienes con el carácter *bai* ?[18]

—Si estoy misteriosamente vinculada con el carácter *bai* —replicó Yun entre risas—, es de temer que en el futuro mi escritura esté plagada de caracteres *bai*. —(En nuestro dialecto de Jiangsu, el carácter *bieh* lo pronunciamos *bai*.)[19] Y los dos nos echamos a reír.

—Ya que sabes tanto sobre poesía —proseguí—, me gustaría oír lo que opinas de la forma poética llamada *fu*.[20]

—Sólo sé que los *fu* provienen de las antiguas elegías de Chuci —replicó Yun—, pero con mi escaso saber me cuesta mucho entenderlos. En cualquier caso, entre los autores de *fu* de las dinastías Han y Qin, reconocidos como los más sublimes por su dominio de la versificación y por el refinamiento de su lenguaje, yo considero que Sima Xiangru fue el mejor.[21]

—Si en aquel tiempo —le dije bromeando— Wenjun se fugó con Sima Xiangru, quizás el motivo no haya sido tanto su habilidad con la cítara como su mérito literario.[22] —Y ambos volvimos a reírnos a carcajadas.

Mientras que yo, despreocupado por las reglas sociales, soy por naturaleza franco y libre en mis modales, Yun, por el contrario, observaba un formalismo puntilloso de viejo preceptor confuciano. Cuando alguna vez le ponía una capa sobre los hombros, o la ayudaba a ajustarse las mangas, ya empezaban invariablemente los «discúlpame» de nunca acabar, y cuando le alcanzaba un pañuelo o un abanico, nunca dejaba de

levantarse para recibirlo de mi mano. Al principio eso no me gustaba y acabé por decírselo:

—¿Quiere paralizarme mi querida con tanto ceremonial? Recuerda lo que dice el proverbio: «mucha cortesía, poca sinceridad».

Yun enrojeció hasta las orejas y dijo:

—¿Por qué sugieres que soy insincera cuando no hago más que mostrarme cortés y respetuosa?

—El respeto —le dije— emana del corazón, no de fórmulas vacías.

—No hay relación más estrecha que entre padres e hijos —replicó Yun—. ¿Puede concebirse que los hijos se muestren groseros y conserven a la vez el respeto por sus padres en el fondo de sus corazones?

—Pero no era más que una broma, no hace falta que te lo tomes así.

—En las parejas muchas veces se empieza con bromas y luego se acaba discutiendo —contestó ella—. No vuelvas a discutir conmigo como broma, te lo ruego; me entristece tanto que podría morirme de pena.

La abracé y me estuve acariciándola hasta que se le pasó el enfado y la sonrisa volvió a iluminar su rostro. Desde aquel día, las frases amables del tipo «¿cómo me atrevería?» o «discúlpame» se convirtieron en expresiones naturales entre nosotros. Siguiendo el ejemplo de Liang Hong y Meng Kuang,[23] la cortesía imperó entre nosotros durante los veintitrés años de nuestra vida común y, sin embargo, cuanto más tiempo pasaba más entrañablemente unidos nos sentíamos.

Cuando nos encontrábamos en una habitación sin iluminar o en un pasillo estrecho de la casa, nunca dejábamos de cogernos de las manos y de preguntarnos el uno al otro: «¿Adónde vas?». Y cuando lo hacíamos nos sentíamos furtivos y nos latía el corazón, como si temiéramos que los demás nos vieran. En realidad, al principio nos escondíamos de la gente para sentarnos juntos o caminar en compañía, pero a la larga dejamos de preocuparnos por ello.[24] Si Yun estaba sentada conversando con alguien y me veía llegar, se levantaba enseguida y se apartaba para que me sentara a su lado. No hubiéramos podido explicar por qué nos portábamos así el uno con el otro. Al principio sí que nos daba un poco de vergüenza, pero nos acostumbramos paulatinamente y llegamos a considerarlo del todo natural. Lo que a mí siempre me asombraba en aquella época era darme cuenta de que, en las viejas parejas, los esposos parecían tratarse como enemigos. En ese sentido, la gente dice: «Tiene que ser así; de otra forma, ¿cómo

podrían vivir juntos hasta la vejez?». Y no dejaba de preguntarme hasta qué punto eso podía ser cierto.

La noche del séptimo día del séptimo mes, Yun dispuso el incienso, las velas, unos melones y otras frutas en el altar del Mirador de Mi Deseo para celebrar juntos el culto a Zhi Nu.[25] Yo había mandado grabar dos sellos de piedra con esta inscripción: «¡Ojalá sigamos siendo marido y mujer para siempre en todas nuestras vidas futuras!». Yo me quedé con el sello que tenía los caracteres en relieve y le di a ella el ejemplar negativo, con los caracteres en hueco, para usarlos como firmas en nuestra correspondencia. Aquella noche, la luna resplandecía con su luz. Al asomarnos al canal, su reflejo centelleaba y transformaba los rizos del agua en un hervor de blancos hilos de seda. Vestidos con ropas ligeras, nos acomodamos frente al porche que dominaba las aguas mientras nos abanicábamos suavemente. Si elevábamos nuestra mirada veíamos cómo las nubes volaban por el cielo y se convertían en diez mil formas cambiantes.

—El mundo es enorme, pero aun así todos contemplamos la misma luna —dijo Yun —. Me pregunto si habrá hoy en el mundo entero dos seres unidos por un amor como el nuestro.

—Como es natural, en todas partes hay gente que sale a tomar el fresco y a gozar del claro de luna —le respondí—. Y seguro que existe un buen número de mujeres que disfrutan del espectáculo del cielo y nutren sus sueños de esa belleza. Pero, cuando dos esposos contemplan juntos el atardecer, apostaría a que la hermosura de la puesta de sol no es el tema principal de su conversación.

Las velas se consumieron pronto y la luna se hundió en el horizonte. Retiramos las ofrendas de frutas y nos acostamos.

El día quince del séptimo mes, cuando hay luna llena, se celebra lo que el pueblo llama Festival de las Almas de los Muertos. Yun había preparado un pequeño festín y habíamos planeado invitar a la luna para que bebiera con nosotros. Pero, para nuestra decepción, el cielo se fue nublando de repente al acercarse la noche. Yun se entristeció y dijo:

—Si quiero tener alguna esperanza de envejecer a tu lado, la luna debe aparecer esta noche.

Yo también me sentía abatido. Sin embargo, en la orilla opuesta podían verse los puntos luminosos de los fuegos fatuos parpadeando como diez mil luciérnagas que, en su vuelo, enhebraran su resplandor fugaz entre las hierbas altas y los sauces que crecían en la pequeña isla del canal.

Entonces, para ahuyentar la melancolía y ponernos de mejor humor, Yun y yo empezamos a componer juntos un poema en voz alta, completando cada uno los pareados que iniciaba el otro. Al cabo de pocas rimas, y cuanto más crecía el poema, nos sentimos más libres y excitados, hasta que terminamos por añadirle todas las incoherencias que se nos cruzaron por la mente. Yun se vio pronto sacudida por la risa y se desplomó sobre mi pecho sin poder retener las lágrimas, incapaz de articular una palabra más. El denso perfume del jazmín que llevaba en el pelo tomó mi olfato por asalto, así que le palmeé la espalda y, para calmar sus risas, cambié de tema.

—Creía que antaño las cabelleras femeninas se solían adornar con capullos de jazmín porque se asemejan a las perlas, redondos y luminosos. No hubiera imaginado que la verdadera razón fuera que el aroma del jazmín resulta mucho más placentero al mezclarse con el perfume del cabello aceitado y del rostro maquillado. Ni el mismo aroma de las manos de Buda[26] que se ofrendan en el culto se le puede comparar en atractivo.

Yun dejó de reír y me dijo:

—La mano de Buda es el duque de los perfumes. Su olor es tan sutil que lo percibes de manera inconsciente. El jazmín, en cambio, es como un plebeyo, que necesita confiar en el maquillaje de la mujer para conseguir su efecto. Es sugestivo, como una sonrisa pícara o zalamera.

—¿Por qué será entonces que te apartas del duque y te encariñas con el plebeyo?

—Sólo querría divertirme con los duques que aman a los vulgares plebeyos —respondió ella con agudeza.[27]

Así conversando nos dieron las doce de la noche y vimos que las nubes, barridas por el viento, dejaban por fin al descubierto una luna redonda como una rueda de carroza. ¡Qué alegría! Sentados el uno al lado del otro en el alféizar comenzamos a beber, pero apenas habíamos apurado la tercera copa cuando de repente oímos un estruendo que venía de debajo del puente, como si alguien hubiera caído al agua. Enseguida nos asomamos a la ventana y miramos alrededor a conciencia, pero no vimos nada en absoluto, excepto el agua lisa y brillante como un espejo. Solamente oímos el ruido que

hacía un pato corriendo entre las hierbas de la ribera. Yo sabía que los fantasmas de las personas que se habían ahogado solían aparecer en las aguas del río que atravesaba el Pabellón de las Olas Azules, pero, conociendo su natural impresionable, no me atrevía a comentárselo a Yun por miedo a asustarla.

—¡Ay! ¡Ese ruido! —exclamó, no menos atemorizada con mi silencio—. ¿De dónde habrá llegado?

Un escalofrío nos recorrió a los dos y nos llegó hasta los huesos. Cerré precipitadamente la ventana y nos apresuramos hacia nuestra habitación, llevándonos la botella de vino. La llama de la lámpara no alcanzaba el tamaño de un guisante y, en la penumbra, sobre las cortinas de la cama se proyectaban sombras que se retorcían como serpientes. Alarmados por visiones engañosas, no dejábamos de temblar. Después de reavivar la llama de la lámpara nos metimos en la cama, pero Yun se consumía alternativamente de frío y de calor a consecuencia de la conmoción. Pronto me sucedió lo mismo, un mal que no nos abandonaría hasta después de veinte días. Es bien cierto lo que se dice de que la felicidad extrema se convierte en pena, y lo que había sucedido auguraba, además, que el destino no nos iba a permitir llegar juntos hasta la vejez.

El día quince del octavo mes, día en que se celebra el Festival de la Mitad del Otoño,[28] me encontraba casi restablecido de mi enfermedad, aunque todavía un poco débil. A pesar de ser mi esposa durante ya más de medio año, Yun todavía no había visitado el Pabellón de las Olas Azules propiamente dicho, aunque estaba al lado de casa. Así que un día envié a mi viejo criado para solicitarle al guardia que no dejara penetrar en el recinto a ningún otro visitante. Al atardecer fuimos hasta allí Yun y yo, en compañía de mi hermana menor, y asistidos por una nodriza y una joven sirvienta. Nos guiaba el viejo criado. Después de atravesar el puente de piedra y el portón, de girar hacia el este y seguir un pequeño sendero serpenteante, llegamos a un laberinto de rocallas amontonadas que formaban una montaña artificial y donde los árboles ofrecían una frondosidad bien tupida. El pabellón se alzaba encima de una modesta loma. Escalamos los peldaños hasta la cumbre, desde la cual la vista alcanzaba varios kilómetros a la redonda. El humo de las chimeneas se elevaba por todas partes mientras el cielo centelleaba con los oros del ocaso.

Había en la orilla opuesta un paraje llamado el Bosque de Chinshan, donde los altos funcionarios solían dar sus banquetes oficiales. En aquella época aún no se había establecido allí la Academia Chengyi. Llevábamos con nosotros una manta gracias a la cual pudimos sentarnos en círculo en el centro del pabellón, mientras el guardia nos preparaba y nos servía el té. El globo lunar surgió muy pronto entre las copas de los árboles y la brisa del atardecer se hizo sentir gradualmente en las mangas de nuestros vestidos. Las ondulaciones del agua reflejaban el espejeo de la luna y todas las preocupaciones de la vida se disiparon rápidamente.

—Qué noche tan deliciosa —dijo Yun—. ¿No sería fantástico tener un pequeño bote y poder remar alrededor del pabellón?

Había llegado ya la hora de encender las linternas, así que, con el recuerdo del espanto que pasamos la noche del Festival de las Almas de los Muertos en mente, nos ayudamos mutuamente para bajar del pabellón y regresamos a casa cogidos de la mano. En Suzhou, las mujeres de toda condición, ricas o pobres, acostumbran salir en grupos la noche del Festival de la Mitad del Otoño para hacer rondas nocturnas. Es lo que se conoce como «pasear al claro de luna». Pero, aunque el Pabellón de las Olas Azules era un lugar de apacible y serena belleza, aquella noche no vino nadie a rondar por esos jardines.

A mi padre, el honorable Chia-fu, le gustaba adoptar hijos, así es que yo tenía veintiséis hermanos con apellidos distintos al mío.[29] Mi madre, por su parte, tenía también nueve hijas adoptivas. Entre ellas, la señorita Wang, la segunda, y la señorita Yu, la sexta, eran las mejores amigas de Yun. Bastante simple e ingenua, la señorita Wang tenía cierta debilidad por la bebida, mientras que la señorita Yu era tan franca como parlanchina. Cada vez que se juntaban para visitar a Yun, acababan expulsándome para poder dormir las tres en la misma cama. Yo sabía que se trataba de una idea de la señorita Yu y un día le dije en tono de broma:

—Cuando usted se case invitaré a su marido y lo tendré conmigo por lo menos diez días seguidos.

—En ese caso yo también vendré —contestó ella— y compartiré la cama con su esposa. ¿A que será divertido?

Yun y la señorita Wang no dijeron nada, pero no tuvieron más remedio que sonreírse ante esta réplica.

Con motivo del matrimonio de mi hermano menor, Chi-tang, nos mudamos al callejón del Granero de Arroz, cerca del puente del Abrevadero de Caballos. La casa nueva, aunque amplia, no era ni remotamente tan hermosa como la que habíamos ocupado junto al Pabellón de las Olas Azules. Para el cumpleaños de mi madre, ese año contratamos una compañía de ópera y Yun quedó fascinada desde el principio con el espectáculo. Mi padre, despreocupado como siempre por los tabúes y las supersticiones, les pidió a los actores que representaran, entre otras, una escena llamada *Cruel separación*.[30] La compañía la representó con tanta maestría que dejó al público profundamente conmovido.

Pero, mientras se desarrollaba su actuación, vi que Yun se incorporaba repentinamente, se retiraba del lugar en que estaban sentadas las mujeres tras una cortina y se marchaba hacia nuestra habitación. Como tardaba mucho en volver, fui a buscarla, seguido por las señoritas Yu y Wang. La encontramos sola, sentada frente al tocador, con la cabeza entre las manos.

—¿Estás triste por algo? —le pregunté.

—Si uno va a la ópera se supone que es para entretenerse. Pero lo que acabo de ver es desgarrador.

A las señoritas Yu y Wang, que se burlaban de ella, tuve que persuadirlas para que entendieran hasta qué punto Yun era una persona profundamente emotiva. Aun así, la señorita Yu le preguntó:

—¿Piensas quedarte aquí sentada y sola todo el día?

—Esperaré hasta que representen algo que me guste —respondió Yun.

Al oír esto, la señorita Wang salió en el acto y fue a ver a mi madre para rogarle que solicitara piezas del estilo de *Tse Liang* o *Hou So*.[31] Entonces persuadimos a Yun para que regresara y volvió a disfrutar del espectáculo con mucho placer.

Como el primo de mi padre, el honorable Su-tsun, murió joven y sin descendencia, mi padre decidió que yo fuera su heredero.[32] Su sepultura se encontraba en un terreno ancestral en Hsikuatang, sobre el Monte de la Prosperidad y la Longevidad. Yo debía ir hasta allí con Yun cada primavera para cumplir con los ritos y barrer la tumba. La hermana segunda Wang había oído hablar de un bello jardín en esa montaña llamado Ko-yuan, así que en una ocasión nos pidió permiso para acompañarnos.

Durante el paseo, Yun observó unos lindísimos guijarros que se hallaban de vez en cuando por el suelo, con bonitas vetas jaspeadas de diversos colores, y me dijo:

—Si nos lleváramos algunos para componer una pequeña montaña en un cuenco, podría quedar aún más bonito que con piedras blancas de Hsuanchou.

Yo le respondí que me temía que no encontráramos suficientes guijarros adecuados para hacerlo, pero la señorita Wang se ofreció a colaborar. En el acto fue a pedirle al guarda de las sepulturas que le prestara una bolsa de cáñamo y, avanzando lentamente a paso de grulla, empezó a recogerlos con cuidado. Cada vez que encontraba uno, me lo enseñaba, y si yo decía «bueno» lo guardaba, pero si decía «no» lo tiraba.

Pronto quedó empapada de sudor, volvió hasta nosotros arrastrando la bolsa y nos dijo:

—Ya no me quedan fuerzas para recoger ni uno más.

—Alguna vez he oído —comentó Yun mientras escogía las mejores piedras de la bolsa— que para recoger frutas en la montaña es necesario emplear monos. ¡Pues ahora sé que es verdad!

La señorita Wang, indignada, se frotó las manos furiosamente, como si fuera a hacerle cosquillas a Yun a modo de venganza por su chiste. Me interpuse entre ambas y regañé a Yun:

—No se puede censurar a la hermana Wang por enfadarse. Ha estado trabajando para ti mientras tú descansabas y encima le diriges palabras ofensivas.

En el camino de vuelta aprovechamos para visitar el jardín de Ko-yuan, donde todo, desde las brillantes hojas verdes hasta las delicadas flores rojas, rivalizaba en belleza. La señorita Wang, simplona como de costumbre, no pudo resistirse a arrancar las flores que iba encontrando. Yun la reprendió:

—¿Para qué recoges tantas flores, si no tienes un florero para ponerlas ni puedes prendértelas todas en el pelo?

—¿Qué mal hago? —replicó la señorita Wang—. ¡Si ellas no sufren!

—Un día te casarás con un hombre muy barbudo y con la cara picada de viruela.[33] Será la venganza de las flores —le dije riendo.

La señorita Wang me miró con rabia, tiró las flores al suelo y las arrojó al agua de un estanque con su minúsculo piececito.

—¿Por qué os burláis de mí de esta forma?

Pero Yun supo engatusarla con una broma y la paz se restableció entre nosotros.

Cuando nos casamos, al principio Yun hablaba poco y disfrutaba escuchándome cuando yo comentaba algo. Pero yo la incité a que se expresara, como quien provoca a un grillo para que cante con una brizna de hierba, y poco a poco aprendió a expresarse por sí misma, como prueba la siguiente conversación.

En las comidas tenía por costumbre mezclar el arroz con té, y le gustaba particularmente comer un tipo de tofu especiado y salado que los de Suzhou llamamos «tofu apestoso». Le gustaba también el pepino en vinagre. Estos dos alimentos me habían repugnado toda la vida, así que un día le dije en broma:

—El perro, que no tiene estómago, se alimenta de boñigas porque no sabe lo mal que huelen. El escarabajo hace rodar pelotas de inmundicia y se convierte en cigarra porque quiere volar y alcanzar el cielo. ¿Qué será mi amada, perro o escarabajo?

—Esta clase de tofu —dijo Yun— es muy barata y le da un gran sabor tanto a las gachas de arroz como al arroz blanco hervido. Además, estoy acostumbrada a comerlo desde que era niña. Aunque desde que entré en tu familia me siento igual que el escarabajo ya transformado en cigarra, este tofu me sigue gustando porque no he olvidado mis orígenes y mi vida anterior. En cuanto al pepino en vinagre, fue en esta casa donde lo probé por primera vez.

—En otras palabras, ¿quieres decir que mi casa es como una perrera? —seguí yo con la broma.

Desconcertada por un momento, Yun trató de encontrar una explicación.

—Claro, cualquier casa tiene su inmundicia. La cuestión es saber si uno se la come. A ti te gusta el ajo y yo he intentado acostumbrarme a comerlo. Desde luego, no quisiera obligarte a comer cuajada de soja fermentada. Pero, en cuanto al pepino, si intentas no olerlo por un momento, cuando lo comas comprobarás que se trata de un manjar delicioso. Es como las viejas historias sobre esa mujer llamada Wu-yen, que era muy fea pero extremadamente virtuosa.[34]

—Así pues, ¿quieres que me comporte como un perro?

—Yo misma me comporté como un perro durante bastante tiempo —contestó—. ¿Por qué no lo intentas tú también?

Mientras lo decía, cogió un pedazo de pepino en vinagre con sus palillos y, sin consultarme, me lo metió en la boca. Lo probé tapándome la nariz y, efectivamente, su sabor me pareció agradable. Luego volví a respirar normalmente y continué masticando,

y descubrí para mi sorpresa que tenía un sabor muy especial. Desde entonces empecé a comerlo y a disfrutar de él.

Yun acostumbraba comer también un tofu salado que preparaba confitándolo con aceite de semillas de sésamo y un poco de azúcar, y que me parecía excelente. A menudo lo mezclábamos con una pasta de pepino en vinagre y lo encontrábamos buenísimo. A esa amalgama la llamábamos «la salsa doblemente deliciosa». Y un día le dije a Yun:

—Al principio esas cosas no me gustaban, pero ahora ha acabado por gustarme lo que antes me daba asco. No logro explicármelo.

—Si a uno le gusta algo —contestó Yun—, ni siquiera la fealdad le parece repugnante.

Cuando se celebró el matrimonio de mi hermano menor, Chi-tang, con la nieta del señor Wang Hsu-chou, faltaron flores de perlas[35] para completar las galas de la novia. Yun fue a buscar las perlas que le habían regalado a ella cuando nos casamos y se las dio a mi madre para que ella se las ofreciera a la prometida de mi hermano. Las criadas lamentaron ese sacrificio, que la privaba de sus propias joyas.

—Las mujeres son completamente *yin* por naturaleza —les dijo Yun—, y las perlas son la esencia misma del principio femenino. Para una mujer, pues, usarlas de adorno es contrarrestar totalmente el principio *yang* masculino. ¿Por qué debería atribuirles valor?[36]

En cambio, a los viejos libros gastados y a las pinturas en mal estado les tenía un cariño especial. Cogía volúmenes deteriorados que estaban incompletos, los reordenaba según sus temas y después volvía a unirlos para repararlos y encuadernarlos con nuevas tapas. La colección de estos nuevos tomos recibió el nombre de «Fragmentos literarios». En lo que se refiere a los rollos de caligrafía o de pintura que estaban dañados, conseguía papel antiguo para volver a pegarlos y reconstruirlos, y si les faltaban pedazos me encargaba a mí que los restaurara rellenando los huecos.[37] Luego los enrollaba y los guardaba con el nombre de «Colección de Delicias Descartadas».

En las horas de ocio que le dejaban las labores de costura y de cocina, podía dedicarse a estas tareas de sol a sol sin apenas cansarse. Cuando daba con un trozo de papel con algo que le parecía interesante, ya fuera en viejos baúles o entre montones de rollos mohosos, para ella era como haber sacado a la luz un tesoro inestimable. Una anciana vecina nuestra, que se llamaba Fong, recogía a menudo desechos de ese tipo y se los vendía a Yun.

Yun tenía gustos y costumbres iguales a los míos. Y poseía el don de adivinar mis pensamientos con una sola mirada mía o con un movimiento de cejas. Lo hacía todo de acuerdo a la expresión de mi cara, o a un solo ademán, y se anticipaba a mis deseos sin que yo pronunciara una palabra.

Una vez le dije:

—Es una lástima que seas una mujer y que, por lo tanto, debas mantenerte recluida en casa. Si solamente pudieras convertirte en hombre, viajaríamos juntos por todo el mundo. Podríamos visitar las montañas de más renombre y nos lanzaríamos a descubrir magníficos lugares en ruinas. ¿No sería maravilloso?

—¿Por qué te parece tan difícil? —preguntó Yun—. Cuando mi pelo empiece a volverse blanco, aun suponiendo que no podamos ir hasta las Cinco Montañas Sagradas, todavía seremos capaces de llegar juntos por lo menos a todos los lugares cercanos, como Hufu y Lingyen, o al sur hasta el Lago del Oeste y al norte hasta el monte Ping.[38]

—Me temo —le dije— que cuando tu pelo sea canoso, los viajes a pie te resulten demasiado fatigosos.

—Si no lo conseguimos en esta vida, espero que podamos hacerlo en la siguiente.

—Ojalá seas un hombre en tu próxima encarnación —proseguí—. Y yo sería una mujer para convertirme otra vez en tu cónyuge.

—Para disfrutar de todo el atractivo de esa situación —dijo ella— haría falta conservar el recuerdo de nuestra vida presente.

—Cuando éramos apenas niños, un simple tazón de gachas dio para chismes sin fin —añadí entre risas—. ¿Qué pasaría si en nuestra próxima vida recordáramos los acontecimientos de ésta? ¡Tendríamos tantos recuerdos para comentar que nuestra noche de bodas pasaría sin que pudiéramos cerrar los ojos!

—La tradición nos enseña —dijo Yun— que los asuntos matrimoniales los maneja el Anciano de la Luna. Él nos concedió la gracia de unirnos en esta vida y de él dependerá también que nuestro vínculo conyugal se mantenga en la próxima. ¿No te parece que deberíamos tener un cuadro con su imagen para poder venerarla?

En esa época, el famoso pintor especializado en figuras humanas Chi Liu-ti, cuyo nombre literario era Chun, residía en Tiaoshi, y le rogamos que realizase para nosotros un retrato del Anciano de la Luna. Lo representó con su cordón rojo de seda en una mano[39] y en la otra un bastón del cual colgaba el *Libro de los matrimonios*. Aunque su

cabello era canoso, tenía la cara de un niño y andaba dando grandes zancadas por las nubes y entre la niebla. En definitiva, el señor Chi había pintado su mejor obra. Mi amigo Shih Cho-tang[40] caligrafió unas palabras de elogio en la parte superior del cuadro y lo colgamos en una pared de nuestra habitación. Desde entonces, el día uno y el quince de cada mes, Yun y yo le ofrendábamos incienso y le dirigíamos nuestras oraciones. Más tarde, a consecuencia de las desgracias que padeció nuestra familia, perdí por completo la pista del cuadro y no sé en casa de quién habrá quedado colgado. «La vida futura es aleatoria, y la presente ya se está consumando.»[41] Nuestra pasión fue enorme. ¿Se dignará el Anciano hacer caso de la súplica de dos locos amantes?

Cuando acabamos de instalarnos en el callejón del Granero de Arroz, le di a nuestra habitación del piso superior el nombre de Pabellón de la Fragancia de mi Invitada, aludiendo al nombre de Yun[42] y a la cortesía de nuestras relaciones conyugales, semejantes a las que rigen entre anfitriones e invitados, que deberían ser siempre el modelo para maridos y mujeres.

Con su estrecho jardín cerrado por altos muros, nuestra nueva residencia no tenía el menor encanto para nosotros. En la parte posterior había un ala de pequeños cuartos que comunicaban con la biblioteca. Pero desde sus ventanas no se podía ver otra cosa que el jardín descuidado y lleno de maleza de la familia Lu, un lugar desierto y completamente desolado. Desde ese mismo momento, Yun empezó a echar de menos el paraje encantador del Pabellón de las Olas Azules.

En aquel entonces había una anciana que vivía al este del puente de Chinmu y al norte del callejón Keng. Una mampara de ratán hacía de puerta del huerto que circundaba su casita. Más allá de esa puerta había un estanque que ocupaba más de un *mou* [43] de terreno y que reflejaba una vegetación lujuriosa, salpicada de sombra y de luz por flores y árboles. Eran las ruinas del palacio que Chang Shih-cheng había construido hacia el final de la dinastía Yuan.[44] A pocos pasos al oeste de la casita se alzaba una suerte de colina formada por pedazos de ladrillos, tejas y otros escombros. Desde su cima se descubría una amplia vista sobre el campo, una zona casi sin habitar pero de una gran belleza natural. En una ocasión, la anciana le habló a Yun casualmente de ese lugar y Yun no pudo ya dejar de pensar en él. Finalmente, un día me dijo:

—Desde que abandonamos el Pabellón de las Olas Azules no hago más que soñar en él. Ya que no podemos volver allí, la única cosa que se me ocurre es intentar encontrar algo que pudiera sustituir a aquel espléndido paraje. ¿Por qué no la casita de esa anciana?

—Durante los momentos más calurosos de la canícula pasada —le respondí—, yo también pensé cada mañana en encontrar un retiro donde pasar al fresco los largos días del verano. Ya que te interesa ese lugar, iré primero a visitar la vivienda. Si la encuentro habitable, podríamos llevarnos las cosas de nuestro dormitorio para pasar allí un mes de descanso. ¿Qué te parece?

—Me da miedo que tus padres lo desaprueben —respondió.

—Pues entonces yo mismo les pediré permiso.

Y al día siguiente me fui a ver a la anciana y comprobé que la casita sólo se componía de dos habitaciones, una delante y la otra detrás, que llegaban a formar cuatro cuartos gracias a las paredes que las dividían a lo largo. Las ventanas eran de papel y la cama de bambú, y el lugar en su conjunto daba la impresión de ser un refugio agradable. Cuando supo de nuestra intención, la anciana se prestó con mucho gusto a desalojar el dormitorio principal y alquilárnoslo. Después de revestir las paredes con papel blanco, la estancia se convirtió pronto en un lugar completamente diferente. Informé a mi madre con todo respeto y llevé a Yun a nuestra morada de verano.

Allí no teníamos más vecinos que una pareja de viejos hortelanos. Cuando se enteraron de que nos habíamos trasladado para huir del calor del verano, vinieron a saludarnos y nos trajeron pescado del estanque y legumbres de su huerto. Cuando quise pagarles, no aceptaron el dinero, así que Yun les hizo unos cuantos zapatos[45] que a duras penas conseguimos que se quedaran.

Comenzaba el séptimo mes y los verdes árboles arrojaban sombras oscuras. La brisa hacía ondular la superficie del estanque y el canto de las cigarras lo inundaba todo. Nuestro viejo vecino también nos fabricó una caña y yo solía llevarme a Yun a pescar al rincón del estanque en que los sauces de la ribera daban la sombra más densa.

Al atardecer subíamos a la cima de la pequeña loma para contemplar los reflejos del ocaso y, si nos llegaba la inspiración, declamar versos improvisados. Allí compusimos, entre otros, este dístico:

Las fieras de las nubes devoran el sol poniente,

el arco de la luna dispara estrellas fugaces.

Al cabo de un rato, cuando la luna se reflejaba directamente en la superficie del agua y el ruido de los insectos llegaba de todas partes, sacábamos la cama fuera y la colocábamos junto a la cerca. Entonces venía la anciana a avisarnos de que el vino de arroz ya estaba tibio y la cena lista. En ese diván improvisado, a la luz de la luna, tomábamos algunas copas y empezábamos a cenar ya un poco achispados. Más tarde, después del baño, calzando frescas sandalias y abanicándonos con una hoja de banano, nos sentábamos o nos tumbábamos para escuchar las historias de pecados y retribuciones que contaban nuestros viejos vecinos.[46] Y hacia medianoche nos acostábamos refrescados de pies a cabeza, casi sin recordar que vivíamos en la ciudad.

Le habíamos pedido a nuestro amigo el viejo hortelano que nos consiguiera crisantemos y los plantara a lo largo de la cerca de bambú, y cuando florecieron durante el noveno mes, Yun y yo decidimos quedarnos todavía diez días más en la casita. Fue entonces cuando mi madre vino a visitarnos a nuestro retiro y pareció quedar encantada. Comimos cangrejos junto a los crisantemos[47] y pasamos todo el día muy entretenidos. Yun, feliz con nuestro veraneo, me dijo:

—Más adelante podríamos construir aquí una casa de campo y comprar diez *mou* de tierra para plantar un jardín a su alrededor. Nuestros criados podrían cultivar melones y verduras que venderíamos y que nos darían lo suficiente para mantenernos. Los cuadros que tú pintaras y mis bordados incluso nos permitirían tener algo para beber mientras escribiéramos poemas juntos. Podríamos vivir muy felices toda la vida vistiendo ropas sencillas de algodón y sin comer otra cosa que arroz y verduras. No nos haría falta marcharnos nunca de aquí.

Yo deseaba intensamente que pudiéramos realizar ese sueño. El terreno sigue estando allí, pero he perdido a mi amada y a mi amiga más íntima. Y vivo completamente sumido en mi pena.

Más o menos a medio *li* [48] de nuestra casa, en el callejón del Almacén de Vinagre, se encontraba el templo dedicado al dios del lago Tungting, también conocido como Templo de Narciso.[49] Tenía varias galerías serpenteantes y un pequeño jardín con glorietas. Cada año, para el aniversario de la divinidad, los miembros de cada clan familiar se reunían en su respectivo lugar del templo, colgaban unas linternas de cristal

de una clase especial y disponían una especie de trono ricamente adornado. A su lado distribuían jarrones llenos de flores colocados sobre peanas, que competían en un concurso de decoraciones florales. Durante el día, en el templo se representaban óperas, y por la noche, los floreros resplandecían a la luz de innumerables velas de distintas alturas, de ahí que recibiera el nombre de «iluminación de las flores». Por los colores de las flores, las luces y las sombras de las linternas y el perfume de incienso que brotaba de los preciosos trípodes, parecía un festín nocturno en el mismo palacio del Rey de los Dragones. Los jefes de cada clan familiar cantaban o tocaban la flauta, o bien charlaban entre ellos mientras sorbían té. Los habitantes más curiosos de la ciudad se amontonaban como hormigas para contemplar el espectáculo, y era necesario instalar una barrera bajo los aleros del templo para mantenerlos fuera.

Un año, unos amigos me invitaron a que los ayudara en el arreglo floral y la decoración del lugar, así que tuve la oportunidad de participar personalmente en los festejos. Cuando regresé a casa, al describirle a Yun los encantos de la fiesta, ella me dijo:

—¡Cuánto lamento no poder ir sólo porque no soy un hombre!

—Cúbrete la cabeza con mi gorro y ponte mi ropa —le propuse—. Así parecerás un hombre.

Enseguida se deshizo el moño y trenzó su cabellera, se pintó unas cejas más gruesas y se puso mi gorro. Aunque le sobresalía un poco el pelo cerca de las orejas, la verdad es que daba bastante el pego. Cuando se puso mi túnica, descubrimos que le quedaba bastante larga, pero se recogió lo que le sobraba en la cintura y cubrió el pliegue con una chaqueta corta de ceremonia para hombres.

—¿Y con qué voy a calzarme? —me preguntó.

—En las tiendas del barrio se consiguen «zapatos mariposa».[50] Los hay de todas las medidas. Nos será muy fácil comprarlos. Luego podrías usarlos como pantuflas para andar por casa. ¿No te parece una buena idea?

Yun asintió alegremente y después de cenar, cuando acabó de disfrazarse con mi ropa, empezó a recorrer el cuarto dando largos pasos, imitando el andar masculino, y saludando con las manos juntas metidas en las mangas, como hacen los hombres.

Pero de repente cambió de opinión. Se dio la vuelta de golpe y me espetó:

—¡No voy a ir! Sería horrible si alguien llegara a reconocerme. Además, si tus padres lo supieran no nos lo permitirían jamás.

Sin embargo, yo le insistí:

—¡Si todo el mundo en el templo me conoce! Incluso si descubren el engaño se reirán como si fuera una broma. En cuanto a mi madre, ahora se encuentra en casa de mi hermana novena, así que podemos ir perfectamente a escondidas y volver sin que nadie se entere de nada.

Yun se contempló en el espejo y se rió a carcajadas al verse de esa guisa. Y, cuanto más se miraba, más se reía. Tuve que tirar de ella para que se calmara. Caminando con sigilo llegamos pronto al templo, y nadie se dio cuenta de que se trataba de una mujer. Si alguien me preguntaba quién era mi compañero, la presentaba tranquilamente como un primo mío. Los demás juntaban las manos y se inclinaban ligeramente para saludarla con toda naturalidad.

Al final llegamos a un lugar en el que, detrás de uno de los tronos adornados, se encontraban sentadas varias muchachas y mujeres jóvenes. Pertenecían a la familia de uno de los organizadores del festival que se llamaba Yang. De repente, sin apenas pensarlo, Yun se acercó a ellas y empezó a darles conversación con la naturalidad con que lo haría una mujer. Al inclinarse un poco, puso su mano sin querer en el hombro de una de las jóvenes. Una de las criadas se dio cuenta y se puso en pie gritando inmediatamente:

—¿Quién es este insolente que no sabe comportarse?

Intervine al instante y me esforcé sin éxito en calmarlas con buenas palabras. Pero cuando advirtió que el asunto se ponía serio, Yun se quitó el gorro, sacó un pie del zapato[51] y les dijo:

—Miren, ¡yo también soy una mujer!

Al principio todos se quedaron estupefactos, pero de repente su enfado se convirtió en hilaridad. Nos hicieron sentar, nos invitaron a té y golosinas y al final llamaron a los porteadores para que nos llevaran a casa en silla de mano.

Cuando la enfermedad se llevó al señor Chien Shih-chu, mi padre me escribió para ordenarme que fuera al condado de Wuchiang a representarlo en los funerales. Al enterarse, Yun me llevó aparte para decirme:

—Si vas a ir a Wuchiang, tendrás que pasar por el lago Tai. Me encantaría poder ir contigo y ver un poquito más del mundo.

—Precisamente —le contesté—, ahora mismo estaba pensando en lo solo que me sentiría haciendo este viaje por mi cuenta, y que si pudieras venir conmigo sería una delicia. Pero no sabría qué excusa poner para poder llevarte.

—Yo podría decir que quiero ir a casa a ver a mi familia. Ve tú primero a coger el barco y yo te alcanzaré allí.

—Así —añadí yo—, a la vuelta podríamos amarrar nuestro barco bajo el Puente de los Diez Mil Años y disfrutar del fresco de la noche y contemplar la luna. Como lo hacíamos antes en el Pabellón de las Olas Azules.

Era el decimoctavo día del sexto mes. Con el fresco de la mañana, mi criado y yo fuimos los primeros en llegar al muelle del río Hsu-kiang, donde alquilé una embarcación y me quedé esperando. Al poco tiempo llegó Yun en una silla de mano y zarpamos de inmediato. Pasado el Puente del Rugido del Tigre, el panorama empezó a ampliarse paulatinamente. Luego vino una vasta superficie de agua y empezamos a ver otras velas al viento y pájaros en la arena de la orilla. El agua y el cielo se confundían en un mismo color.

—¿Éste es el lago Tai del que todo el mundo habla? —exclamó Yun—. Ahora que por fin conozco la inmensidad del mundo, sé que no he vivido en vano. Estoy segura de que muchas damas no han contemplado tal espectáculo en toda su vida.

Parecía que apenas habíamos tenido tiempo de conversar cuando la vista de una hilera de sauces meciéndose al viento en la ribera nos reveló que estábamos a punto de llegar a Wuchiang.

Bajé a tierra y acudí a la ceremonia funeraria. En cuanto terminó, regresé al barco y descubrí que Yun había desaparecido. Preocupado, le pregunté al barquero, que me contestó señalándome la orilla con un dedo:

—¿No la ve usted allá a la sombra de los sauces, junto al puente, observando la pesca de los cormoranes?[52]

Para mi sorpresa, Yun había bajado a tierra con la hija del barquero. Cuando me acerqué a ella por detrás vi que estaba empapada de sudor. Apoyada en la hija del batelero, estaba fascinada con el espectáculo de los cormoranes. Le puse una mano en el hombro y le dije:

—Tu ropa está empapada de sudor.

—Me daba miedo —me respondió mientras se volvía hacia mí— que algún miembro de la familia Chien pudiera acompañarte hasta el barco, así que me alejé para que no me

vieran. ¿Cómo puede ser que estés de vuelta tan pronto?

—Porque me escapé para poder atraparte —le contesté riéndome.

Volvimos al barco cogidos de la mano y emprendimos el viaje de regreso. Cuando llegamos al Puente de los Diez Mil Años, el sol aún no se había ocultado. Bajamos todas las ventanas del camarote y esperamos con ansia los primeros soplos de la brisa nocturna. Vestidos ambos con túnicas de seda, y moviendo nuestros abanicos, nos comimos un melón para refrescarnos y calmar la sed. Al poco tiempo, el sol poniente tiñó el puente de reflejos rojos y la neblina del crepúsculo envolvió los sauces en la oscuridad. El cuerpo plateado de la luna apareció en el horizonte y el río se llenó rápidamente con las luces de los pescadores nocturnos. Mandé a nuestro criado a popa para que bebiera con el barquero.

La hija del batelero, que se llamaba Su-yun, y con la que ya una vez había tomado unas cuantas copas de vino, era una muchacha muy afable. Así que la llamé a la parte delantera del barco y le pedí que se sentara al lado de Yun. No habíamos encendido ninguna vela, para así poder disfrutar mejor del vino y del claro de luna. Bebíamos alegremente y nos dedicábamos a juegos literarios en los que el perdedor tiene que apurar su copa. Su-yun sólo podía mirarnos pasmada[53] y estuvo largo rato escuchándonos antes de decir:

—Aunque estoy muy acostumbrada a los juegos de bebedores, nunca había visto ninguno como éste. ¿Podríais enseñármelo?

Yun se lanzó entonces a dar numerosos ejemplos y explicaciones, pero sin éxito alguno. Su-yun seguía sin entender nada y a mí me dio la risa y dije:

—¿No quisiera la señora maestra detenerse un momento? Creo que tengo una comparación que lo va a aclarar todo.

—¿Qué clase de comparación? —preguntó Yun.

—La grulla puede bailar, pero no labrar, mientras que el buey puede labrar pero no bailar. En esto consiste la naturaleza de las cosas. Ir en contra de tal naturaleza dándoles lecciones, señora maestra, ¿no sería acaso una empresa imposible y una pérdida de tiempo?

Su-yun se rió juguetona, me pegó con el puño en el hombro y me preguntó:

—¿Os estáis burlando de mí?

En ese momento Yun nos ordenó parar:

—De ahora en adelante —dijo contundente—, solamente se permite hablar. ¡Nada de golpes! El que rompa esta regla tendrá que beberse una copa llena de vino.

Su-yun, que aguantaba bien la bebida, se sirvió una copa entera y se la tomó de un trago.

—Los golpes están prohibidos —dije yo—, pero entiendo que es correcto acariciarnos los unos a los otros.

Tomándome la palabra, Yun se echó a reír y empujó a Su-yun hacia mí a manera de juego.

—Toma, puedes acariciarla cuanto quieras.

—No me has entendido —le contesté riendo—. Es preciso que el contacto ocurra de forma natural, ni deliberada ni inconscientemente. Empujar a una mujer, apretarla, tocarla con rudeza, ¡sólo los patanes se comportan así!

A esas alturas, el aroma de jazmín que las dos mujeres llevaban en el cabello se había mezclado con las emanaciones del alcohol, y se añadía al olor de la transpiración sobre su maquillaje. Era algo verdaderamente potente. Recordando un episodio que habíamos vivido en otros tiempos, le dije a Yun a modo de broma:

—El hedor de los plebeyos inunda el camarote de este barco. Es más que suficiente para enfermar a cualquier hombre.

Al oír estas palabras, Su-yun, indignada, empezó a pegarme con renovada violencia y gritó:

—¿Quién le ha pedido que me olfateara?

—¡Está violando la regla! —le espetó Yun—. Hemos de multarla, ¡dos copas llenas!

—Pero me ha llamado plebeya —protestó Su-yun—. ¿Cómo no voy a pegarle?

—Si ha hablado de plebeyos —contestó Yun— ha sido por una razón que no imaginas. Bébete eso y te la contaré.

Su-yun se tomó las dos copas de vino una detrás de otra y después Yun le relató cómo habíamos bromeado a propósito del perfume de jazmín cuando vivíamos en el Pabellón de las Olas Azules.

—Si eso es de lo que estaba hablando —reconoció Su-yun—, soy yo la que tiene la culpa. La sentencia debería cumplirse de nuevo.

Dicho lo cual, apuró una tercera copa llena de vino.

—Dicen que tienes una voz maravillosa —le dijo Yun a nuestra joven compañera en cuanto ésta hubo dejado la copa sobre la mesa—. Hace tiempo que lo oí comentar.

¿Podrías cantar para nosotros?

Su-yun aceptó de buena gana y empezó a cantar de inmediato, acompañándose con el rítmico golpeo de los palillos de marfil sobre un platillo. Yun se lo estaba pasando tan bien que no se fijó en lo mucho que estaba bebiendo. Sin apenas darse cuenta, pronto estuvo algo más que achispada. Tuve que encargar a unos porteadores que la llevaran de regreso a casa en una silla de mano. Yo me quedé todavía un rato conversando con Su-yun y tomando un té, y después me marché a casa caminando bajo la luz de la luna.

En esa época vivíamos como huéspedes de mi amigo Lu Pan-fang y de su familia en una casa llamada Villa de la Serenidad. Varios días después de volver de nuestro viaje, la señora Lu oyó alguna habladuría y charló con Yun confidencialmente.

—¿Sabe usted —le preguntó— que ayer me contaron que hace pocos días vieron a su esposo en un barco, bajo el Puente de los Diez Mil Años, bebiendo en compañía de dos cortesanas?

—Efectivamente —replicó Yun—, eso es del todo cierto, pero una de esas cortesanas era yo.

Y, ya que había aparecido el tema, Yun le relató nuestro viaje con pelos y señales. Al oír la explicación de nuestra aventura, la señora Lu se divirtió mucho y descartó todo el asunto.

En el séptimo mes del año Chiayen del reinado del emperador Qianlong[54] regresé de la provincia de Cantón con mi amigo Hsu Hsiu-feng, que era también el marido de una prima mía. Él volvía trayendo a su nueva concubina. Estaba extasiado con su hermosura y lo comentaba con todo el mundo. Un día invitó a Yun para que fuera a visitarla. Después de haberla visto, le dijo a Hsiu-feng:

—Sí, es realmente bonita, pero le falta encanto.

—¿Quieres decir con eso —preguntó Hsiu-feng— que si tu esposo fuera a tener una concubina, ella debería ser tan encantadora como bella?

—Desde luego —le respondió Yun.

A partir de ese día, a Yun la obsesionó la idea de procurarme una concubina. Sólo la detenía pensar que no teníamos suficiente dinero para permitirnos ese lujo.

En esa época vivía en Suzhou una cortesana originaria de la provincia de Zhejiang llamada Wen Leng-hsiang.[55] Era medio poetisa, y había compuesto cuatro coplas sobre

las candelillas de los sauces que despertaron un interés tan intenso que muchos hombres cultos de la ciudad le contestaron con otras coplas, usando, conforme a la tradición, las rimas del original. Mi amigo Chang Hsien-han de Wuchiang, que siempre había admirado a esa mujer, nos trajo los poemas y nos rogó que lo ayudáramos a escribir también una réplica. A Yun no le interesaba demasiado Leng-hsiang, pero yo, que aspiraba a lucirme, escribí algunos versos, también con sus rimas, acerca de las candelillas que revoloteaban en el aire durante la primavera. Yun aplaudió particularmente este dístico:

> Estimulan en mi alma la primaveral melancolía
> y despiertan dulcemente los anhelos de mi corazón.

Un año más tarde, el quinto día del octavo mes, mi madre tenía la intención de llevar a Yun a visitar el Cerro del Tigre[56] cuando, de repente, apareció en casa mi amigo Hsien-han y me dijo:

—Yo también voy al Cerro del Tigre y vengo a propósito para invitarte a que me acompañes y admires conmigo algunas flores durante el camino.[57]

Entonces le rogué a mi madre que partiera primero y le dije que nos encontraríamos en Pantang, muy cerca de la colina. En realidad, Hsien-han quería llevarme a casa de Leng-hsiang, que me pareció que ya había dejado atrás su juventud.

Sin embargo, tenía una hermana más joven, llamada Han-yuan,[58] cuya visión me impactó. Aunque todavía no había madurado del todo, era tan bella como una pieza de jade. Sus ojos eran tan adorables como la superficie de un estanque otoñal. En el rato que estuvo entreteniéndonos se hizo evidente que poseía unos extensos conocimientos literarios. Tenía también una hermana más pequeña, llamada Wen-yuan,[59] que era todavía una niña.

Al principio no tuve ninguna idea alocada y me conformaba con tomar una copa de vino y charlar con ellas. Sabía perfectamente que un pobre letrado como yo no disponía de recursos para permitirse ese tipo de cosas, y una vez dentro empecé a sentirme cada vez más nervioso. Pero mientras estaba allí intenté no mostrar mi incomodidad en la conversación y le dije en voz baja a Hsien-han en un aparte:

—Tú sabes que no soy más que un letrado sin dinero. ¿Cómo puedes invitar a estas chicas para que me entretengan?

—No te preocupes —me dijo entre risas—. No es como te imaginas. Un amigo me había invitado hoy a entretenerme con Han-yuan para devolverme un favor. Pero casualmente hoy mismo ha sido requerido por una visita importante y me ha pedido que lo sustituya en su papel de anfitrión y que invite a otro en su lugar. Así que puedes estar tranquilo.

Estas palabras empezaron a relajarme. Más tarde, cuando nuestra barca llegó a Pantang, le pedí a Han-yuan que subiera al barco donde estaba mi madre para presentársela. Así fue como se conocieron Yun y Han-yuan, quienes se trataron espontáneamente como viejas amigas y caminaron todo el tiempo cogidas de la mano, mientras subíamos al cerro y visitábamos los puntos más relevantes. A Yun le gustaron particularmente las vistas de una elevación conocida como las Mil Nubes, y allí se quedaron sentadas las dos tranquilamente, disfrutando de la contemplación del paisaje. Cuando volvimos a Yehfangping abarloamos los dos barcos y compartimos alegremente la bebida durante un buen rato.

Cuando llegó el momento de separar las barcas y de levar anclas, Yun me preguntó si Han-yuan podía hacer el viaje de vuelta en el suyo mientras yo me iba en el de Hsien-han. Se lo concedí, y sólo transbordé a nuestro barco al llegar al puente de Tuting, donde nos separamos de nuestros amigos. Eran ya las doce de la noche cuando llegamos a casa. Yun me dijo enseguida:

—Hoy he encontrado por fin a una joven que reúne gracia y hermosura. Acabo de pedirle a Han-yuan que venga a verme mañana y así podré hablarle en tu nombre.

—Pero no somos una familia rica —protesté con preocupación—. No podemos permitirnos mantener a semejante belleza. ¿Cómo se atreverían a imaginar algo así unos pobres como nosotros? Además, si estamos tan felizmente casados, ¿por qué tendríamos que buscar a alguien más?

—Pero yo también la quiero —me dijo Yun sonriendo—. Déjame que yo me ocupe de todo.

Efectivamente, al día siguiente Han-yuan llegó a nuestra casa al mediodía. Yun la atendió con mil delicadezas y durante el almuerzo jugamos a acertijos; en cada uno el ganador leía un poema mientras que el perdedor tenía que apurar una copa de vino. Pero llegó el fin de la cena y no se había aludido en lo más mínimo al posible consentimiento de Han-yuan para que se quedara con nosotros.

Tan pronto como ella se marchó, Yun me dijo:

—Acabo de llegar a un acuerdo secreto con Han-yuan. Volverá el día dieciocho de este mes para que juremos convertirnos en hermanas. Tendrás que preparar animales para ofrecerlos en sacrificio.

Después, señalando el brazalete de jade de su brazo mientras se reía, añadió:

—Si lo ves en el brazo de Han-yuan, querrá decir que ella ha accedido a nuestra propuesta. Ya le he hablado de mi proyecto, pero todavía no estoy muy segura de lo que piensa sobre él.

Yo escuché atentamente todo lo que me dijo, sin intervenir.

El dieciocho, a pesar de un fuerte aguacero, Han-yuan apareció como estaba acordado. Las dos mujeres se fueron a otra habitación y permanecieron allí encerradas durante un buen rato. Finalmente, cuando salieron iban cogidas de la mano, y Han-yuan, al verme, me miró con timidez. ¡Llevaba puesto el brazalete!

Después de haber quemado incienso y pronunciado su juramento para convertirse en hermanas, Yun quiso que bebiéramos juntos de nuevo. Pero ese mismo día Han-yuan se había comprometido para participar en una excursión al Lago de los Peñones, y tuvo que irse tan pronto como se terminó la ceremonia. Yun se acercó a mí y me dijo alegremente:

—Ha accedido. ¿Cómo vas a agradecérselo ahora a tu intermediaria?

Yo le reclamé más detalles.

—Quería hablar con ella en privado —me contó Yun— porque me temía que ya pudiera tener algún otro compromiso. Cuando me dijo que no, yo le pregunté: «¿Entiendes por qué te hemos invitado a venir hoy, hermanita?». Ella me contestó: «El respeto por una honorable dama como usted hace que me sienta como un hierbajo apoyado contra un gran árbol. Mi madre, no obstante, tiene grandes ambiciones para mí y, desgraciadamente, no puedo tomar esta decisión sin consultársela. A pesar de todo, espero que usted y yo podamos hallar una manera para llevar a cabo nuestro proyecto». Cuando me quité el brazalete y se lo puse en el brazo, le dije: «El jade de esta pulsera representa, por su dureza, la constancia de nuestra promesa, y, como nuestra promesa, su forma circular no tiene fin. Le ruego que la lleve como un primer símbolo de nuestro entendimiento». A lo que ella me respondió: «El poder para unirnos descansa por completo en usted, señora». Por lo que parece, su corazón está de nuestro lado. Lo más difícil será convencer a su madre, pero ya se me ocurrirá un plan.

Yo me sonreí y le pregunté finalmente:

—¿Estás intentando imitar el *Amor de la compañera perfumada* de Li-weng?[60]

—Por supuesto —me respondió.

Desde entonces no pasó un solo día en que Yun no me hablara de Han-yuan. Finalmente, sin embargo, se la adjudicó algún poderoso personaje y todos nuestros planes quedaron en nada. En realidad, fue por eso por lo que murió Yun.

SEGUNDA PARTE

Los pequeños placeres de la vida

Recuerdo que cuando era niño podía mirar directamente el sol sin pestañear. También podía distinguir incluso el objeto más menudo e irrelevante y a menudo obtenía un placer casi místico examinando sus menores peculiaridades.

Durante el verano, cuando oía el sonido de los mosquitos zumbando, me imaginaba que eran una bandada de grullas bailando por los aires, y en mi mente acababan convirtiéndose en centenares de grullas verdaderas, hasta el punto de que estiraba tanto la cabeza para observarlas que llegaba a tener tortícolis. De noche, a veces encerraba mosquitos en la mosquitera de mi cama, les soplaba una pequeña nube de humo que los ponía en movimiento y entonces me figuraba que veía una blanca bandada de grullas hendiendo las nubes azules. Realmente parecían grullas volando entre las nubes, y esa visión me maravillaba.

Otras veces me sentaba en cuclillas cerca de un muro bajo de tierra medio derruido, o al pie de un parterre de flores elevado cubierto de maleza. Mis ojos se encontraban al nivel de la superficie del parterre y ahí, mirando con atención concentrada, veía las matas de hierba transformarse en bosquecillos y las hormigas e insectos en fieras salvajes. Las pequeñas elevaciones del terreno se convertían en montañas, los hoyos parecían valles profundos, y yo permitía que mi imaginación volara a sus anchas en ese mundo quimérico.

Un día, mientras estaba totalmente concentrado siguiendo a dos insectos que luchaban entre las hierbas, de repente apareció un gigante enorme que derribaba las montañas y arrancaba los árboles. No era otra cosa que un sapo, pero con un solo latigazo de su lengua engulló a los dos insectos como un relámpago. Yo era pequeño y me había quedado tan boquiabierto con esa escena que no pude por menos que asustarme. Cuando conseguí calmarme, agarré al sapo, lo golpeé repetidamente y lo lancé hacia el patio del vecino. Recordando el incidente años más tarde, a veces pensé que la batalla entre los dos insectos se trataba en realidad de un intento de violación. Y recordé lo que decían los ancianos: «Los violadores merecen morir». Me pregunto si ése fue el motivo de que los insectos fueran devorados por el sapo.

En otra ocasión, mientras estaba absorto en mi mundo imaginario, una lombriz me mordió el huevo (así llamamos, en el dialecto de Suzhou, al miembro viril), y este órgano se me hinchó hasta el punto de no poder orinar. Los criados cogieron un pato e intentaron mantenerle la boca abierta alrededor del punto infectado,[61] pero una criada soltó de repente al pato por descuido, que alargó el cuello como si fuera a tragarse el huevo. Me asusté y grité de puro miedo. El incidente se convirtió en un chiste legendario en mi familia. He aquí algunos pequeños acontecimientos de mi niñez.

Cuando fui ya un poco mayor, las flores llegaron a gustarme hasta el punto de convertirse en una verdadera obsesión. Y también me encantaba cultivar árboles en miniatura en tiestos y que parecieran ejemplares reales. Pero no fue hasta que conocí a Chang Lan-po, sin embargo, que empecé a aprender de verdad cómo podar las ramas y tener cuidado de los nudos. Más tarde me enseñó el arte del injerto y el de integrar pequeñas formaciones rocosas en las macetas. Mi flor favorita era la orquídea, por su elegante fragancia y su gracioso encanto, aunque es difícil obtener ejemplares que cumplan todos los requisitos clásicos.

Poco antes de su muerte, Lan-po me obsequió con una maceta de orquídeas de primavera que parecían flores de loto. Sus cálices eran blancos y anchos y los bordes de los pétalos eran rectos. Tenían tallos muy finos y los mismos pétalos eran muy nítidos y pálidos. En fin, un espécimen del todo conforme con las normas clásicas. Yo lo consideraba tan precioso como una pieza antigua de jade. Cuando me encontraba trabajando lejos de casa, Yun solía cuidarla personalmente, y sus hojas y flores crecieron mucho y de manera espléndida. Por desgracia, antes de que transcurrieran dos años se secó y murió repentinamente. Excavé, extraje sus raíces y vi que estaban en buenas condiciones, blancas como el jade y con muchos brotes nuevos. Como al principio no lo entendí de ninguna manera, sólo pude atribuirlo a una especie de mala suerte que me hacía indigno de cultivar tales flores. Pero más tarde descubrí que alguien, a quien le había negado un esqueje que me había pedido, le había derramado agua hirviendo para vengarse y la había matado. Aquel día juré que no volvería a cultivar orquídeas nunca más.

Las azaleas ocupaban el segundo lugar en mi orden de preferencias. Si bien no tienen perfume alguno, en cambio sus colores son de larga duración y resulta fácil podarlas. Lo

que sucedía era que a Yun le gustaban tanto sus ramas y sus hojas que no podía soportar ver cómo yo las podaba, lo que me dificultaba mucho hacerlas crecer de forma satisfactoria. En realidad, ocurría lo mismo con todos mis cultivos en macetas.

Cada año, cuando florecían en otoño los que crecían al este de la valla, volvía a despertarse mi pasión por los crisantemos. Me gustaba más cogerlos y arreglarlos en jarrones que hacerlos crecer en macetas, no porque no disfrutara de verlos en los tiestos, sino porque como nuestra casa no tenía jardín me faltaba espacio para cultivarlos por mí mismo. Y si los hubiera comprado en el mercado, y luego los hubiera trasplantado, nunca habrían crecido con las características deseables de forma y colorido para mi gusto.

Cuando uno arregla crisantemos en un jarrón debe disponer siempre un número par, nunca impar, y cada jarrón debe contener flores de un único color. Las bocas de los jarrones deben ser anchas para que las flores puedan emerger de ellos con naturalidad.

Tanto si estás exponiendo media docena de flores, como si lo haces con treinta o cuarenta, deben estar arregladas de manera que se eleven bien rectas en un solo bloque, sin que parezcan demasiado apretadas ni demasiado dispersas, y sin que se desmayen apoyadas en la boca del jarrón. Esta técnica se llama «elevarse con firmeza».

Algunas flores deberían quedar graciosamente erguidas, mientras que otras pueden desplegarse en distintas direcciones. Al disponerlas nos preocuparemos de que queden a diferentes alturas, y salpicaremos el ramo con unos cuantos capullos para crear una especie de estudiado desorden y evitar que produzca un efecto monótono y poco natural.

Las hojas no estarán desordenadas, ni los tallos demasiado rígidos. Cuando se usen horquillas para sujetarlos, hay que procurar que queden ocultas y romper las más largas para que no sobresalgan. Esta técnica se llama «mantener despejada la boca del jarrón».

Una mesa podrá albergar, dependiendo de su tamaño, de tres a siete jarrones, nunca más. Porque si hubiera más de siete quedaría atestada, la mirada los confundiría y todo el arreglo parecería una de las escenas baratas de crisantemos que se pueden ver en los mercados. Los soportes de los jarrones deben ser de distinta altura, a partir de diez centímetros hasta unos setenta centímetros como máximo. Los jarrones deben quedar a alturas variables, pero proporcionadas, para que se equilibren mutuamente y configuren un conjunto armonioso. Colocar un jarrón muy alto en el centro y dos más bajos a los

costados, o si los de atrás son bajos y los de delante altos, o arreglarlos en pares simétricos, sería caer en el error de crear lo que vulgarmente se conoce como «un bonito montón de basura». Disponer las flores muy juntas o espaciadas, inclinadas hacia el observador o en dirección contraria, todo depende en realidad del sentido de la composición pictórica que tenga la persona que sabe cómo hacer que sean más apreciables.

En el caso de los cuencos o floreros abiertos, el método para dar apoyo a las flores consiste en mezclar un poco de brea con resina refinada con corteza de olmo, harina y aceite, y calentar esta mezcla con brasas de tallos de arroz hasta que tome la consistencia de una cola. A continuación hay que usarla para pegar algunos clavos, con la punta hacia arriba, en una placa de cobre. Esta placa debe ser luego fijada en el fondo del recipiente con un poco de cola caliente. Cuando se haya enfriado, hay que atar las flores en un ramo por medio de un alambre y fijarlas sobre los clavos. Se debe procurar que las flores se inclinen hacia los costados y que no suban directamente por el centro del florero. También es importante que los tallos no estén muy juntos, que las hojas respiren y que las mismas flores no se amontonen. Después de hacer todo eso, se echa agua en el cuenco y se cubre el soporte de cobre y los clavos con un poco de arena. El arreglo solamente será correcto si parece que las flores brotan delicadamente del fondo del cuenco.

Cuando se utilizan ramas floridas y frutos de los árboles para adornar jarrones, es útil saber cómo hay que cortarlas antes, ya que no siempre puede ir uno a cogerlas personalmente y a menudo las que recogen los demás resultan insatisfactorias. Hay que sostener la rama en la mano y girarla en diferentes sentidos para decidir cómo puede quedar más expresiva. Cuando lo tengamos claro, se debe podar las ramitas superfluas para conseguir un arreglo atractivo que sea singular y poco común. Después hay que tener en cuenta cómo se van a curvar los tallos en el jarrón, especialmente para evitar que todas las hojas queden en la parte de atrás del ramo o que las flores caigan del lado equivocado. Si uno se limita a coger cualquier rama que tenga a mano, le corta un trozo recto y lo pone en un jarrón, la consecuencia será que el tallo quedará demasiado tieso, las ramitas demasiado juntas y las flores vueltas en cualquier dirección, con lo que el conjunto estará desprovisto de encanto y armonía.

Para obtener la inclinación requerida de una rama recta debe practicarse un corte en el tallo e insertar en la incisión un trocito de ladrillo o un pequeño guijarro. De esta forma,

la rama se doblará. En el caso de que el tallo sea demasiado débil y se incline en exceso, habrá que reforzarlo con un par de alfileres para enderezarlo.

Empleando este método, hasta las hojas de arce, los tallos de bambú, los cardos e incluso las hojas de hierba comunes quedarán muy bien como adorno. Una simple ramita verde de bambú, si se combina con unas bayas de álamo, algunas hojitas de césped y un par de ramas espinosas, puede llegar a adquirir una belleza poco convencional.

Cuando se plantan flores y árboles no hay que preocuparse por si el tronco y las ramas se ven torcidas, ni por si las hojas miran hacia donde les parece. Si uno espera un año podrá ver cómo todas las partes se enderezan por sí mismas. En cambio, cuando se plantan los árboles muy derechos, luego resulta bastante difícil que adquieran una forma más o menos expresiva.

Para cultivar árboles enanos en macetas primero hay que escoger ejemplares cuyas raíces afloren del suelo, como si fueran patas de pollo. Se rebanan las tres primeras ramas y se dejan crecer las siguientes. Cada rama debería surgir directamente del tronco y debería haber siete ramas, máximo nueve, hasta la cima del árbol. No deberían crecer ramas opuestas entre sí como si formaran unos hombros, ni permitir que los nudos se hinchen como las rodillas de una grulla. Las ramas tienen que desarrollarse en todas las direcciones, y no solamente a derecha y a izquierda, ya que eso tendría el inconveniente de «dejar desnudos el pecho y la espalda», como se dice habitualmente. Por lo mismo, tampoco puede permitirse que crezcan únicamente hacia delante y hacia atrás. Se habla de «árboles de tronco doble» o «de tronco triple» cuando salen dos o tres arbolillos distintos de las mismas raíces. Si esas raíces no recuerdan a las patas de los pollos, el árbol resultará muy poco atractivo, como si estuviera simplemente clavado en la tierra.

El cultivo adecuado de un árbol de este tipo requiere por lo menos treinta o cuarenta años de cuidados. En toda mi vida solamente he conocido a una persona, el viejo Wan Tsai-chang de mi pueblo, que haya conseguido hacer crecer bien varios de ellos. En casa de un comerciante de Yangzhou[62] me tocó ver una vez unos bonitos ejemplares de boj y de ciprés, que le habían sido regalados por un viajero de Yushan. Lamentablemente, tenerlos en una casa como ésa era arrojar perlas brillantes en la oscuridad, o, como suele decirse, echar margaritas a los puercos. Exceptuando estos dos casos, nunca he llegado a ver árboles enanos realmente buenos. Los que tienen largas ramas como los pisos de una

pagoda, o los que parecen invadidos por lombrices serpenteantes, son la muestra de que han sido cultivados por un jardinero vulgar sin ninguna preparación para este arte.

Si uno quiere añadirle algún detalle al tiesto, utilizando flores o piedras, debe intentar crear pequeñas escenas encantadoras como cuadritos, o grandes panoramas que provoquen el éxtasis. Contemplar un espectáculo tan admirable, saboreando un té aromático en la soledad del estudio, le proporcionará un gozo verdadero.[63]

Un día que estaba sembrando narcisos, no pude conseguir piedrecillas de Ling-pi[64] para adornar el tiesto y las sustituí, para probar el efecto, con trocitos de carbón parecidos a guijarros. Por otra parte, también se pueden usar hojas de repollo (ya que sus brotes son blancos como el jade) y plantar cinco o seis de ellas con arena en una maceta rectangular que, después, se cubre con pequeños fragmentos de carbón a manera de piedras. El negro del carbón, en contraste con el blanco del repollo, creará un efecto muy seductor. Pero no puedo enumerar aquí todas las combinaciones posibles, aunque el que quiera ejercitarse en ello descubrirá una fuente inagotable de placer.

Por ejemplo, si uno se echa a la boca semillas de cálamo aromático, las masca junto con caldo de arroz enfriado y después escupe esta mezcla sobre pedazos de carbón vegetal, que luego conservará en un lugar oscuro y húmedo, las semillas germinarán y darán lugar a una fina capa de cálamo. Los pedazos de carbón pueden disponerse entonces en una maceta, o en un cuenco, y acabarán por parecerse a piedras cubiertas por una especie de musgo exuberante.

También se pueden coger viejos bulbos de flores de loto, raspar ligeramente sus dos extremos e introducirlos en la cáscara de un huevo, que se colocará después para que una gallina lo incube junto con los suyos. Cuando los pollitos salgan del cascarón, hay que sacar también el bulbo y plantarlo en una maceta, utilizando arcilla de un nido viejo de golondrina en la que se triturarán espárragos hasta que constituyan el veinte por ciento de la mezcla. Se riega con agua del río y se expone a los rayos del sol de la mañana. Cuando se abran, las flores habrán encogido hasta el tamaño de una copita de vino y las hojas, el de una tacita de arroz. Se trata de un efecto sorprendente e inimitable.

En lo que se refiere a diseñar jardines, pabellones, senderos, pequeñas montañas de roca y plantaciones de flores, lo importante es intentar que lo grande parezca pequeño y lo pequeño grande, así como hacer visible lo lleno en lo vacío y lo vacío en lo lleno.[65]

También conviene alternar el ocultamiento y la evidencia, presentar las cosas a veces de forma vaga y otras en profundidad. Diseñar un jardín decente no es sólo una cuestión de abrir unos cuantos caminos en un terreno amplio con una profusión de rocas; creerlo así no es más que un desperdicio de tiempo y energía.

Por poner algunos ejemplos, se puede excavar un poco y usar la tierra para levantar una pequeña loma y adornarla con piedras, césped y flores. La cerca delantera del jardín podría estar formada por ciruelos y las enredaderas podrían cubrir el muro trasero. Así se lograría crear la ilusión de una montaña allí donde no hay montaña alguna.

Para convertir lo grande en pequeño se puede, por ejemplo, plantar bambúes en un lugar espacioso y abierto que esté poco utilizado; el bambú crecerá rápidamente bien alto, y unos ciruelos de ramas gruesas situados justo delante, a modo de pantalla, crearán el efecto de rellenar ese espacio de forma compacta.

En sentido contrario, para hacer que lo pequeño parezca grande, el muro de un jardín pequeño se puede construir con ondulaciones y cubrirlo con hiedra verde; en los huecos que se formarán se pueden alojar grandes estelas de piedra con inscripciones grabadas. Al abrir la ventana, uno se encontrará frente a una pared rocosa, como si se hallara delante de un acantilado prodigioso.

Otra forma de crear cierta ilusión con elementos reales sería estructurar el jardín de forma que, cuando un visitante crea que ya lo ha visto todo, de repente tome una curva del camino y se le aparezca de improviso un paisaje distinto con el cambio del punto de vista; o bien simplemente abrir una nueva puerta en un pabellón para descubrir inopinadamente un jardín diferente.

Por otra parte, para crear una ilusión basta con abrir una puerta sobre un pequeño patio interior y ocultar la vista con rocas y matas de bambú, pretendiendo así que existe algo donde no hay nada; o fijar una barandilla baja en la parte superior de un muro para que parezca que constituye el límite de una terraza.

Un letrado pobre que viva en una pequeña casa llena de gente debería remodelar sus habitaciones imitando a los barqueros de mi región natal, quienes, en la popa de sus barcos, logran sacar el mejor provecho del espacio disponible modificando la disposición del estrecho camarote. Así, en lugar de las literas, aprovechan los escalones descendentes para conseguir tres camas extendiéndolos hacia delante y hacia atrás. Después, cada cama se separa de la adyacente con una tabla recubierta de papel. El efecto será de lo más agradable en todos los sentidos, horizontal y verticalmente, como caminar por un

largo camino y sin sentir ninguna sensación de confinamiento. Cuando Yun y yo vivimos temporalmente en Yangzhou, arreglamos nuestra casa de esta manera. Aunque la vivienda constaba únicamente de dos espacios, conseguimos transformarlos en dos dormitorios, una cocina y una sala de estar, y aun así se conservaba cierta sensación de amplitud.[66] Al terminar nuestras obras, Yun me dijo entre risas:

—Por ingenioso que sea este arreglo, aquí no se respira, a pesar de todo, la atmósfera de la opulencia.

¡Y tengo que admitir que tenía toda la razón!

Una vez, mientras barría las tumbas de mis antepasados en las montañas, encontré unas piedras con unas texturas preciosas y me las llevé a casa. Se las enseñé a Yun y le comenté:

—Si utilizas masilla para fijar las piedras de Xuanzhou[67] en una sólida maceta blanca, queda bonito porque tanto la masilla como las piedras y la maceta son del mismo color. Estas piedras amarillas de la montaña son fantásticas, pero si uso la masilla blanca habitual contrastarán demasiado y se verán las marcas de las junturas. ¿Qué crees que se puede hacer?

—Escoge las peores piedras —se le ocurrió a Yun— y machácalas para mezclar la masilla blanca con su polvo. Cuando esta masa aún esté fresca, utilízala para rellenar y disimular las junturas. Me imagino que cuando se seque la diferencia de los colores se difuminará y se verá todo más uniforme.

Así lo hice, y con las piedras edifiqué una montaña en miniatura en un gran tiesto rectangular procedente de los hornos de Yixing.[68] El pico estaba a la izquierda, con un monte más pequeño que sobresalía a su derecha. Después le hicimos grietas laterales en sentido horizontal, parecidas a las de las montañas pintadas por Yun Lin.[69] Había escarpaduras y barrancos irregulares, como los que se forman en un acantilado que domina un río. En un ángulo del tiesto reservé un espacio que llené de barro del río y sembré con lentejas de agua, blancas y con muchos pétalos, mientras que en la parte rocosa plantamos campanillas púrpuras. Todo eso nos exigió muchos días de trabajo. Pero hacia finales del otoño las campanillas habían invadido toda la montaña, y ya cubrían el acantilado como una glicina que cuelga de una pérgola. El rojo intenso de sus flores contrastaba con el blanco de las lentejas de agua, que para entonces ya habían

florecido en abundancia. Dejando volar un poco la imaginación, uno creía estar abordando las costas encantadas de Penglai.[70]

Habíamos instalado esta obra bajo los aleros del tejado y deliberábamos largamente sobre el lugar más conveniente para construir un pabellón a la orilla del agua, dónde ubicar una pérgola y dónde erigir una estela con una inscripción de seis caracteres que diría: «Donde caen las flores y corre el agua». Yun y yo también conversamos sobre el punto donde nos gustaría edificar nuestra casa, sobre la sombra bajo la cual pescaríamos mejor y sobre el lugar desde donde gozaríamos de la vista más hermosa. Estábamos tan excitados con este mundo en miniatura como si nos preparáramos realmente para instalarnos en esas colinas y valles imaginarios. Pero, una noche, dos gatos miserables que se peleaban por alguna presa cayeron del tejado y destrozaron de un golpe el tiesto y todo su contenido. Suspiré y dije:

—¡Incluso esta modesta empresa ha provocado la envidia del Cielo!

Y ninguno de los dos pudo evitar derramar amargas lágrimas de tristeza.

Quemar incienso en la calma del hogar es uno de los placeres más refinados de las horas de ocio. Yun solía quemar maderas aromáticas de áloe y palitos de *garu*.[71] Los ahumaba un poco en un caldero de arroz y luego los hacía arder sobre una reja de cobre a un par de centímetros del fuego. Al consumirse suavemente, la madera despedía un aroma elegante y sutil sin echar humo. Y ya que hablo de aromas, la mano de Buda no debe ser olida por alguien que esté borracho, ya que se echará a perder.[72] En el mismo orden de cosas, los membrillos soportan muy mal la transpiración, y si eso sucede hay que lavarlos con agua. El *hsiangyuan*,[73] en cambio, no es tan delicado y no necesita ningún tratamiento especial.

También existen formas de utilizar las manos de Buda y los membrillos como decoración, pero lamentablemente no puedo exponerlos aquí con detalle. A menudo se puede ver a gente que coge y huele irreflexivamente alguna hierba o fruto oloroso que forma parte de un arreglo decorativo y luego vuelve a dejarlo de cualquier manera, demostrando así que no entiende nada sobre decoración.

Cuando he vivido en mi casa, siempre he tenido un jarrón con flores en mi mesa de trabajo. Sobre este particular, cierto día me dijo Yun:

—Hay que reconocer que en el arreglo de las flores, estemos en la estación que estemos, sabes inspirarte muy bien en las circunstancias meteorológicas y siempre te las arreglas para componer bellos ramos. Existe ahora en la pintura un género que se dedica a representar los insectos sobre las plantas. ¿Por qué no intentas hacer lo mismo con tus ramilletes?

—Es que no se puede impedir que un insecto se mueva —le respondí—. ¿Cómo quieres que imite esas pinturas?

—Se me ocurre una manera, pero hasta a mí me parece que peca de crueldad.

—Prueba a contármela de todos modos —le insistí.

—Cuando un insecto muere —prosiguió ella—, su color no cambia. Sólo tienes que coger una mantis religiosa, una cigarra o una mariposa, y matarlas clavándoles un alfiler justo en el medio. Luego atas al insecto por el cuello a una planta o una flor con un hilo muy fino, disponiendo cuidadosamente sus patas como si estuviera vivo y se aferrara al tallo o reposara sobre una hoja. ¿No te parece que podría quedar bien?

La idea me gustó mucho y la puse en práctica. Y no existe una sola persona que no haya expresado su admiración al contemplar el resultado. ¡Hoy en día sería difícil encontrar a una mujer tan inteligente como Yun!

Cuando Yun y yo vivíamos en casa de los Hua, en Xi Shan,[74] la señora Hua le pidió a Yun que les enseñara a leer a sus dos hijas. Era una casa en el campo, con un patio vacío y sin sombra, y el sol del verano resultaba insoportable. Yun les mostró a las chicas cómo confeccionar pantallas de flores vivas según un método realmente digno de admiración. Cada una de estas pantallas era de una sola pieza. Yun fijaba un armazón de cuatro listones de más o menos treinta centímetros de largo sobre dos finos travesaños de diez o doce centímetros, formando una superficie plana parecida al asiento de un banco; después, en los cuatro ángulos de esta especie de banquito abría agujeros redondos que recibían los soportes de una celosía de bambú. En el medio, Yun ponía una maceta llena de arena donde plantaba jacintos que iban trepando por el entramado de madera. Las pantallas tenían más o menos dos metros de altura, pero dos personas podían moverlas con facilidad. Hicimos unas cuantas, que instalábamos en cualquier lugar en que nos hacían falta, especialmente en las ventanas, donde nos protegían del sol sin detener la brisa. También se pueden disponer varias de ellas en un orden asimétrico que uno va

modificando conforme a las necesidades; por esta razón se las conoce como «pantallas móviles de flores vivas.» Según el lugar y las circunstancias, puede utilizarse cualquier tipo de planta trepadora con flores olorosas; es un buen recurso para hacer más agradable la vida de las personas que viven en el campo.

Mi amigo Lu Pan-fang, cuyo nombre de cortesía era Chang y su nombre literario, Chun-shan, destacaba en la pintura de pinos y cipreses, y en la de flores de ciruelo y crisantemos, así como en la caligrafía *li* [75] y el grabado con buril de sellos de piedra. Durante una época vivimos también en su casa, concretamente durante un año y medio. Su residencia, que se llamaba Villa de la Serenidad, incluía un edificio que miraba al este y que se componía de cinco espacios, de los cuales ocupábamos tres. Desde nuestras habitaciones disfrutábamos de una vista que se extendía a lo lejos hiciera el tiempo que hiciera, incluso si era lluvioso o con viento. En el patio crecía un árbol de la canela cuyo adorable perfume nos embriagaba en el otoño. También había un corredor cubierto con estancias laterales, y el edificio en sí era muy tranquilo.

Cuando nos instalamos allí tomamos a una pareja de sirvientes con nosotros, y ellos se trajeron a su hijita. El hombre sabía confeccionar prendas de ropa y la mujer, hilar el algodón; así fue como, para mantenernos, Yun se dedicó al bordado mientras la criada hilaba y su marido cosía.

Siempre he disfrutado de la diversión y he apreciado mucho los juegos que acompañan la bebida, por lo que necesitábamos comprar un poco de vino de vez en cuando. Por suerte, Yun era experta en preparar comidas poco costosas. Melones, vegetales, pescado o gambas, cuando pasaban por sus manos, adquirían todos un sabor delicioso. Mis amigos, conociendo mi pobreza, a menudo contribuían con algo de dinero para vino y así podíamos beber y conversar cuando llegaba el atardecer. Yo, por mi parte, me ocupaba con celo de que nuestra morada estuviera impecablemente limpia y, por lo demás, procuraba no dominar la conversación ni desdeñaba un ambiente de cierta familiaridad y sin formalismos.

Entre mis amigos de entonces se contaba Yang Pu-fan, cuyo nombre de cortesía era Chang-hsu, un retratista con mucho talento; también estaban Yuan Shao-yu, cuyo nombre de cortesía era Pai, que se dedicaba a pintar ríos y montañas, y Wang Hsing-lan, cuyo nombre de cortesía era Yen y que demostraba su habilidad en la pintura de flores y

pájaros. Todos se sentían muy a gusto en la atmósfera refinada y de aislamiento de la Villa de la Serenidad, por lo que nos visitaban trayendo consigo sus aparejos artísticos, y fue con ellos con los que estudié y aprendí a pintar. Nuestro plan era que yo caligrafiaría caracteres, haría inscripciones de estilo arcaico o grabaría sellos, luego los vendería y con esos trabajitos conseguiría algo de dinero para que Yun pudiera comprar el té y el vino de arroz necesarios para tratar dignamente a nuestros invitados. Nos pasaríamos todo el día sin hacer nada, excepto conversar y discutir sobre poesía y pintura.

También recibíamos a otros caballeros, como los hermanos Hsia Tan-an y Yi-shan, los también hermanos Miao Shan-yi y Chih-pa, o como Chiang Yun-hsiang, Lu Chu-hsiang, Chou Hsiao-hsia, Kuo Hsiao-yu, Hua Hsin-fan y Chang Hsien-han. Eran como golondrinas en las vigas del techo, que se reunían con nosotros y se iban según les parecía. Yun llegó a vender sus horquillas para el pelo sin pestañear para comprar vino, pues no queríamos que transcurriera un solo día sin una bella reunión de amigos.[76] Pero hoy estamos todos dispersos como nubes barridas por el viento. El jade se ha roto, el incienso se ha consumido.[77] ¡No puedo soportar mirar al pasado!

En nuestras charlas en la Villa de la Serenidad había cuatro asuntos prohibidos: los ascensos oficiales y los traslados de los mandarines, los chismes sobre incidentes de la actualidad administrativa, las disertaciones sobre los exámenes imperiales de ocho ramas y los juegos de naipes y dados. El infractor tenía que pagar una multa de tres cuartos de litro de vino de arroz. Por el contrario, se potenciaban cuatro rasgos de carácter: la generosidad y elevación de espíritu, el refinamiento romántico, los modales abiertos y sin formalismos, pero sujetos a la moderación, y el gusto por la meditación y la serenidad.

Durante los largos días del verano, cuando no teníamos nada mejor que hacer, organizábamos simulacros de exámenes.[78] Formábamos grupos de ocho miembros y cada uno se proveía de doscientas monedas de cobre. Para empezar, echábamos a suertes quién sería el presidente del tribunal, que ocupaba un asiento separado y tomaba posesión del sello oficial. El que la suerte designaba en segundo lugar ejercía el cargo de secretario y también tenía un asiento separado. El resto de los miembros del grupo eran los candidatos al examen, y cada uno de ellos recibía de manos del secretario una hoja de papel, debidamente marcada con el sello ritual. Entonces, el presidente enunciaba dos versos, uno de cinco caracteres y otro de siete, y la tarea de los candidatos era componer un verso simétrico para cada uno de ellos.[79] Para determinar la duración de la prueba se

quemaba una barrita de incienso, y mientras se consumía nos rompíamos la cabeza deambulando o de pie en un rincón, pero teníamos terminantemente prohibido hablar o intercambiar ideas entre nosotros. Una vez terminados nuestros versos, los depositábamos en una urna especial y volvíamos a tener permiso para sentarnos. Cuando todos los candidatos habían entregado sus composiciones, el secretario abría la urna y copiaba los textos en un cuaderno, que entregaba después al presidente, para prevenir cualquier tipo de favoritismo.

De las dieciséis propuestas[80] el presidente elegía las tres mejores para los versos de siete caracteres y las tres mejores para los de cinco. El autor del mejor dístico de esos seis se proclamaba vencedor y se convertía en el nuevo presidente del tribunal, mientras que al autor de la segunda mejor propuesta se le otorgaba el cargo de nuevo secretario. Los concursantes que no habían visto elegido ninguno de sus dos dísticos tenían que pagar una multa de veinte monedas, multa que se reducía a la mitad si habían fracasado solamente en uno de ellos y que se duplicaba si habían entregado su trabajo fuera de plazo. En cada sesión, el presidente recibía así cien monedas a título de «gastos de incienso».[81] Puesto que llegábamos a hacer hasta diez rondas durante un día, al final lográbamos acumular mil monedas de cobre, suficiente para regar con generosidad nuestros festines. Solamente Yun estaba exenta de multas, ya que se la consideraba una candidata de «régimen especial»[82] y gozaba del privilegio, además, de poder permanecer sentada mientras escribía sus respuestas.

Un día que Yun y yo llevábamos flores en las manos, Yang Pu-fan nos hizo un dibujo que nos retrataba en el jardín; los del esbozo eran exactamente iguales a nosotros. Aquella noche, la luz de la luna era muy brillante, y las sombras delicadas de las orquídeas que proyectaba sobre la pared blanca, especialmente hermosas. Wang Hsing-lan, notablemente alegre por el alcohol, anunció de forma enfática:

—Pu-fan puede haceros un retrato, pero yo, por mi parte, puedo pintar las sombras de las flores.

—Pero ¿puedes pintarlas tan bien como nos ha dibujado él? —le pregunté en tono burlón.

Sin contestarme, Hsing-lan cogió una hoja de papel blanco y, aplicándola sobre la pared, reprodujo las sombras de las orquídeas a pinceladas de tinta, algunas gruesas y otras finas, dependiendo de si las sombras se proyectaban más oscuras o más claras sobre el papel. Examinado a plena luz del día, aunque ciertamente no podía considerarse

una auténtica pintura, terminada y perfecta, del esbozo emanaba, sin embargo, algo impreciso que sí evocaba la serenidad natural de las hojas bajo el claro de luna. El dibujo le gustó mucho a Yun, que se lo quedó, y todos escribimos comentarios elogiosos en sus márgenes.

Había dos lugares en Suzhou ideales para pasear, el Jardín del Sur y el Jardín del Norte. Una vez quisimos visitarlos cuando la colza estaba en flor, pero no había allí cerca, por desgracia, ninguna taberna donde pudiéramos beber algo. Podríamos habernos llevado de casa una cesta con víveres, pero entonces tendríamos que haber brindado por las flores con vino frío, y eso no tiene gracia alguna.[83] Unos propusieron la posibilidad de buscar una posada en los alrededores, mientras que otros defendían la idea de regresar a casa para beber después de haber disfrutado de la contemplación de las flores. Cualquiera de las dos opciones nos privaba, no obstante, del placer de tomar el vino de arroz bien calentito entre las flores. La deliberación no desembocó en ninguna solución, pero entonces Yun dijo sonriendo:

—Si todos ponen un poco de dinero para vino, mañana volvemos y yo me encargo de traer un hornillo.

Todos nuestros amigos se alegraron y estuvieron de acuerdo. Cuando ya se habían marchado, le pregunté a Yun:

—¿Piensas realmente llevar tú misma el hornillo?

—Claro que no —me contestó ella—. Pero he visto en el mercado a unos vendedores de raviolis rellenos de carne que llevan a cuestas un pequeño hornillo, una olla y todos los utensilios necesarios. ¿Qué nos impide contratar a uno para que nos acompañe? Yo puedo preparar la comida en casa, y una vez llegados al jardín sólo tendremos que pasarla un momento por el hornillo, hervir el agua para el té y calentar el vino.

—Sí, eso sería muy apropiado para el vino y los alimentos —dije yo—, pero nos faltará el hervidor para preparar el té.

—Podríamos llevar una jarra de barro y un gancho para pasarlo por el asa, de modo que podamos colgar la jarra sobre el hornillo después de quitar la olla y echar un poco de leña al fuego. ¿No crees que funcionaría?

Aplaudí de todo corazón esta solución excelente y encontré rápidamente, en la misma esquina de nuestra calle, a un tal Pao que vendía raviolis y que aceptó con alegría cien

monedas de cobre por acompañarnos con sus cosas a los jardines. Al día siguiente, cuando se presentaron todos los amigos que venían a pasear con nosotros y los puse al tanto, se produjo un estallido de elogios para Yun, cuyo ingenio les admiraba.

Después del almuerzo nos dirigimos hacia el Jardín del Sur llevando almohadones y esterillas. Cuando llegamos, elegimos un lugar para sentarnos en círculo a la sombra de los sauces. Primero tomamos té, y al terminar pusimos el vino a calentar y acabamos de cocinar los alimentos. La suave brisa y el calor del sol eran exquisitos. El suelo parecía de oro a causa del resplandor de las flores de la colza. Los paseantes, con sus ropas azules con mangas rojas, llenaban los estrechos senderos que cortaban los campos en ángulos rectos, y por doquier se veían abejas y mariposas que revoloteaban de flor en flor. La escena era tan embriagadora que uno no necesitaba beber en absoluto.

Pero a esas alturas la comida y el vino estaban ya listos, por lo que nos sentamos sobre las esterillas y les hicimos los honores. El vendedor que nos había ayudado no era ningún patán, así que lo invitamos a integrarse en nuestro círculo y compartir nuestro banquete. La gente que nos veía se maravillaba de nuestro ingenio. Al final de la tarde, las tazas y los platos yacían sin orden en el suelo, y todos estábamos bastante contentos, sentados unos, recostados otros, algunos cantando y otros silbando. Cuando ya declinaba el sol, se me antojó comerme unas gachas de arroz y mandé a nuestro ayudante a comprar arroz, que puso a hervir inmediatamente. Más tarde, cuando estuvimos bien saciados, regresamos a la ciudad.

—¿Se lo han pasado bien hoy? —les preguntó Yun a nuestros amigos.

—¡Claro que sí! Pero sin su ayuda, señora, no hubiéramos tenido ni la mitad de placer —contestaron al unísono.

Nos separamos alegremente y cada cual se marchó a su casa.

Un letrado pobre está obligado, al mismo tiempo que da muestras de gusto refinado y de extrema limpieza, a ser frugal, a ahorrar en su vestir, en su comida y en su vivienda. Yo defino la frugalidad como «saber cuándo ahorrar dinero».

Por ejemplo, en las comidas me gusta beber siempre un poco, pero en cambio no me atrae degustar un gran número de platos. Yun se inventó una vez una bandeja «de flor de ciruelo», ya que consistía en seis platillos hondos de porcelana blanca de cinco centímetros de diámetro, cinco de los cuales estaban dispuestos alrededor del plato

central; cuando los unía todos con una especie de masilla, el conjunto se parecía mucho a una flor de ciruelo. Los pintó todos de gris y luego fabricó una tapa redonda con un asa superior en forma de tallo y unas incisiones que recordaban la forma de los cinco pétalos. Una vez en la mesa parecía una flor de ciruelo caída al revés, y al quitar la tapa se descubría la comida dispuesta en cada uno de los pétalos. Una bandeja con seis platillos así servidos bastaba para una comida relajada para nosotros dos y dos o tres amigos íntimos. Si nos lo comíamos todo, Yun simplemente volvía a rellenar la bandeja. También fabricó una bandeja redonda con un borde bajo que servía para llevar copas, palillos, jarras de vino y otros utensilios. Cabía en cualquier lado y se transportaba fácilmente. Éstos son dos buenos ejemplos de frugalidad en la alimentación.

Era Yun la que con sus propias manos confeccionaba mis gorros, mis cuellos y mis calcetines. Cuando la ropa se agujereaba, se las ingeniaba para arreglarla usando retales de la misma tela, y la mantenía siempre limpia y en buen estado. Yo procuraba vestir siempre con colores oscuros con el fin de que las manchas no fueran demasiado visibles, y eso me permitía llevar la misma ropa en casa y en la calle. Me parecen también buenos ejemplos de frugalidad en el vestir.

Al principio, cuando nos mudamos a la Villa de la Serenidad, nuestras estancias nos resultaban demasiado oscuras, así que empapelamos las paredes de blanco para iluminarlas. Durante el verano retiramos las ventanas de la planta baja, pero al no tener ninguna mampara nos daba la sensación de que la casa estaba demasiado abierta y le faltaba intimidad.

—Tenemos aquellas viejas persianas de bambú —dijo Yun—. ¿Por qué no las usamos como mamparas?

—¿Cómo lo harías? —le pregunté.

—Podríamos coger algunas de las varas de bambú y pintarlas de negro —me explicó —, y después hacemos un marco con ellas de manera que tape la parte superior de la ventana pero deje la inferior libre, con una abertura suficiente para salir. Luego cortamos por la mitad una de las persianas de bambú y la colgamos del marco, de modo que llegue más o menos hasta la altura de una mesa baja. A continuación, consolidamos la cortina con cuatro pequeños largueros de bambú que podemos atar verticalmente con un cordel sobre ese espacio vacío. Finalmente, podemos cubrir el travesaño superior del que cuelga la persiana con unos pedazos de tela negra vieja y coserlos alrededor de la vara

horizontal como una funda. Así, no sólo nos dará intimidad, sino que resultará atractivo y no nos costará nada.

Éste es otro ejemplo de lo que quiero decir con «saber cuándo ahorrar dinero». Esta regla tiene que aplicarse a todo. El antiguo dicho que sostiene que «incluso las puntas de bambú y el serrín se pueden aprovechar para algo» es muy cierto.

Cuando los lotos empiezan a florecer en verano, sus corolas se cierran al anochecer pero vuelven a abrirse por la mañana. Yun solía poner unas pocas hojas de té en una bolsita de gasa que colocaba dentro de una flor de loto antes de que se cerrara al atardecer. A la mañana siguiente la recogía, extraía las hojas de té y las hervía con agua pura de manantial. Su perfume era de una delicadeza y una fragancia infinitas.

TERCERA PARTE

Las penas de la vida

¿Por qué existen las desgracias en la vida? En general, las desgracias son castigos por los pecados propios de cada hombre. ¡Éste, sin embargo, no es mi caso! Yo he sido siempre una persona amistosa, sincera y abierta, respetuosa con la palabra dada a los demás, pero precisamente estas cualidades se convirtieron en la razón de mis problemas. Mi padre, el honorable Chia-fu, también fue todo un caballero de carácter noble y generoso, deseoso de auxiliar a quienes tenían dificultades, de ayudar a la gente que pasaba apuros, de casar a las hijas de los demás y de criar a sus hijos. Tenemos de ello ejemplos sin número. Gastó su dinero sin contarlo, y casi siempre en beneficio del prójimo.

Cuando mi esposa y yo vivíamos todavía en la casa familiar, en algunas ocasiones nos vimos obligados a empeñar nuestras pertenencias, especialmente si teníamos que hacer frente a gastos imprevistos. Si bien al principio lográbamos mantenernos y llegar como fuera a fin de mes, la escasez se fue imponiendo poco a poco en nuestro hogar. Como se suele decir: «Sin dinero, ni puedes mantener una casa ni alternar con amigos». Al principio, nuestras circunstancias provocaron chismes que iban propagando malas lenguas del lugar, pero más tarde, paulatinamente, provocaron el desdén de nuestra propia familia. ¡Qué verdadero es ese dicho de los antiguos!: «La falta de talento es una virtud en una mujer».

Aunque yo era el hijo mayor de mis padres, en realidad había nacido en tercer lugar; por esta razón, al principio todo el mundo llamaba a Yun «tercera dama». Pero más tarde, en cambio, comenzaron a llamarla de repente «tercera esposa».[84] Empezó como una broma, pero se convirtió en costumbre hasta tal punto que al poco tiempo todos la llamaban así, desde nuestros parientes de más edad hasta los criados. Me pregunto si no fue ésta la primera señal de las posteriores discordias familiares.

En el cuadragésimo noveno año del reinado del emperador Qianlong[85] yo estaba trabajando para mi padre en las oficinas del gobierno de Haining.[86] Yun solía incluirme algunas notas breves en la correspondencia de la familia que nos llegaba desde casa. Cuando mi padre se dio cuenta, me dijo:

—Ya que tu esposa es tan hábil en el manejo del pincel, también podría escribir las cartas de la familia para tu madre.

Pero al poco tiempo empezaron a circular algunos chismorreos por la casa, y mi madre concibió la sospecha de que Yun había cometido una indiscreción en alguna de las cartas. A resultas de eso dejó de confiarle la correspondencia. Cuando mi padre notó que las cartas no estaban escritas con la letra de Yun, me preguntó si ella estaba enferma. Le mandé una carta para preguntárselo, pero Yun no me respondió.

Al cabo de poco, mi padre empezó a irritarse y me hizo esta observación sobre la cuestión:

—¡Aparentemente, tu esposa no se digna escribirle las cartas a tu madre!

Cuando regresé a casa comprendí que la causa del malentendido era una intriga doméstica, y quise pedir una explicación para aclarar las cosas. Pero Yun, alarmada, me detuvo diciéndome:

—Prefiero que tu padre me censure a exponerme al descontento de tu madre.

Así que las cosas nunca se aclararon.

En la primavera del quincuagésimo quinto año del reinado del emperador Qianlong[87] acompañé otra vez a mi padre a su trabajo, pero ahora a Hungchiang.[88] Mi padre tenía allí un colega, llamado Yu Fu-ting, que se había desplazado con su familia a la ciudad para poder estar juntos. Un día, mi padre se confió a él y le dijo:

—He llevado una vida dura, con incomodidades, muy a menudo lejos de mi casa, entre extraños. Me gustaría mucho tener a mi lado a una persona que viviera conmigo y que me cuidara, pero hasta ahora no he podido encontrar a nadie. Si mi hijo respetara mis deseos, él podría intentar conseguirme a alguien de nuestro condado y así hablaríamos incluso el mismo dialecto.[89]

Fu-ting me comunicó la petición de mi padre y yo le escribí en secreto a Yun para que buscara a alguien. Se dirigió a una casamentera y así dio con una joven del clan Yao. Al ignorar si la muchacha le gustaría a mi padre, no obstante, juzgó preferible no decirle nada a mi madre. Cuando la joven partió para que mi padre la conociera, Yun se inventó la historia de que se trataba de la hija de un vecino nuestro que salía de viaje y aprovecharía para visitarnos. Y cuando mi padre, satisfecho por la elección, me mandó para que trasladara formalmente a la joven hasta su residencia, Yun siguió el consejo de algún conocido bien intencionado y creyó oportuno explicar que mi padre había puesto sus miras en ella desde hacía ya mucho tiempo.

—Pero ¿acaso no dijiste —le señaló mi madre con indignación cuando se enteró— que era la hija de un vecino que estaba de visita? Entonces ¿cómo puede ser que mi marido se case con ella?

Mi madre se enfadó también con Yun, quien desde ese momento perdió todo su crédito ante ella.

En la primavera del quincuagésimo sexto año del reinado del emperador Qianlong[90] yo estaba viviendo en Chenchou.[91] Mi padre se puso enfermo en Hungchian y cuando fui a visitarlo yo también caí enfermo. Allí me encontré con mi hermano Chi-tang, que en esa época trabajaba a las órdenes de mi padre.

Mientras estaba allí recibí una carta de Yun en la que me contaba: «Tu hermano menor Chi-tang le solicitó una vez un préstamo a una vecina, y me pidió que yo lo avalara. Ahora esta mujer está ansiosa por recuperar su dinero».

Hablé de ello con Chi-tang, que se tomó muy mal la cosa y acusó a Yun de entrometerse en sus asuntos. En la carta que ya le había escrito a Yun, añadí una nota que decía: «Mi padre y yo estamos enfermos y no tenemos el dinero para pagar la deuda. Sólo debes esperar a que Chi-tang vuelva a casa y dejar que se las arregle».

Mi padre y yo nos recuperamos al poco tiempo y yo regresé a Chenchou tan pronto como me encontré en condiciones. La respuesta de Yun a mi nota llegó a Hungchiang después de mi partida, así que mi padre la abrió y la leyó. Después de algunas consideraciones respecto a la deuda de Chi-tang, Yun escribía: «Tu madre cree que la enfermedad del viejo se debe completamente a la chica Yao. Cuando se encuentre un poco mejor, sería bueno que persuadas discretamente a Yao de que les escriba a sus padres para decirles que los echa de menos. Yo, por mi parte, les diré a sus padres que vayan a buscarla a Yangzhou. Así tú y yo quedaremos liberados de cualquier responsabilidad».

Cuando mi padre leyó estas líneas se enfureció. Interrogó a Chi-tang a propósito de su deuda, pero mi hermano tuvo el descaro de decir que no sabía nada del asunto. Entonces mi padre volcó su cólera en mí y me mandó una carta de reprimenda: «No basta con que tu esposa contraiga deudas a tus espaldas, sino que además difunde calumnias sobre su pequeño tío.[92] Incluso tiene el atrevimiento de llamar "tu madre" a su suegra y se refiere a mí como "el viejo".[93] ¡Es indignante! Ya he enviado un mensajero especial a Suzhou

con una carta que ordena que la expulsen de la casa. ¡Si todavía te queda un poco de vergüenza, tendrás que reconocer tus errores!».

Recibir esa carta fue para mí como oír un trueno en un día claro. Le respondí a mi padre enseguida, pidiéndole todas las disculpas posibles. Y luego alquilé un caballo y regresé a casa a toda prisa, temiendo por encima de todo que Yun se suicidara. Cuando llegué a casa me puse a aclarar todo el asunto sin omitir detalle alguno, y al momento llegó el criado que traía la carta de mi padre, en la que enumeraba los errores de Yun en los términos más rigurosos. Yun se echó a llorar al escucharme y me dijo:

—Está claro que me equivoqué al escribir de manera tan incorrecta, pero padre tendría que perdonar a una mujer ignorante.

Pocos días después recibí una segunda carta de mi padre en la que decía: «No quiero mostrarme demasiado severo. Llévate a tu esposa y marchaos a vivir a otra parte. Si no debo volver a veros no tendréis motivos para temer mi cólera».[94]

Se me sugirió que mandara a Yun a vivir con su familia de origen durante una temporada, pero su madre ya había muerto, su hermano estaba desaparecido y a ella le disgustaba mucho la idea de depender de parientes más lejanos. Afortunadamente, mi amigo Lou Pan-fang, enterado de nuestra situación, se solidarizó con nosotros y nos invitó a vivir en su residencia de la Villa de la Serenidad. Llevábamos ya dos años allí cuando mi padre empezó a darse cuenta de lo que realmente había sucedido. Poco después de mi regreso de Cantón, vino personalmente a visitarnos, le dijo a Yun que ahora lo entendía todo y nos invitó a volver a casa.

Y así lo hicimos, felices de ocupar de nuevo nuestro lugar en el hogar común y de reunirnos con la sangre de nuestra sangre. ¿Quién podría haber imaginado que el asunto de Han-yuan nos reservaba todavía sus desgracias?

Yun solía perder mucha sangre durante sus periodos. La dolencia se remontaba a la época en que su hermano menor Ko-chang se había fugado de casa y su madre había muerto consumida por el tormento, acontecimientos que afectaron seriamente la salud de Yun. Sin embargo, después de conocer a Han-yuan, esos achaques remitieron durante más de un año, y a mí me alegraba ver que esa amistad le causaba unos efectos tan benéficos. Desgraciadamente, Han-yuan se dejó casar con un hombre influyente, que además de pagar la fortuna de mil monedas de oro[95] para obtenerla, se comprometió

también a mantener a su madre. «La bella cayó en las manos de Sha-shih-li.»[96] Yo lo sabía desde hacía un tiempo, pero se lo oculté a Yun hasta que se enteró de la noticia por sí misma un día que fue a ver a su amiga. A su regreso me dijo sollozando:

—¡Nunca hubiera creído que los sentimientos de Han fueran tan poco profundos!

—Tus propios sentimientos son demasiado profundos —le dije—. ¡Qué afecto podías esperar de una joven como ella! Por otra parte, ¿cómo esperabas que una persona acostumbrada a vestir con lujo y a comer exquisiteces se conformara con una vida de pobre ama de casa, con horquillas de espino para el pelo y trajes de telas sencillas? Más vale haberla perdido ahora que tener que arrepentirnos después de una unión desdichada.

A pesar de mis repetidas tentativas de consolarla, nunca se repuso de esta herida y sus pérdidas de sangre regresaron con una violencia redoblada. Ya no podía levantarse de la cama, sufría una agitación permanente y las medicinas no le proporcionaban ningún alivio. La enfermedad, para entonces crónica, alternaba treguas y recaídas, y su cuerpo demacrado llegó a estar tan delgado que podía verse perfectamente su esqueleto. En unos pocos años, nuestras deudas crecieron considerablemente, así como los cotilleos y los comentarios desagradables sobre nosotros. Por su parte, desde el episodio del juramento de hermanarse con una mujer del mundo galante, mis padres le tomaron a Yun una aversión cada vez mayor. Atrapado entre dos fuegos, yo no lograba escaparme de la inconfortable posición de mediador entre ellos, y desde entonces mi vida no fue más que un tormento.

Yun había dado a luz a una hija, a la que llamamos Ching-chun, que para entonces tenía ya catorce años. Sabía leer y escribir bastante bien y era muy gentil y capaz, compartía con nosotros todas nuestras privaciones y podíamos confiar en ella para ayudarnos a empeñar joyas y vestidos.[97] También teníamos un hijo, llamado Feng-sen, que en ese momento iba a cumplir doce años y que estaba estudiando con un preceptor. Sin empleo durante varios años, yo había abierto en casa un negocio para vender libros y cuadros. Pero el beneficio de tres días de venta no cubría siquiera nuestros gastos de un solo día. Así que vivía constantemente en el apuro y agobiado por las preocupaciones, frecuentemente sin dinero alguno. Privado de pieles y de trajes acolchados, resistía con fuerza de voluntad los rigores del invierno, mientras que Ching-chun, tiritando bajo sus vestidos sin forro, sostenía contra toda evidencia que no sentía frío. Cuando Yun se enteró, juró que no volvería a gastar más dinero para llamar al médico ni para comprar medicinas.

Una vez, durante una temporada en que Yun se había sentido capaz de levantarse, sucedió que mi amigo Chou Chun-hsi acababa de regresar de las oficinas del príncipe Fu y andaba buscando a alguien que pudiera bordarle un volumen con el Sutra del Corazón.[98] Persuadida de que el carácter sagrado de esta ocupación apartaría de nosotros las calamidades y nos atraería el favor divino, y seducida además por el monto apreciable de la remuneración, Yun emprendió la ejecución del trabajo a pesar de su enfermedad. Chun-hsi, sin embargo, estaba sólo de visita y tenía prisa por regresar a su puesto, no podía aplazar su partida más allá de diez días, de modo que Yun se impuso terminar la labor en ese plazo. El esfuerzo era excesivo para una enferma todavía tan débil y Yun empezó a sufrir dolores de espalda y a sentir vértigos. ¡Quién hubiera pensado que su destino era tan malo que ni siquiera Buda le demostraría su compasión! Cuando hubo terminado el bordado, su mal empeoró, exigiendo cuidados permanentes. Cuando no pedía agua, reclamaba una sopa o una infusión, hasta el punto de que la familia y los sirvientes llegaron a sentirse un poco hastiados.

Un occidental había alquilado la casa colindante, hacia la izquierda, con mi residencia y tienda de cuadros. Ese hombre se ganaba la vida como prestamista con un buen interés. Más de una vez me pidió que pintara para él, y así fue como lo conocí.[99] Por aquellos tiempos, uno de mis amigos, que deseaba pedirle prestadas cincuenta monedas de oro, me rogó que lo avalara, cosa que no pude rehusar dadas nuestras relaciones. Pues bien, este amigo un buen día desapareció con la cantidad del préstamo. Como era de esperar, el prestamista se volvió contra mí para conseguir recuperar su dinero y me lo reclamó muchas veces, fastidiándome con su parloteo. Al principio empecé a pagarle, por lo menos en parte, con mis pinturas, pero al final ya no tenía nada más que ofrecerle a cambio. Al acercarse el Año Nuevo, cuando mi padre había regresado a casa para las festividades, ese hombre volvió para reclamar su dinero y montó una pequeña escena en la puerta.

El escándalo llegó a oídos de mi padre, que me hizo llamar para reprenderme.

—Pertenecemos a una casa de togas y birretes[100] —me dijo—. ¿Cómo podemos deberle dinero a un individuo como ése?

Mientras estaba tratando de justificarme, llegó un mensajero. Lo había enviado una mujer que era amiga de la infancia de Yun, y hermana suya por juramento, y que se

había casado con un hombre llamado Hua de Hsishan. Esa señora se había enterado de su enfermedad y quería recibir noticias sobre su salud.

Mi padre, sin embargo, se confundió, creyó que el hombre venía de parte de Han-yuan y no pudo contener su indignación.

—¡Tu mujer —me gritó con enfado— no se comporta como debería hacerlo una señora, hasta el punto de que se hermana bajo juramento con una cortesana! Tú mismo, en lugar de aprender de los mayores y elegir a tus amigos en un medio honorable, frecuentas gentuza. No puedo soportar mandarte al cadalso, pues mi corazón no lo resistiría. Pero te concedo sólo tres días para tomar una decisión. Haz tus preparativos para marcharte de casa, y hazlos pronto. Pasado este plazo, ¡si persistes en tu desobediencia acabarás por perder la cabeza![101]

Al enterarse de la ira de nuestro padre, Yun prorrumpió en sollozos y dijo:

—Yo soy la única culpable de la ira de nuestros padres. Si me suicidara quedarías libre para irte, pero yo sé bien que no soportarías mi muerte. Y si te fueras y me dejaras aquí, a la larga no podrías tolerar nuestra separación. Ve, por favor, a buscar en secreto al criado de la señora Hua. Yo voy a tratar de levantarme de la cama para hablar con él.

Le pedí a Ching-chun que la ayudara a levantarse y Yun se apoyó en ella para salir del dormitorio. Cuando estuvo en presencia del mensajero de la señora Hua, le preguntó si su señora lo había mandado especialmente o si sólo se había detenido ante nuestra puerta en su camino hacia otro lugar.

—Mi ama —contestó el criado— se enteró hace bastante tiempo de que la señora estaba enferma y guardaba cama. Primero tuvo la intención de acudir personalmente a visitarla, pero, puesto que hasta la fecha nunca ha cruzado el umbral de su casa, temió hacer un gesto inconveniente. Me insistió mucho, antes de que yo partiera, en que le dijera a usted que si no le importaba vivir en una pobre casa campesina, a ella le encantaría, para honrar la promesa intercambiada con usted en su juventud, que usted fuera a vivir a nuestra casa para recuperarse y fortalecerse en el campo.

Esto último se refería al compromiso contraído por Yun y su amiga cuando, aún niñas, bordaban a la luz de una misma lámpara; un compromiso de socorrerse mutuamente en caso de desgracia o de enfermedad.

—Le ruego que regrese lo más pronto que pueda —le dijo Yun al mensajero— y que le pida a su señora que me mande una embarcación, en absoluto secreto, dentro de dos días.

Cuando el criado se hubo retirado, Yun me dijo:

—La señora Hua, a causa de nuestra promesa solemne, me tiene una gran devoción y demuestra que está más cerca de mí que mi propia carne y mi propia sangre. Si a ti no te importa trasladarnos a su casa, seguramente a ella no le molestará que vayas conmigo. En cambio, me temo que no podremos llevarnos a los niños. Y, como tampoco podemos provocar más problemas con nuestros padres dejándolos aquí, deberíamos disponer alguna solución para ellos en los próximos dos días.

Yo tenía, por parte de mi tía paterna, un primo que se llamaba Wang Chin-chen. Era padre de un muchacho llamado Yun-shih, al cual quería casar con Ching-chun.

—He oído —dijo Yun— que el hijo de tu primo Wang es un niño apocado y carente de aptitudes. Serviría como mucho para mantener el patrimonio familiar, pero no para amasar una fortuna, aunque en realidad no hay en su familia un patrimonio demasiado grande que cuidar. Por otra parte, son una respetable familia de letrados y Yun-shih es hijo único. Así que creo que podemos autorizar el enlace.

Tomada esta decisión, fui a ver a Chin-chen y le dije:

—Puesto que la relación que existe entre tú y mi padre es de sobrino a tío materno, y que deseas tener a Ching-chun por nuera, no creo que mi padre vaya a negarte su consentimiento. Lamentablemente, dadas las circunstancias actuales, nosotros no tenemos la posibilidad de acabar de educarla hasta que esté preparada para la boda. ¿Qué te parecería si le presentaras el caso a mi padre después de nuestra partida para Hsishan y le pidieras que te permitiera acogerla en tu casa como nuera-niña?[102]

Encantado con mi proposición, Chin-chen la aceptó enseguida.

En cuanto a nuestro hijo Feng-sen, le confié a mi amigo Hsia Yi-shan la misión de presentarle a alguien de quien pudiera aprender el negocio del comercio como aprendiz en alguna tienda. Apenas me dio tiempo de disponer estos preparativos cuando llegó la embarcación de la señora Hua. Era el vigésimo quinto día del último mes del cuarto año del reinado del emperador Jiaqing.[103] Yun me dijo entonces:

—Nuestra huida no sólo nos convertirá en la burla de todo el vecindario, sino que, además, me temo que el occidental pueda impedírnoslo, ya que no ha cobrado su dinero. Por lo tanto, mañana tendremos que marcharnos de casa a hurtadillas antes de que amanezca.

—Pero tú estás enferma —protesté—. ¿Vas a poder soportar el frío y la humedad de la madrugada?

—No te preocupes por mí —me respondió—. La vida y la muerte están en manos del destino.

Informé confidencialmente a mi padre acerca de nuestro plan y lo aprobó. Esa misma noche, después de mandar a Feng-sen a la cama, llevé algunos paquetes a la embarcación. Ching-chun lloraba junto a su madre, que le hacía sus últimas recomendaciones.

—Tu madre nació bajo un signo funesto y ha estado condicionada por una sensibilidad excesivamente aguda, que nos ha acarreado muchos problemas. Por suerte, tu padre me ha tratado siempre con amabilidad, por lo que no debes preocuparte por mí cuando nos vayamos. En dos o tres años seguramente habremos vuelto a poner orden en nuestros asuntos y la familia podrá reunirse de nuevo. Márchate tranquila a tu nueva casa, compórtate de manera adecuada para una mujer en todo lo que hagas e intenta no seguir el ejemplo de tu madre. Estoy segura de que tus suegros te tratarán bien, ya que se consideran afortunados de tenerte por nuera. Todas las cosas que abandonamos aquí en los baúles y las cajas, las dejamos para que puedas llevártelas. Tu hermano todavía es pequeño, así que no le hemos contado lo que estamos haciendo. Cuando estemos a punto de partir, le diremos que voy a consultar a un médico y que volveremos en unos días. Tú espera a que estemos lejos, entonces le cuentas las verdaderas razones de nuestra huida y luego deja que tu abuelo se haga cargo de él.

La anciana cuya casa habíamos alquilado una vez para pasar el verano, como conté en la primera parte, se encontraba entonces con nosotros y se empeñaba en acompañarnos al campo. Como eso era totalmente imposible, nos estuvo ayudando lo mejor que pudo y no logró contener las lágrimas al oír el discurso de Yun. Bien entrada la madrugada, pocas horas antes del alba, calentamos unas gachas de arroz y nos las comimos juntos.

—En otros tiempos —me dijo Yun, esforzándose por sonreír—, un tazón de gachas nos reunió. Y ahora un tazón de gachas es también el testigo de cómo se separa nuestra familia. Si con nuestra historia se compusiera una obra de teatro, podría titularse *El romance de las gachas de arroz*.

Feng-sen oyó hablar a su madre, se despertó y le preguntó medio dormido:

—Mamá, ¿qué estás haciendo?

—Me voy a ver a un médico —le dijo Yun.

—Pero ¿por qué tan temprano? —se asombró Feng-sen.

—Porque es un largo camino. Tú vas a quedarte tranquilito en casa con tu hermana. Sé bueno y no hagas enfadar a tu abuela. Me voy con tu papá y regresaré en unos días.

Al tercer canto del gallo, con lágrimas en los ojos y apoyándose sobre la anciana, Yun estaba a punto de salir por la puerta de atrás cuando Feng-sen prorrumpió en llantos estrepitosos y gritó:

—No es cierto, ¡mi mamá no volverá!

Ching-chun le tapó la boca rápidamente, temiendo que el ruido despertara a los vecinos, e intentó sosegarlo. Mientras tanto, Yun y yo sentíamos como si nos desgarraran las entrañas, pero no había nada más que decir. Sólo podíamos pedirle a Feng-sen que dejara de llorar.

Después de que Ching-chun cerrara la puerta tras nosotros, Yun sólo logró dar una docena de pasos y se detuvo, demasiado débil para seguir caminando. Tuve que cargármela a la espalda y continuar el camino después de pasarle la linterna a la anciana para que la sostuviera. Casi habíamos llegado al canal cuando nos detuvo una patrulla de vigilancia, que estuvo a punto de apresarnos. Afortunadamente, la anciana tuvo la habilidad de hacerles creer que Yun era su hija enferma y que yo era su yerno. Además, cuando los barqueros (que eran todos criados de la familia Hua) nos oyeron hablar, acudieron en nuestro auxilio y nos ayudaron a bajar a la embarcación. Soltadas las amarras, y con la barca en movimiento, Yun se desplomó por completo y se dejó ir libremente en llantos, gritos y lamentos. En realidad, tras esta separación madre e hijo no volverían a verse nunca más.

El nombre de pila del señor Hua era Ta-cheng y residía en Wushi,[104] al pie de las colinas de Tungkaoshan. Vivía de la tierra que él mismo cultivaba y era un hombre muy sencillo y sincero. La señora Hua, la hermana de Yun por juramento, pertenecía a la familia Hsia. Llegamos a su casa ese mismo día, a poco de empezar la tarde. La señora Hua, que había estado esperándonos con impaciencia, vino corriendo hacia la barca acompañada de sus dos hijas pequeñas, y la alegría del encuentro fue enorme por ambas partes. Nuestra anfitriona ayudó a Yun a desembarcar y a dirigirse hacia la casa. Nos acogieron con todo el calor y todas las atenciones posibles. Al poco rato, las mujeres del vecindario invadieron la habitación junto con sus hijos para ver a Yun. Arremolinadas a su alrededor, unas le hacían preguntas, otras se compadecían de ella y aún otras

cuchicheaban entre ellas, cotorreando todas a la vez y llenando la casa con su parloteo. Yun le dijo a la señora Hua:

—Hoy sí que tengo la impresión de ser el pescador que alcanzó la Fuente de las Flores de Melocotonero.[105]

—No te burles de la pobre gente del campo, por favor —le contestó la señora Hua—. Los campesinos ven a poca gente y cualquier novedad les parece de lo más interesante.

Y así nos establecimos allí alegremente para celebrar el Año Nuevo. Para la Fiesta de las Linternas,[106] transcurridos apenas veinte días desde nuestra llegada, Yun ya había recuperado suficiente fuerza como para levantarse. Aquella noche, mientras contemplábamos el espectáculo de las linternas en forma de dragón que los lugareños organizaron en la era de trillar, el retorno de su alegría me llamó la atención y pensé que estaba empezando a recobrar la salud. Sentí tal alivio que me atreví a hablarle de nuestra situación en privado.

—No podemos seguir viviendo aquí sin preocuparnos del futuro —le dije—. Lamentablemente, no tenemos recursos para irnos a otro lugar. ¿Qué te parece que debemos hacer?

—Yo también he estado pensando en eso —me dijo Yun—. ¿No es cierto que Fan Hui-lai, el esposo de tu hermana mayor, es ahora el tesorero mayor de la Oficina de la Sal de Chingchiang? Hace ya unos diez años te pidió prestadas diez monedas de oro, y como no tenías el dinero yo empeñé una de mis joyas para conseguirlo. ¿Lo recuerdas?

—Lo había olvidado por completo —reconocí.

—Dicen que Chingchiang no queda lejos de aquí. ¿Por qué no vas y le preguntas a tu cuñado si puede ayudarnos?

El consejo me pareció bueno y me puse en marcha sin tardanza. Era el decimosexto día del primer mes del quinto año del reinado del emperador Jiaqing.[107] El tiempo era muy suave para la estación y yo tenía calor incluso solamente con mi traje de lana y mi chaqueta corta. Pasé la primera noche en una posada de Hsishan, donde alquilé mantas y ropa de cama.

Al día siguiente me levanté de madrugada para tomar el junco de pasajeros hacia Chiangyin. Durante todo el recorrido tuvimos el viento en contra y pronto se le añadió una llovizna persistente. Ya era de noche cuando llegamos a la desembocadura del río en

Chiangyin.[108] Aterido hasta los huesos por el viento helado de la primavera, compré algo de vino para calentarme y en eso me gasté todo lo que llevaba en mi bolsa. Me pasé toda la noche despierto, preguntándome cómo salir del paso y dándole vueltas a la idea de si debía vender mi ropa interior para pagar la travesía del río.[109]

El día diecinueve[110] el viento del norte había redoblado su violencia y la nieve que cubría el suelo era todavía más abundante. Me sentía tan desdichado que se me saltaban las lágrimas a mi pesar. Calculé lo que tendría que pagar por el alojamiento y por el transbordador y no me atreví a comprar más vino. Mientras estaba tiritando de frío y de angustia a la vez, vi entrar de repente a un anciano calzado con sandalias y cubierto con un sombrero de fieltro. Llevaba a la espalda un bolso amarillo. Me miró casualmente y pareció reconocerme.

—¿No será usted el señor Tsao de Taichou? —le pregunté yo.

—Soy yo mismo —me respondió el anciano—, y si no fuera por usted, señor, mi cuerpo estaría desde hace mucho tiempo abandonado en una zanja. ¡Hoy en día mi hija está a salvo y a menudo bendice su nombre recordando lo que hizo por nosotros! ¡Qué sorpresa encontrarlo ahora! ¿Qué es lo que lo ha traído por aquí?

En la época en que yo trabajaba en las oficinas del gobierno en Taichou, este mismo señor Tsao, que era de extracción humilde y tenía una hija bastante bonita, había tenido ciertos problemas legales. Aunque la muchacha ya se había comprometido, un personaje poderoso le había prestado dinero a Tsao a un interés alto con la intención de quedársela para él. De ahí resultó un proceso judicial en el cual, gracias a mi papel de intercesor, había podido proteger al padre y devolver a su hija a su prometido. Tsao había acudido entonces a hacerme reverencias de agradecimiento e incluso se había puesto a trabajar para mi oficina de manera voluntaria. Así fue como llegué a conocerlo un poco, por lo que le expliqué que viajaba para ver a mi cuñado y me había detenido la tormenta de nieve.

—Yo también llevo ese mismo camino —me dijo—. Si mañana se arregla el tiempo, lo acompañaré hasta allí.

Después sacó dinero de su bolsillo y me invitó a beber con una cortesía extrema que no dejaría de demostrarme en ningún momento. Al día siguiente, el veinte, apenas se oyó el repicar de las campanas de un templo cercano me llegó la voz del barquero del transbordador, que gritaba desde la orilla invitando a los viajeros a embarcarse. Me levanté rápidamente y desperté a Tsao para cruzar el río juntos.

—No nos apresuremos —me dijo—. Hay que comer para reponer fuerzas antes de subir a bordo.

No sólo me pagó el alojamiento y las comidas del día anterior, sino que insistió para que saliéramos a desayunar. Yo ya había perdido varios días, y me sentía tan impaciente por cruzar el río que no me apetecía comer y apenas mordisqueé dos pastelillos de sésamo. Cuando por fin nos embarcamos, soplaba un viento helado que me atravesaba la ropa con sus flechas y pronto todo mi cuerpo estuvo tiritando.

—Dicen que un hombre de Chiangyin se ha ahorcado en Chingchiang —me comentó Tsao—, y que su mujer ha fletado este junco para ir hasta allí. No podemos zarpar antes de que haya llegado.

Helado y con el estómago vacío, tuve que esperar hasta el mediodía para que el barco soltara las amarras. Al llegar a Chingchiang el humo de la preparación de la cena ya flotaba sobre la ciudad.

—En Chingchiang hay dos centros de oficinas gubernamentales —dijo Tsao—, uno dentro de la ciudad y el otro fuera de la muralla.[111] ¿En cuál de los dos trabaja su pariente?

Le confesé avergonzado que lo ignoraba por completo, mientras chapoteaba en el lodo detrás de él.

—En ese caso —prosiguió—, más vale que nos detengamos aquí esta noche para salir a buscarlo mañana con más tiempo.

De tanto corretear por el fango, mis zapatos y mis medias estaban sucios y totalmente empapados, así que apenas llegamos a la posada pedí que me los secaran junto al fuego. Agotado por el cansancio, engullí la cena sin prestar atención a lo que comía y caí enseguida en un sueño profundo. Cuando me desperté a la mañana siguiente descubrí que el fuego prácticamente había consumido mis medias. Tsao volvió a pagarme el hospedaje y la comida de ese día.

En el *yamen* del interior de la ciudad, adonde fuimos primero a pedir información, me dijeron que, efectivamente, Hui-lai trabajaba allí, pero que no se había levantado todavía. Avisado de mi llegada, se vistió a toda prisa y salió a recibirme. Se alarmó cuando vio el estado en que me encontraba, y me preguntó:

—¿Qué te ha sucedido, cuñado, para que tengas un aspecto tan lamentable?

—No me preguntes nada por ahora —le contesté—, pero si tienes algo de dinero préstame dos monedas de oro para reembolsárselas al hombre que me ha acompañado

hasta aquí.

Hui-lai me dio dos «discos extranjeros»,[112] que yo le ofrecí inmediatamente a Tsao. Éste, después de negarse enérgicamente a recibir nada, acabó por aceptar una de las monedas y se marchó. Entonces le conté a Hui-lai todo lo que me había ocurrido y el motivo de mi viaje.

—Como cuñados, somos parientes muy cercanos —me contestó—, y aunque no existiera aquella vieja deuda, yo debería ayudarte hasta el límite de mis posibilidades. La desgracia es que nuestros barcos con sal fueron presa de los piratas hace poco y precisamente ahora estamos intentando arreglar nuestras cuentas, de modo que no tengo gran cosa que darte en este momento. Lo máximo que puedo hacer es reunir veinte monedas extranjeras de plata para reparar la deuda. ¿Qué te parece?

Puesto que, de todas maneras, no había albergado demasiadas esperanzas en él, acepté su proposición. Me quedé todavía dos días más, después de los cuales, despejado ya el cielo y suavizado el tiempo, empecé a preparar mi regreso. El día veinticinco estaba ya de vuelta en casa de los Hua.

—¿Encontraste nieve por el camino? —me preguntó Yun apenas me vio.

Yo le relaté todas las desgracias que había sufrido durante el viaje y mi historia le causó una gran tristeza.

—Cuando empezó a nevar —me dijo—, estaba convencida de que ya habías llegado a Chingchiang, pero en realidad aún estabas esperando en la confluencia de los dos ríos. ¡Qué suerte que te encontraras con el viejo Tsao! Eso demuestra que es cierto que en los momentos extremos el Cielo cuida de los hombres de bien.

Pocos días después, recibimos una carta de Ching-chun en la que nos informaba de que mi amigo Yi-shan ya le había encontrado un trabajo como aprendiz a Feng-sen en una tienda. Por su parte, Chin-chen ya le había solicitado permiso a mi padre para recibir a nuestra hija en su casa, para lo cual había elegido el día veinticuatro del primer mes, día de buen augurio. Así pues, parecía que el futuro de nuestros hijos quedaba finalmente bien resuelto, pero esa separación no dejaba de producirnos una gran pesadumbre.

El segundo mes empezó con una temperatura más suave y un viento más débil, por lo que aproveché ese período, con el dinero conseguido en Chingchiang, para hacer unos sencillos preparativos e ir a visitar a mi viejo amigo Hu Ken-tang, que trabajaba en el Ministerio de la Sal en Yangzhou. Gracias a él, el jefe del departamento de

contribuciones me contrató como secretario y me sentí un poco más reconfortado en cuerpo y alma.

Durante el octavo mes del año siguiente, que era el sexto del reinado del emperador Jiaqing,[113] Yun me escribió una carta en la que me decía: «Ya me encuentro completamente restablecida de mi enfermedad, y como no me parece conveniente dejarme hospedar y alimentar indefinidamente por personas que no son parientes cercanos, me gustaría reunirme contigo en Yangzhou y visitar el famosísimo monte Ping».

Tras recibir esta carta, en consecuencia, alquilé una vivienda de dos habitaciones frente a un río a las afueras de la Puerta Anunciadora de la Primavera, en Yangzhou, y regresé personalmente a la casa de los Hua para llevarme conmigo a Yun. La señora Hua nos obsequió con un joven sirviente llamado Ah Shuang para que nos ayudara en la cocina y en los quehaceres de la casa, y todos prometimos que algún día volveríamos a vivir juntos como vecinos. Una vez instalados en nuestra nueva casa, a punto de empezar el décimo mes, hacía ya demasiado frío para ir al monte Ping y nuestra excursión quedó aplazada hasta la primavera siguiente.

Con la salud de Yun recuperada, volvimos a sentirnos felices en nuestro matrimonio, y yo abrigaba la esperanza de ver a la familia reunida de nuevo en poco tiempo. Pero no sospechaba que, en menos de un mes, el departamento de contribuciones decidiría despedir a quince miembros de su personal y que, por haber sido sólo recomendado indirectamente por un amigo, me encontraría entre los sacrificados de forma automática. Al principio, Yun todavía fue capaz de elaborar cientos de proyectos para mí. Se esforzaba en poner buena cara y me consolaba lo mejor que podía, sin dejar escapar jamás la más mínima queja. Pero hacia el segundo mes de la primavera siguiente recayó en su enfermedad y de nuevo perdió mucha sangre. Yo quería volver a ir a Chingchiang para pedirle ayuda otra vez a mi cuñado, pero Yun me detuvo y me dijo:

—Siempre es mejor acudir a un amigo que a un pariente.

—Es muy cierto —le contesté—, pero todos nuestros amigos, por grande que sea su devoción para con nosotros, están ahora sin empleo y no son capaces de mantenerse siquiera a sí mismos.

—Bueno —dijo ella—, por suerte por lo menos el tiempo ya ha mejorado, y no hay que temer que la nieve te bloquee el camino. Márchate ahora, por favor, y vuelve tan velozmente como puedas, sin preocuparte por mi enfermedad. Cuida bien de ti mismo, pues si te pasara algo sólo serviría para volver más pesada la carga de mis culpas.

En aquel momento no teníamos dinero prácticamente ni para comer, pero para que Yun se quedara tranquila fingí que alquilaba una mula para el viaje. En realidad me marché a pie, llevándome unas pocas galletas en mi bolsa, que me comía mientras andaba cuando me entraba hambre. Me dirigí hacia el sudeste y crucé dos ríos en transbordador. Después de haber caminado unos ochenta o noventa *li* [114] llegué a una zona en la que no se vislumbraba pueblo alguno en ninguna dirección. Iba cayendo la noche y una amplia franja desierta de arena amarilla se extendía ante mis ojos. Bajo la claridad del cielo estrellado, me detuve finalmente en un pequeño altarcillo cubierto de un metro y medio de altura, dedicado a una divinidad terrenal local. Estaba cercado por un muro bajo y flanqueado por dos cipreses.

Me arrodillé ante el dios y le dirigí esta plegaria:

—Me llamo Shen y vengo de Suzhou. Me he extraviado cuando iba a visitar a un pariente. Quisiera pedirte la hospitalidad de tu templo para pasar la noche. Te ruego que me concedas protección y amparo.

Dicho esto, aparté la pequeña vasija de piedra para quemar incienso y me metí dentro del templete. Pero era tan estrecho que sólo me cabía la mitad del cuerpo, así que le di la vuelta a mi capucha para que me tapara la cara y conseguí recostarme en el interior dejando que me sobresalieran las rodillas. Cerré los ojos, atento a los ruidos de la llanura, pero no se oía nada más que el susurro de la brisa. Mis pies estaban cansados y mi moral, débil. Preso del agobio, no tardé en caer dormido.

Cuando desperté, el sol ya alumbraba por oriente. De repente oí un ruido de pasos y de voces que llegaba desde el exterior del murete. Me apresuré a echar un vistazo y descubrí que se trataba de campesinos que pasaban por allí en su camino al mercado. Les pregunté cómo llegar a Chingchiang y uno de ellos me dijo:

—Camine diez *li* rumbo al sur y llegará usted a Taihsing, la capital del distrito. Cruce la ciudad y luego camine otros diez *li* hacia el este. Divisará entonces un montículo de tierra a su derecha. Cuando haya bordeado usted ocho de esos montículos llegará a Chingchiang. Sólo tendrá que seguir el camino principal.

Volví al templete para poner la vasija de piedra para el incienso en su lugar, me arrodillé para darle las gracias al dios y me marché. Pasado Taihsing pude contratar una carretilla[115] y así llegué a Chingchiang hacia las cuatro de la tarde. Una vez allí, entregué mi tarjeta de visita en la oficina de mi cuñado, pero sólo tras una larga espera se me acercó el portero y me dijo que el honorable señor Fan había salido para Zhangzhou en misión oficial. Por la forma en que me habló no me quedó ninguna duda de que se trataba de una excusa y quise saber a qué atenerme.

—¿Cuándo regresará? —le pregunté.

—No lo sé.

—Entonces lo esperaré, aunque tenga que quedarme aquí un año.

El portero entendió el motivo de mi visita y me preguntó discretamente:

—El señor es el cuñado del señor Fan por parte de madre, ¿verdad?

—¡Si no fuera así —repliqué—, no estaría aquí esperando el regreso del señor Fan!

El portero me aconsejó entonces que me quedara. Esperé tres días y por fin alguien me informó de que el señor Fan había regresado y me dio veinticinco monedas de oro. Alquilé una mula y me puse en marcha hacia casa a toda prisa.

Encontré a Yun completamente trastornada, llorando y gimiendo como si algo horrible hubiera sucedido. En cuanto llegué me espetó:

—¿No sabes que Ah Shuang se fugó ayer a mediodía con todas nuestras cosas? Le he pedido a todo el mundo que lo busquen por todas partes, pero hasta ahora no lo han encontrado. Lo que más me preocupa no es la pérdida de nuestras pertenencias, sino la relación con nuestros amigos. Cuando nos marchamos, su propia madre me recomendó insistentemente que lo cuidara bien. Si en este momento está tratando de regresar a casa, tendrá que cruzar el río Yangtsé y eso me da miedo. ¿Y qué haremos si sus padres lo ocultan para chantajearnos?[116] ¿Cómo podré volver a mirar a los ojos a mi hermana de juramento?

—Cálmate, por favor —le dije—. No hay por qué alarmarse. Sólo se puede chantajear a alguien que tiene dinero, y ellos saben perfectamente que no es nuestro caso. Además, hemos tenido al muchacho con nosotros durante seis meses, lo hemos vestido y alimentado y jamás le hemos pegado ni maltratado. Todos los vecinos lo saben. La verdad es que ese chico no es más que un granuja y se ha aprovechado de que

pasábamos un mal momento para robarnos y echar a correr. En cuanto a la señora Hua, en todo caso sería ella, y no tú, la que debería quedar mal por haberte dado a ese golfo. ¿Cómo puedes decir que no podrás volver a mirarla a los ojos? Lo que tenemos que hacer es presentar una demanda ante el juez enseguida, por lo menos para evitar encontrarnos con alguna consecuencia indeseable en el futuro.

Desde aquel día, aunque pareció sosegarse un poco por lo que le había dicho, el estado de Yun se agravó a ojos vista. Su sueño era agitado y a veces, en mitad de una pesadilla, gritaba: «¡Ah Shuang se ha fugado!», o bien: «¿Cómo es posible que Han-yuan me haya traicionado?». Finalmente me decidí a que la atendiera un médico, pero ella me lo impidió.

—La causa inicial de mi enfermedad es la desaparición de mi hermano menor, seguida inmediatamente por la muerte de mi madre, dos desgracias que me sacudieron con fuerza. A ello se agregó mi pasión por Han-yuan. Y ahora el disgusto de haber sido engañada viene a agravar aún más mi enfermedad. Además, siempre he sido demasiado cautelosa y me ha dado mucho miedo cometer errores. Pese a mi voluntad de cumplir con mis deberes de nuera, he fracasado completamente en ese papel, y todo ello me provoca estos continuos accesos de vértigo y de palpitaciones. El mal ha alcanzado ya los órganos vitales de mi cuerpo y el mejor doctor no podría hacer otra cosa que cruzarse de brazos. Te ruego que te ahorres un gasto perfectamente inútil. Cuando recuerdo nuestros veintitrés años de vida conyugal, te estoy agradecida por haberme amado, por haberme rodeado de cuidados y de cariño y por no haberme abandonado a pesar de mis defectos. Pensando que encontré en ti a un amigo y a un esposo tan comprensivo, puedo sin lástima dejar este mundo. Contigo he estado bien calentita con mis ropas de algodón, y he podido disfrutar siempre de comidas frugales pero completas, gozando plenamente de la armonía de nuestra pareja en un hogar feliz. Nos hemos solazado a gusto en paisajes hermosos de rocas y arroyos, como el Pabellón de las Olas Azules o la Villa de la Serenidad, y en muchas ocasiones me he sentido elevada al nivel de los Inmortales. Pero un auténtico Inmortal debe pasar por muchas reencarnaciones antes de alcanzar la iluminación. ¿Y quiénes somos nosotros para pretender acceder a ese estado durante una sola vida? En nuestro afán por obtener una felicidad superior a nuestra cuota como mortales, sólo hemos conseguido ofender al Creador, y es la razón por la cual nuestras pasiones han provocado nuestras desgracias. En el fondo, todo se deriva de tu amor, ¡demasiado grande para con una criatura de destino tan adverso como yo!

Tras una pausa, Yun prosiguió con una voz entrecortada por los sollozos.

—Aunque una vida bien pueda durar cien años, uno siempre acaba por morir algún día. Pero lo que realmente me oprime el corazón es separarme de ti de repente y para siempre, en la mitad de nuestra travesía, y no poder servirte hasta el final de tus días, ni presenciar con mis propios ojos la boda de Feng-sen.

Al decir todo esto, rodaron por su rostro unas lágrimas del tamaño de guisantes. Yo me obligué a ser fuerte e hice todo lo que pude para consolarla.

—Ya hace ocho años que estás enferma —le dije— y varias veces, durante las crisis más agudas, creíste que había llegado tu última hora. ¿Por qué ahora, de repente, profieres semejante discurso que me desgarra el corazón?

—Estas últimas noches he estado soñando que mis padres me mandaban una lancha para llevarme de vuelta a casa —dijo Yun—. Cuando cierro los ojos tengo una extraña sensación de ligereza, es como si flotara entre las nubes. Parece que mi espíritu ya se hubiera marchado y sólo quedara mi cuerpo.

—Se trata solamente del efecto de tu extrema debilidad —le dije—. Estoy seguro de que si te tomaras algunas medicinas, te relajaras y te cuidaras como es debido recobrarías la salud.

Pero Yun continuó hablando, ahogada su voz por el llanto.

—Si yo pensara que me queda un último hilo de vida, jamás me permitiría alarmarte diciéndote todo esto. Pero sé que hoy mi último viaje está muy cerca y que es el momento de que te hable, pues lo que no te diga ahora ya nunca podré decírtelo. Únicamente por mi culpa has perdido el afecto y la confianza de tus padres y llevas la vida errante de un exiliado. Después de mi muerte, ellos te devolverán su cariño, y tú procura no mostrarte reticente con ellos. Su edad ya es avanzada y tú deberías regresar de inmediato a su lado cuando yo ya no esté. Si no puedes trasladar mi cuerpo a mi región natal, no me importa que dejes mi ataúd aquí provisionalmente hasta que puedas ocuparte de los funerales. También deseo que prosigas tu camino con una mujer que sea bella y buena a la vez y que, en mi lugar, pueda servir a nuestros padres y cuidar de nuestros hijos. Si haces eso por mí, podré morir en paz.

Cuando hubo dicho esto, soltó un enorme gemido de tristeza y se sumió en las lágrimas como si se le estuviera partiendo el corazón en tremenda agonía.

—Aunque me dejaras a medio camino —exclamé—, nunca querría volver a casarme. Además, ya conoces el dicho, «difícilmente aprecia un arroyo aquel que vio el océano, y

no hay nubes que se puedan comparar con las del monte Wu».[117]

Entonces Yun me cogió de la mano y pareció que quería seguir hablando, pero sólo pudo repetir estas palabras entre suspiros: «en la próxima vida», «en la próxima vida»…

De repente se calló y empezó a jadear, se le puso rígida la mandíbula y sus ojos se dilataron como si mirara a lo lejos. La llamé por su nombre por lo menos cien veces, pero todo fue en vano. Ya no podía hablar. Dos ríos de agónicas lágrimas seguían corriendo por sus mejillas, pero finalmente cesaron sus jadeos y se secaron sus lágrimas. Su alma se apagó para siempre y empezó su largo viaje.

Esto sucedió el trigésimo día del tercer mes del séptimo año del reinado del emperador Jiaqing.[118] Una lámpara solitaria iluminaba un cuarto desierto. No había nada a lo que mis manos pudieran agarrarse y parecía que mi corazón fuera a hacerse añicos. ¿Cómo puede existir algo mayor que mi pena infinita?

Mi amigo Hu Ken-tang tuvo la delicadeza de prestarme diez monedas de oro, las cuales, junto con el producto de la venta de todo lo que había en nuestra casa, me permitieron ofrendarle un entierro digno a mi amada.

¡Ay! Yun vino a este mundo como una mujer, pero poseía el corazón y el talento de un hombre. Desde que cruzó la puerta de mi casa, a partir de nuestro matrimonio, tuve que correr a diario de un lado para otro para procurarnos la comida y el vestido, y aunque ella a menudo carecía de lo necesario no se quejó ni una sola vez. Cuando yo vivía en casa, nuestra mayor distracción era conversar sobre libros y sobre literatura. Fue una lástima que tuviera que morir en la pobreza y tras una larga enfermedad. ¿Y de quién fue la culpa? Fue solamente mía. ¿Qué otra cosa puedo decir? ¿Cómo puedo expresar la deuda que contraje con mi querida compañera? Yo quisiera aconsejarles a los esposos y esposas de todo el mundo, dondequiera que vivan, que no se odien, evidentemente, pero que tampoco se amen con una pasión demasiado profunda. Como bien dice el dicho: «Una pareja demasiado enamorada no alcanzará junta la vejez». Que mi ejemplo les sirva de advertencia.

De acuerdo con la tradición popular, el espíritu del difunto regresa a su casa pocos días después del deceso. En espera de esta visita, la gente suele dejar la habitación del muerto exactamente en el mismo estado en que se encontraba cuando la abandonó, y particularmente las ropas viejas que había vestido, que deben colocarse sobre la cama

con sus zapatos dispuestos debajo, ya que su espíritu viene a echar una última mirada a esos objetos antes de retirarse de verdad. En Suzhou, a eso se lo suele llamar «cerrar los ojos del espíritu». Se encarga a sacerdotes taoístas que oficien una ceremonia en que se invoca primero al espíritu cerca de la cama y luego se lo despide. Esta ceremonia se conoce como «acoger al espíritu». En Yangzhou, sin embargo, la costumbre es que la familia disponga vino y alimentos en la habitación del difunto para después abandonar todos la casa con el fin de «evitar al espíritu», como se suele llamar. A veces ha sucedido incluso que un ladrón se ha introducido en la casa durante la ausencia momentánea de sus moradores para evitar al espíritu.

El día previsto para el regreso del espíritu de Yun, el propietario de mi casa, que estaba viviendo conmigo en ese momento, se alejó por precaución, mientras que los vecinos me insistían para que, después de disponer la comida y la bebida, yo hiciera lo mismo. Pero, puesto que yo tenía la esperanza de atisbar el espíritu de Yun cuando volviera, les contesté con evasivas. Un tal Chang Yu-men, que era de mi mismo condado, me dirigió una advertencia al respecto:

—El que se atreve a jugar con lo sobrenatural corre un gran riesgo de quedar poseído por un espíritu. Puesto que yo creo en los espíritus, le aconsejo que se los tome en serio y no se exponga a esa experiencia.

—Es precisamente porque creo en la existencia de los espíritus —le respondí— por lo que quiero quedarme aquí y esperar.

—Desafiar a un espíritu en su retorno a casa trae mala suerte a los vivos —insistía Chang—. Incluso si el espíritu de su señora esposa regresa a casa, usted tiene que convencerse de que ya pertenece a un mundo distinto del nuestro, y me temo que usted se expondrá a su poder maléfico sin lograr siquiera percibir forma alguna.

Yo estaba, sin embargo, tan apasionadamente enamorado que no le hice el menor caso.

—¡Me da igual! —exclamé con firmeza—. Es el destino el que determina la vida y la muerte. No obstante, ya que usted está tan preocupado por mi suerte, ¿por qué no se queda a hacerme compañía?

—Haré guardia en la puerta —dijo—. Si percibe algo extraño, grite y entraré inmediatamente.

Penetré en la habitación con una lámpara en la mano y me cercioré de que cada cosa estaba en el lugar en el que Yun la había dejado. Al volver a ver ese lugar desierto de la

presencia querida, al principio no pude detener mis lágrimas. Sin embargo, pensando de pronto que mis ojos anegados no lograrían distinguir lo que quería ver, me sequé las lágrimas y me senté en la cama con los ojos bien abiertos y decidido a esperar. Acaricié suavemente los viejos vestidos que conservaban el olor de Yun, y eso me turbó de tal forma que estuve a punto de desmayarme. Pero entonces pensé que si estaba esperando el retorno del espíritu de mi amada no era el momento de perder la conciencia.

Abrí los ojos tanto como pude, miré por todas partes y de pronto me di cuenta de que las llamas azules de las dos velas que estaban sobre la estera del cuarto se habían reducido al tamaño de guisantes. Helado de espanto, la piel se me erizó y todo mi cuerpo empezó a temblar. Después de haberme frotado los ojos y la frente para recuperarme, concentré mi atención sobre las dos llamas y las vi crecer paulatinamente hasta llegar a una altura de casi medio metro. Eran tan altas que amenazaban con incendiar el papel que recubría la estructura de caña del techo. Mientras aprovechaba su luz para inspeccionar el cuarto, vivamente iluminado, las llamas volvieron a caer de golpe hasta su medida anterior y dejaron toda la habitación en sombra.

Para entonces, el corazón me latía alocadamente y las piernas me flaqueaban. Quise llamar a mi vigilante, pero cambié de parecer al pensar que la presencia en la habitación de otro hombre podría ahuyentar a un alma tan tierna e impresionable como la de Yun. En lugar de eso, la llamé por su nombre suavemente y le imploré que se dejara ver. Pero ningún sonido vino a turbar el silencio y no distinguí nada en la penumbra. Las velas recobraron entonces un brillo mayor, pero sin elevarse tanto como la primera vez. Al final salí del cuarto para contarle a Yu-men lo que había ocurrido. Quedó convencido de mi intrepidez, pues no comprendía que yo simplemente estaba perdido de amor.

Después de la muerte de Yun, acordándome de un verso de Lin Ho-ching[119] en el que escribió que «el ciruelo es mi esposa y la grulla, mi hijo», me puse a mí mismo el apodo de Meiyi, que significa «el que ha perdido su ciruelo». Conforme a los deseos que Yun había expresado, hice que la sepultaran provisionalmente en la Colina del Canelo Dorado, en el exterior de la Puerta del Oeste de Yangzhou, en el lugar comúnmente conocido como «la Preciosa Pagoda de la Familia Hao», donde compré una parcela de tierra para su tumba. Hecho esto, me llevé su tablilla funeraria[120] a mi casa, donde mi madre mostró una gran aflicción cuando supo de la muerte de Yun. También hice volver

a Ching-chung y a Feng-sen, que lanzaron profundos lamentos y me acompañaron en el luto.

Mientras estaba en casa, mi hermano Chi-tang se acercó a mí y me dijo:

—Nuestro padre todavía está enfadado contigo, así que te aconsejo que vuelvas a Yangzhou por un tiempo y que esperes su regreso a casa; entonces, yo le hablaré en favor tuyo y, llegado el momento, te avisaré por correo para que vuelvas.

Así pues, me despedí debidamente de mi madre y les dije de nuevo adiós a mis hijos, en medio de llantos generalizados, para volver a Yangzhou, donde empecé a pintar cuadros para ganarme la vida. Eso me permitía también ir a llorar a menudo sobre la tumba de Yun. Sombra solitaria, vagaba como alma en pena y pasé horas de extremo desamparo. Si me tocaba andar cerca de nuestra antigua casa, su sola vista me oprimía el corazón. El día de la festividad del Doble Nueve[121] noté que, con la sequía, todas las tumbas cercanas se habían puesto amarillas y que sólo la tumba de Yun se mantenía verde. El vigilante del cementerio me dijo que el de ella era uno de los lugares más propicios para una sepultura porque allí los espíritus de la tierra eran muy poderosos.

Completamente solo y en silencio, le dirigí la siguiente súplica a Yun: «El viento del otoño se va haciendo más riguroso, mientras que yo ando todavía con ropa de verano. Si gozas de algún poder, haz que consiga un puesto de trabajo que me permita pasar el Año Nuevo aquí, mientras espero a que llegue una carta de la familia».

Al poco tiempo, el señor Chang Yu-an, secretario gubernamental en el *yamen* de Jiangdu,[122] tuvo que regresar a Chekian para enterrar a sus padres y me pidió que lo supliera durante tres meses. Así conseguí comprarme ropa para pasar el invierno. Cuando devolví el puesto, mi paisano Chang Yu-men me invitó a vivir con él en su casa durante un tiempo. Él también se encontraba sin trabajo, y un día me comentó su preocupación por no poder superar el Año Nuevo, que ya se iba acercando.[123] Saqué de mi bolsa mis últimas veinte monedas de oro y se las presté mientras le decía:

—Éste es el dinero que tenía reservado para repatriar el féretro de Yun. Tendrás que devolvérmelo en cuanto me informen de que puedo regresar a mi casa.

Así pues, pasé ese Año Nuevo en casa de mi paisano Chang. Durante todo el día esperaba alguna palabra de mi familia y me hacía mil conjeturas, pero la carta no acababa de llegar. No fue sino hasta el tercer mes que recibí una carta de Ching-chun informándome de que mi padre se encontraba enfermo. Hubiera querido regresar a Suzhou enseguida para estar a su lado, pero me daba miedo volver a provocar su ira si lo

hacía sin su permiso. Estaba todavía vacilando, y dudando de la decisión que podría tomar, cuando me enteré con un tremendo dolor, por una segunda carta de mi hija, de que mi padre ya había fallecido. Frente a este golpe, que me hería en lo más profundo, dirigí al Cielo plegarias y lamentaciones, pero era demasiado tarde. Sin pensar en nada más, me apresuré hacia casa esa misma noche. En presencia de los restos mortales de mi padre, me abandoné a la desesperación, golpeándome la cabeza contra el féretro hasta que vi brotar mi sangre. ¡Ay! Mi desdichado padre tuvo una vida dura, trabajando siempre lejos de casa para poder mantener a su familia. Y además había procreado a un hijo ingrato como yo, que no había sabido darle satisfacción mientras vivía ni cuidarlo en su lecho de muerte. ¿Cómo habría podido evitar el castigo por mis crímenes de impiedad filial?

Mi madre me vio llorar junto al ataúd y me preguntó:

—¿Por qué no has vuelto hasta hoy?

—Si no hubiera sido por una carta de tu nieta Ching-chun —respondí—, tu hijo seguiría en una ignorancia completa.

Impresionada por mi respuesta, mi madre miró a la esposa de mi hermano menor y no dijo nada más.

Desde ese momento, me quedé detrás de la cortina y me dediqué a velar al muerto. A lo largo de las siete semanas que duraron los ritos funerarios, no hubo ni un solo pariente mío que se dignara informarme de los asuntos familiares, ni consultarme respecto a los funerales. Puesto que yo mismo estaba avergonzado por no haber cumplido con mis deberes filiales, no me atreví a preguntarle a nadie sobre ninguno de esos asuntos.

Un día, varios hombres se presentaron de repente ante nuestra puerta haciendo saber con mucho griterío que venían a exigirme el pago de una deuda. Fui a su encuentro y les dije:

—Las deudas no han sido saldadas, así pues es lícito que vengáis a reclamar el pago pendiente. Pero aprovecharse de mi desdicha y montar un escándalo como éste, cuando los restos de mi padre apenas están fríos, eso sí que es verdaderamente inadmisible.

Uno de los hombres se adelantó y me dijo al oído en un aparte:

—Alguien de esta misma casa nos mandó llamar. Si usted quiere mantenerse al margen, nos dirigiremos directamente a esa persona para que nos pague.

—Lo que debo lo pagaré yo mismo —le contesté—. Ahora, sírvanse ustedes retirarse inmediatamente —añadí dirigiéndome a él y a sus acompañantes.

Se inclinaron con mucha cortesía y se alejaron enseguida. Mandé llamar entonces a Chi-tang y me quejé severamente:

—Puede que yo, tu hermano mayor, haya sido inepto e ingrato como hijo, pero jamás he hecho nada realmente condenable o impropio en absoluto. Si estás pensando en que fui designado para suceder a nuestro tío, tendré que recordarte que no heredé ni un céntimo. ¿Acaso te imaginas que he acudido ahora para pelear por la herencia y no para cumplir con mis deberes filiales? Un hombre que se respeta a sí mismo sólo depende de sus propios méritos y vive de su propio trabajo. Vine con las manos vacías y con las manos vacías partiré.

Dicho esto, di media vuelta y regresé junto al féretro de mi padre, donde perdí el control de mí mismo y lloré de desesperación.

Me despedí de mi madre y fui a ver a Ching-chun, a la que informé de mi decisión de buscar a Chih Sung-tzu en las montañas.[124] Cuando Ching-chun se esforzaba en disuadirme fue interrumpida por la llegada de dos amigos que andaban buscándome. Eran los hermanos Hsia Nan-hsun y Hsia Feng-tai, conocidos también por sus respectivos nombres literarios, Tan-an y Yi-shan. Ambos se añadieron a los argumentos de mi hija y me censuraron sin miramientos.

—Tienes todo el derecho del mundo de estar enfadado con tu familia por el modo indignante en que te tratan —me dijeron—. Pero, si bien tu padre ha muerto, tu madre todavía vive; y aunque hayas perdido a tu esposa, tu hijo no está establecido en la vida y aún te necesita. ¿Crees acaso que en estas circunstancias obtendrás la paz de espíritu si te apartas del mundo por capricho?

—Pues entonces, ¿qué os parece que tengo que hacer? —les pregunté.

—Danos el gusto —me respondió Tan-an— de aceptar por ahora nuestra humilde hospitalidad. Me dijeron que el honorable Shi Cho-tang ha escrito diciendo que vuelve a casa con un permiso. ¿Por qué no esperas a que llegue y hablas con él? Estoy seguro de que él podría conseguirte un empleo.

—No creo que pueda quedarme con vosotros sin ofender a la decencia —objeté—. Mis cien días de luto aún no se han cumplido y, además, todavía tenéis a vuestros padres en casa.

—Eso no debe detenerte, pues nuestra humilde invitación es también el deseo de nuestro padre —replicó Yi-shan—. Sin embargo, si te sigue pareciendo incómodo o

inoportuno alojarte en nuestra casa, tenemos muy cerca un monasterio budista cuyo superior es uno de mis mejores amigos. ¿Aceptarías acomodarte en él?

Esa propuesta me pareció razonable y, por tanto, la acepté. Entonces me dijo Ching-chun:

—Las propiedades que conforman la herencia de mi abuelo valen por lo menos tres o cuatro mil monedas de oro. Que te niegues a reclamar la menor parte de esa herencia no es razón para que abandones incluso tu bolsa de viaje. Iré por ella en tu lugar y te la llevaré directamente al monasterio.

Así fue como volví a entrar en posesión de mi mochila, y además también encontré en ella algunos objetos dejados por mi padre, tales como libros, pinturas, piedras de tinta y tarros para los pinceles. Ching-chun tuvo la habilidad de meterlos allí pensando en mí.

Los monjes me acomodaron en el Pabellón de la Gran Misericordia. Estaba orientado hacia el sur, y al este se alzaba la gran estatua de Buda. Instalé mi cama en el aposento más occidental, que tenía una ventana circular que daba justo frente al altar. Esa habitación era el lugar donde los peregrinos tomaban habitualmente sus comidas vegetarianas. Junto a la puerta se encontraba una estatua imponente del general Kuan Kung,[125] que se erguía en toda su marcial majestuosidad blandiendo su sable. En el centro del patio, un enorme ginkgo, cuyo tronco medía unas tres brazas de circunferencia, cubría todo el pabellón con una sombra espesa. En el silencio de la noche, el viento que soplaba entre sus ramas sonaba como el rugido de un animal salvaje. Yi-shan, que venía a menudo trayendo vino y fruta para beber conmigo, me preguntó una vez:

—¿No te da miedo este rugido cuando no puedes dormir?

—¿Por qué tendría que tener miedo? —le contesté—. Toda mi vida he sido honesto y he mantenido mi corazón libre de cualquier mal pensamiento.

Al poco tiempo de mi llegada al Pabellón de la Gran Misericordia empezó a diluviar, y esas lluvias torrenciales se mantuvieron día y noche sin parar durante un mes entero. A mí me daba miedo que una rama del ginkgo se rompiera y pudiera aplastar nuestro techo. Pero, gracias a la protección divina, nos salvamos de tal desgracia. Sin embargo, un gran número de muros y casas se habían derrumbado con la inundación, y todos los cultivos

de arroz de la zona estaban ahogados. Yo, por mi parte, me pasaba los días pintando en compañía de los monjes y sin prestar atención a lo que sucedía en el exterior.

Al principio del séptimo mes, cuando ya se había despejado el cielo, acompañé al padre de Yi-shan, cuyo sobrenombre era Chun-hsiang, en un viaje de negocios a la isla de Chungming.[126] Desempeñé para él el oficio de secretario y me ocupé de sus cuentas, trabajo por el cual recibí veinte monedas de oro. A nuestro regreso, Chi-tang mandó a Feng-sen a que me dijera que le faltaba dinero para terminar la sepultura de nuestro padre y me rogaba que contribuyera con diez o veinte monedas de oro. Iba a darle todo lo que tenía, pero Yi-shan no me lo permitió y me ayudó a cubrir la mitad del gasto. Después fui hasta la tumba de mi padre acompañado de Ching-chun.

Concluidas las ceremonias funerarias, regresé al Pabellón de la Gran Misericordia. Cuando el noveno mes iba tocando a su fin, Yi-shan me llevó al arenal de Yungtai,[127] en el distrito de Tunghai, donde iba a cobrar la renta de sus tierras. Allí pasamos dos meses, y para cuando volvimos de ese viaje el invierno casi se había terminado. Entonces me trasladé a casa de mi amigo, el caserío del Ganso Salvaje de las Nieves, para pasar el Año Nuevo con él.[128] Aunque nuestros apellidos eran distintos, Yi-shan era para mí, verdaderamente, como un hermano de sangre.

En el séptimo mes del noveno año del reinado del emperador Jiaqing,[129] Shih Cho-tang abandonó la capital para regresar a Suzhou. El verdadero nombre de Shih Cho-tang era Yun-yu, y su nombre literario, Chih-ju, mientras que Cho-tang era en realidad su sobrenombre. Éramos amigos de la infancia, pero él había conseguido el primer lugar en los exámenes imperiales que se convocaron durante el quincuagésimo quinto año del reinado del emperador Qianlong.[130] Después fue nombrado prefecto de Chungking en Sichuan. Cuando se produjo la rebelión de la sociedad secreta del Loto Blanco[131] dio pruebas de una gran valentía y adquirió considerables méritos a lo largo de tres años de combates. Fue una gran alegría para ambos reencontrarnos cuando él volvió a casa. Y al final de su estancia, el día de la festividad del Doble Nueve, cuando ya se disponía a volver a Chungking para reintegrarse a su puesto, llevándose con él a su familia, me invitó a que lo acompañara.

Fui a prosternarme ante mi madre y a despedirme de ella. Desde que la vieja casa de mi padre había sido cedida a otros ocupantes, ella vivía en casa de Lu Shang-wu, el

marido de mi novena hermana.[132] Me hizo sus recomendaciones, hablándome en estos términos:

—Debes esforzarte en devolverle su prestigio al nombre de nuestra familia. Para eso no puedo contar con tu hermano menor, que es más bien inestable, y en ti deposito todas mis esperanzas.

Feng-sen quiso acompañarme hasta el embarcadero, pero no logró dominar sus llantos y tuve que pedirle que se diera la vuelta para que no viera cómo me marchaba.

Cuando nuestro barco tocó en Jingkou,[133] Cho-tang se acordó de un viejo amigo suyo, el licenciado de segundo grado Wang Ti-fu, que trabajaba en la Oficina de la Sal de Huaiyang.[134] Cho-tang decidió entonces pararse y dar un rodeo para visitar a ese amigo, y yo fui con él a Yangzhou, lo cual me permitió volver a ver la tumba de Yun.

Después embarcamos de nuevo, entramos en el Yangtsé y seguimos remontando la corriente del gran río, disfrutando en el curso del viaje de muchos bellos paisajes de renombre. Al llegar a Jingzhou, en la provincia de Hubei, mi amigo recibió una carta con la noticia de su promoción al grado de inspector de circuito, superior al de prefecto, con destino en Tungchuan, en la provincia de Henan. Cho-tang me pidió que me quedara temporalmente en Jingzhou con su hijo Tun-fu, el resto de su familia y sus acompañantes, y partió con una escolta reducida hacia Chungking para pasar el Año Nuevo en esa ciudad. Desde allí pensaba seguir para incorporarse a su nuevo destino pasando por Chengdú.

Finalmente, durante el segundo mes del año siguiente, el resto de la familia y yo emprendimos viaje de nuevo desde Sichuan para reunirnos con él en Tungchuan. Así que volvimos a embarcarnos y seguimos por el río hasta Fancheng, donde desembarcamos y emprendimos el recorrido por tierra. El viaje fue extremadamente largo, costoso y sembrado de dificultades para un grupo tan numeroso y sobrecargado de equipaje como el nuestro; más de un caballo reventó agotado y las ruedas de las carretas demasiado cargadas se rompían en los baches del camino. Fue una prueba extenuante para todos.

Cuando llegamos, hacía apenas tres meses que Cho-tang estaba instalado en Tungchuan, pero justo entonces recibió la noticia de una nueva promoción, esta vez al rango de juez provincial en Shandong. Pero él era un funcionario que tenía las manos limpias y, por lo tanto, no disponía de suficientes recursos para volver a trasladar a los suyos de nuevo otra vez. Así que se vio obligado a dejar a su familia alojada provisionalmente en la Academia de Tungchuan. No fue sino hasta el final del décimo

mes cuando Cho-tang recibió el salario y los complementos de su nuevo destino y pudo enviar a un mensajero encargado de trasladarnos a todos a Shandong.

Con sus instrucciones venía una carta para mí por la cual me enteré de la terrible noticia de que Feng-sen, mi hijo, había muerto durante el cuarto mes. Entendí entonces que las lágrimas que él derramó el día de mi partida sellaban nuestra separación definitiva. ¡Ay! ¡Yun no había tenido más que un hijo y no le había sido concedido vivir para asegurar su descendencia!

Cho-tang, también muy conmovido por esta noticia, me obsequió con una concubina, una mujer joven que renovó inesperadamente en mí los sueños primaverales de la vida.[135] Fui arrojado a la vorágine de la vida diaria, un sueño sin rumbo del que no sé cuándo despertaré.

CUARTA PARTE

El placer de viajar

Durante treinta años he servido como secretario en una larga serie de oficinas gubernamentales, y de puesto en puesto he recorrido el mundo entero,[136] con la excepción de las provincias de Sichuan, Guizhou y Yunnan. Lamentablemente, como siempre he andado corriendo, a caballo o en carreta, para ocupar mis puestos, y en todas partes he estado obligado a cumplir órdenes, he tenido en realidad muy poca libertad de movimiento. Por ello, por mucho placer que hubiera podido proporcionarme el espectáculo de las bellezas naturales, no me he llevado más que una impresión fugaz de las montañas y los ríos que he ido encontrando en mi camino, ya que nunca me ha sido posible buscar y disfrutar de lugares retirados y solitarios.

A mí me gusta formarme una opinión propia en todo tipo de asuntos, sin que me preocupe lo que pueda decirse a mi alrededor. Así, si discuto de poesía y de pintura, suele suceder que yo rechace lo que mi interlocutor valora y me interese, en cambio, por lo que él desprecia. Lo mismo me ocurre con la supuesta hermosura de los paisajes famosos, que reside completamente, en cualquier caso, en lo que uno puede sentir por sí mismo. Hay algunos lugares de renombre cuya belleza no me parece en absoluto excepcional, mientras que existen otros poco conocidos que creo que son maravillosos. Me limitaré aquí a la descripción de los lugares que me ha tocado visitar a lo largo de mi vida.

Cuando tenía quince años, mi padre, el honorable Chia-fu, trabajaba para el magistrado Chao, del condado de Shanyin.[137] Éste había encargado la instrucción de su hijo a un viejo letrado de Hangzhou conocido por el nombre literario de Chao Sheng-tsai, aunque el verdadero era Chuan. Mi padre me ordenó que me presentara ante él para convertirme también en su discípulo.

Algunos días en que no tenía clases, aprovechaba para hacer pequeñas excursiones. Una vez fui a visitar el monte Ho, o monte «del Rugido», una colina que estaba a poco más de diez *li* de la ciudad y que había que abordar en barco, ya que era inalcanzable por tierra. Al acercarse al monte, uno veía una cueva en la roca que estaba dominada por un bloque de piedra suspendido, partido horizontalmente por la mitad y, al parecer, a punto

de derrumbarse. Si uno remaba con su barca por debajo de la roca y se internaba en la gruta, ésta se ensanchaba inopinadamente en una amplia piscina natural completamente rodeada por paredes verticales. Este lugar era conocido con el nombre de Jardín del Agua. Al borde de la laguna se alzaba una pequeña construcción abierta de piedra de cinco vigas, y en el peñasco que había justo enfrente se podía leer una inscripción de tres caracteres que decía «Admirando a los peces que saltan».[138] Nadie sabía qué profundidad tenía el agua y se decía que allí vivían enormes peces sumergidos en el abismo. Por curiosidad, tiré al agua un poco de comida, pero los que se acercaron para comérsela eran peces más bien pequeños.

Detrás del pabellón, un sendero llevaba hasta un pequeño «jardín seco», que consistía en unos cuantos montones de piedras en desorden sobre una rocalla artificial. Algunos de esos montones se erguían como puños, mientras que otros tenían más de un palmo de anchura, y aún los había que formaban altos pilares rematados en su cima por una pesada roca. Pero en todo se nota la artificiosidad y el trabajo del cincel y no resulta atractivo en absoluto.

Cuando terminé mi visita, comí algo en el pabellón de la orilla del agua y le ordené a mi criado que tirara unos cuantos bambúes explosivos,[139] que provocaron un estrépito como el de un trueno al resonar en las paredes de la montaña. Ésta fue la primera excursión de mi juventud. Lamentablemente, no me fue posible visitar ni el Pabellón de las Orquídeas[140] ni el mausoleo del emperador Yu,[141] lo que no he dejado de lamentar hasta el día de hoy.

Un año después de mi llegada a Shanyin, considerando que no podía permanecer alejado más tiempo de sus ancianos padres, mi maestro decidió retornar al domicilio paternal y ejercer allí. Lo acompañé hasta Hangzhou, lo cual me permitió disfrutar con calma de la visita a los famosos parajes del Lago del Oeste.[142] A mi juicio, el que está mejor diseñado es el Pozo del Dragón, seguido inmediatamente por los jardines del Pequeño Paraíso. De las montañas del distrito, las que prefiero son el Pico Volador de Tienchu y la Vieja Gruta de las Piedras Preciosas, en el Monte del Dios de la Ciudad. En lo que se refiere a los ríos y lagos de la zona, le concedería el primer lugar al Manantial de Jade, por la pureza de sus aguas y la abundancia de peces, que le confieren una deliciosa animación. En cambio, el Templo del Ágata, en Koling, representa el lugar menos

placentero del Lago del Oeste. En este sentido, existen también bellos lugares, como el Pabellón en el Corazón del Lago o la Fuente Liuyi, o de los «Seis Unos», que si bien tienen sus méritos, de hecho más de los que yo soy capaz de describir en detalle, a mí me parece que comparten, pese a no parecerse en nada, la sugestiva artificiosidad de una mujer demasiado engalanada y maquillada. No pueden compararse, en cuanto a su belleza natural, con un lugar tan agradablemente retirado como la Pequeña Cabaña de la Calma.

La tumba de Su Hsiao-hsiao[143] se encuentra junto al Puente de Hsiling. Cuando la gente de la región me la señaló, no era sino un mediocre montículo de arcilla amarillenta, pero cuando el emperador Qianlong hizo su viaje de inspección por el sur del país, en el año cuadragésimo quinto de su reinado,[144] su majestad preguntó de forma casual por esta sepultura. Así que cuando, cuatro años después, realizó una nueva y memorable visita a las regiones meridionales, la tumba ya había sido reconstruida en piedra y había recibido una nueva forma octogonal. Sobre ella se colocó una estela con esta inscripción grabada en caracteres enormes: «Tumba de Su Hsiao-hsiao de Chientang». Desde entonces, los poetas y los amantes del pasado ya no tienen que dar un sinfín de vueltas hasta que la descubren.

No puedo por menos que pensar que en el pasado fueron incontables las mujeres leales y virtuosas cuyos nombres quedaron sumidos en el olvido más absoluto. Y en las muchas otras cuyo recuerdo se desvaneció, a pesar de su espíritu de sacrificio, mucho antes de lo que se creía; mientras que el nombre de Hsiao-hsiao, que al fin y al cabo sólo era una cortesana, ha llegado hasta nosotros desde la época remota de los Qi meridionales. ¿Será quizá por la creencia de que su espíritu embellece todavía más estas montañas y el hermoso paisaje de este lago?

A pocos pasos al norte del Puente de Hsiling se alza la Academia Chungwen, donde una vez me presenté a unos exámenes acompañado por mi condiscípulo Chao Chi-chi. Entonces era verano y los días eran largos. Nos levantábamos al amanecer, salíamos de la ciudad por la puerta de Chientang, pasábamos por el templo Chaoching, o «Templo de la Luminosa Dicha», y llegábamos al llamado Puente Roto, en cuya balaustrada nos instalábamos. Esperábamos al sol, que cuando aparecía coloreaba delicadamente el banco de neblina matutina tras la pantalla de sauces y producía un efecto mágico. El perfume de los lotos blancos ascendía hasta nosotros, una suave brisa nos acariciaba y una sensación de pureza y liviandad nos penetraba el cuerpo hasta el fondo del alma.

Para cuando llegábamos finalmente a la Academia, el tema del examen del día todavía no se había dado a conocer.

En una ocasión, después de entregar nuestros trabajos por la tarde, ambos fuimos a refrescarnos a la Gruta de la Nube Purpúrea. Era suficientemente grande como para albergar a varias docenas de personas y había una grieta a la izquierda de la pared rocosa por la que se colaba un rayo de luz. Un hombre había colocado en su interior mesas y banquitos para vender vino como en una taberna, así que nos pusimos cómodos y nos tomamos unas copas. La carne de venado seca, cortada en rodajas muy finas y aderezada con castañas de agua frescas y raíces de loto muy blancas, estaba exquisita. Al abandonar la gruta estábamos realmente un poco achispados.

Entonces me dijo Chi-chi:

—Aquí arriba está la Terraza del Amanecer, desde la que se tiene una vista espléndida que domina todo el paisaje de la región. ¿Quieres que subamos a echar un vistazo?

Emprendimos la ascensión con entusiasmo y alcanzamos rápidamente la cresta, desde la cual el Lago del Oeste parecía un espejo, la ciudad de Hangzhou se veía tan pequeña como una pelotita y el río Chientang, como un cinturón. La vista se extendía hasta centenares de *li* a la redonda. No he contemplado un panorama más grandioso en mi vida. Estuvimos sentados un largo rato, gozando del espectáculo. Por fin, cuando el sol ya se ocultaba por el horizonte, bajamos de la montaña cogidos de la mano mientras repicaban las campanas del templo de la Colina de la Pantalla Meridional.

No pudimos visitar Taokuang y Yunchi, ya que se encontraban demasiado lejos. Por otro lado, los ciruelos en flor de Hungmenchu y los árboles de hierro del templo de Kuku no me parecía que tuvieran nada especial que fuera digno de señalar. Yo creía que la Gruta del Sol Púrpura, que acabamos por descubrir con mucho trabajo, merecía una visita, pero resultó que se trataba sólo de una abertura tan estrecha como un dedo de la cual manaba un chorrito de agua. Las leyendas tradicionales sostienen que en el interior existe una gran caverna, pero desgraciadamente yo fui incapaz de hallar una entrada para acceder a ella.

El día de la festividad del Chingming[145] mi maestro se dispuso a cumplir con la visita primaveral a sus antepasados y me llevó con él. Las tumbas se encontraban en la colina de Tungyo, o Colina Sagrada del Este, donde el bambú crece con profusión. El vigilante

de las sepulturas, para honrar a sus visitantes, nos preparó una sopa de brotes de bambú arrancados antes de salir de la tierra y que tenían forma como de pera puntiaguda. Me pareció tan sabrosa que me tomé dos tazones llenos uno tras otro.

—Ten cuidado —me dijo mi maestro—. Este manjar es ciertamente delicioso, pero también puede ejercer un efecto nefasto sobre la circulación de la sangre y sobre tu corazón; ahora deberías comer bastante carne para neutralizar esa posible influencia.

En general, yo le tenía poca afición a la carne, y como me había dado un atracón de brotes de bambú casi no probé los demás platillos y apenas comí un poco de arroz. En el camino de vuelta sentí que la garganta se me incendiaba de sed y que los labios y la lengua se me resquebrajaban.

Pasamos por la Gruta de la Casa de Piedra, en la cual no hay gran cosa que ver, y luego por la Cueva de los Placeres Acuáticos, que está dominada por rocas tapizadas de glicinas. Penetramos en el interior de esta última y nos encontramos una habitación pequeña como un desván de donde brotaba un manantial burbujeante que producía un sonoro chapoteo. El agua fluía hacia un estanque de casi un metro de ancho y diez centímetros de profundidad, y su nivel, según parece, es constante, nunca se desborda pero tampoco se seca. Me incliné y bebí del mismo estanque, que alivió mi sed inmediatamente.

En el exterior de la cueva había dos pabellones donde uno podía sentarse para escuchar el murmullo del manantial. Un monje nos invitó a ver la que él llamaba la Jarra de los Diez Mil Años, que se encontraba en la cocina de un templo budista cercano y que era de grandes proporciones. El agua del manantial de la cueva, conducida por caños de bambú, la mantenía siempre llena hasta el borde. Con el tiempo, las paredes de la jarra se habían ido cubriendo de un musgo de casi 30 centímetros de grosor. De esta forma, el agua no se congelaba nunca en invierno y la jarra no podía romperse.

Durante el otoño del año cuadragésimo sexto del reinado del emperador Qianlong,[146] en el octavo mes, mi padre enfermó de paludismo y regresó a casa. A pesar de mis recomendaciones, cuando tiritaba de frío reclamaba fuego y cuando le subía la fiebre exigía hielo, hasta que finalmente se le acabó declarando la fiebre tifoidea y su estado empeoró a ojos vista. Estuve cuidándolo con sopa y medicinas día y noche durante casi un mes, sin apenas pegar ojo. Mi esposa Yun también enfermó de gravedad, hasta el

punto de que no podía levantarse de la cama. Yo me sumí en un desasosiego terrible, imposible de expresar.

Un día, mi padre me llamó a la cabecera de su cama para darme sus últimas instrucciones:

—Mucho me temo que ya no me recuperaré —me dijo—. Tú has estudiado ya algunos libros, pero esos conocimientos no te bastarán finalmente para ganarte la vida. Voy a confiarte a mi hermano menor por juramento, Chiang Ssu-chi, para que se asegure de que puedas seguir mi profesión.

Ssu-chi llegó a casa al día siguiente y me incliné ante él, en presencia de mi padre, como cualquier discípulo frente a su maestro. Sin embargo, poco después mi padre fue atendido por el maestro Hsu Kuan-lien, médico de gran renombre, y fue restableciéndose gradualmente. Yun, tratada también por el doctor, pudo levantarse de la cama al poco tiempo. A partir de entonces empecé mi aprendizaje para llegar a ser secretario de un *yamen*. ¿Y a qué viene recordar aquí aquel penoso episodio? Pues porque el abandono de mis estudios clásicos fue el punto que marcó el inicio de mi vida errante.

El nombre de cortesía de mi maestro Ssu-chi era Hsiang. En el invierno de aquel mismo año lo acompañé al *yamen* de Fengxian.[147] Allí tenía yo como condiscípulo a un tal Ku, que estaba aprendiendo el mismo oficio. Su nombre de cortesía era Chin-chien, su nombre literario, Hung-kan; y su apodo, Tzu-hsia. Oriundo de Suzhou, como yo, como persona era noble, leal y decidido, con una franqueza que detestaba las zalamerías. Era un año mayor que yo, y por esta razón yo lo llamaba «hermano mayor», mientras que él se refería a mí invariablemente como «hermano menor».[148] Pronto nos volvimos inseparables; de hecho, jamás he tenido un amigo mejor. Desgraciadamente, murió a los veintidós años, y desde entonces me he sentido abatido y solo. Hoy en día, cuando ya tengo cuarenta y seis años y me siento a la deriva en el vasto océano de la vida, me pregunto si volveré a tener tanta suerte en esta vida como para encontrar a un amigo tan verdadero como Hung-kan. Recuerdo que al principio de nuestra relación de profundo compañerismo estábamos henchidos de elevados sentimientos de juventud, hasta el punto de que solíamos hablar de irnos a vivir a la sierra para retirarnos del mundo.

Las circunstancias hicieron que Hung-kan y yo nos encontráramos ambos en Suzhou el día del festival del Doble Nueve de ese año. Aquel día, con motivo de una cena

ofrecida en nuestra casa, mi padre, el honorable Chia-fu, y su gran amigo Wang Hsiao-hsia habían organizado una función teatral para la que habían contratado a algunas actrices. Deseoso de escapar del tumulto que provocan esa clase de asuntos, yo me había citado con Hung-kan el día anterior para emprender juntos la ascensión del Monte Han.[149] Nuestro objetivo era aprovechar esta excursión para buscar el lugar donde, llegado el día, edificaríamos nuestra casa.

Yun nos había preparado algo de comida y una jarra con vino de arroz para el camino. Hung-kan llegó a mi puerta justo antes del amanecer. Cogimos enseguida el vino y salimos de la ciudad por la Puerta de Hsiu, donde encontramos una tienda de fideos para tomar nuestro desayuno. Cruzamos el río Hsiu y caminamos hasta el Puente del Mercado de Dátiles en Hengtang, donde alquilamos una lancha con la que antes del mediodía llegamos hasta el pie de la montaña.

Le encargamos al barquero, que era un hombre cortés y servicial, que fuera a comprar arroz y nos lo preparara para comer. Mientras tanto, nosotros bajamos a tierra y seguimos a pie hasta el Templo del Pico Central, situado al sur del antiguo Monasterio de Chihhsing. Un sendero escarpado nos llevó hasta él, oculto en mitad de un bosque espeso. El lugar estaba muy tranquilo y los monjes no parecía que tuvieran mucho que hacer. Cuando se fijaron en que íbamos vestidos con una sencillez que no era la propia de los funcionarios del gobierno, mostraron bastante poco interés en atendernos. Pero nuestra intención tampoco era visitar el templo, así que no entramos, y para cuando regresamos a la lancha el arroz ya estaba preparado.

Cuando terminamos de comer, el barquero le confió la embarcación a su hijo, cargó con la jarra del vino y nos siguió en nuestra caminata. El paseo nos llevó, en primer lugar, desde el monte Han hasta la Villa de la Nube Blanca, dentro del Jardín de la Virtud Suprema. La terraza de esta villa estaba orientada hacia el pie de un gran acantilado, donde se había formado un pequeño estanque de aguas transparentes, rodeado de árboles y rocallas. Las higueras enanas colgaban de las paredes del acantilado y los muros del edificio estaban tapizados de musgo. Nos sentamos bajo un portal, escuchando únicamente el roce de las hojas secas al caer. Se respiraba una paz que no se veía perturbada ni siquiera por la sombra de una persona.

Le rogamos al barquero que nos esperara en un pabellón que se encontraba fuera, mientras que nosotros nos adentramos en una grieta de la roca conocida como Un Rayo del Cielo. Después de ascender por una escalera empinada y serpenteante,

desembocamos por fin en la cima de un acantilado, un lugar llamado Las Blancas Nubes de Arriba. Allí había un pequeño templo en ruinas, del cual se mantenía precariamente en pie una sola torre, a la que nos encaramamos, que ya no servía sino como mirador. Nos quedamos allí el tiempo necesario para recuperar el aliento mientras disfrutábamos de la vista, y luego volvimos a bajar ayudándonos mutuamente. Al vernos, el barquero nos dijo:

—¡Cuando se fueron para trepar hasta la cima se les olvidó llevarse el vino!

—Hemos venido para encontrar un lugar al que podamos retirarnos —le contestó Hung-kan—, y no solamente para subir montañas.

—En ese caso —replicó el barquero—, a unos dos o tres *li* hacia el sur hay un pueblo bastante populoso llamado Shangsha donde aún quedan algunas tierras sin ocupar. Tengo un primo llamado Fan que vive allí. ¿Quieren que vayamos a echar una mirada?

—¡Shangsha fue el lugar adonde se retiró el maestro Hsu Ssu-chai al final de la época Ming! —exclamé yo, encantado del hallazgo—. Dicen que tenía un jardín muy hermoso y muy recoleto, pero yo no lo he visto nunca.

El barquero nos guió hasta allí. El pueblo lo atravesaba un camino que seguía la parte más baja del valle entre dos colinas. El jardín de Hsu Ssu-chai se apoyaba contra uno de los cerros, y, aunque le faltaban las rocas, sus viejos árboles ofrecían en cambio una variedad bella y asombrosa de troncos sarmentosos y de ramas retorcidas y enmarañadas. Una sobriedad de buen gusto predominaba en las formas de los pabellones y las celosías de los miradores, así como en las terrazas y las barandillas. Las cercas eran de bambú y las cabañas de adobe tenían techos de paja. Una morada, en suma, muy adecuada para hospedar a alguien que se ha retirado del mundo. En el centro se veía un pabellón protegido por una inmensa acacia de tres púas cuyo tronco medía dos brazas de circunferencia. De todos los jardines que he visitado, éste es sin duda el mejor.

A la izquierda del jardín se erguía verticalmente un pico conocido como el Monte del Gallinero, rematado por una enorme roca maciza que recordaba mucho a la de la Vieja Gruta de las Piedras Preciosas en Hangzhou, aunque labrada de forma distinta y mucho menos elegante que ella. Al descubrir, casi al lado nuestro, una gran piedra lisa de color verde oscuro, Hung-kan se tumbó en ella como sobre una cama y dijo:

—Desde aquí, levantando la cabeza, uno puede contemplar las cimas, y bajando los ojos gozar de la vista de los jardines y pabellones. Este lugar es abierto y recogido a la vez. Aquí es donde debemos tomarnos el vino.

Entonces invitamos también al barquero para que bebiera con nosotros y pronto dimos rienda suelta a nuestra alegría cantando y silbando.

Los campesinos del lugar se enteraron de que andábamos buscando un terreno y se imaginaron erróneamente que queríamos construir una tumba, así que se acercaron a nosotros para contarnos cuáles eran los lugares que tenían un buen *feng-shui*.[150]

—Poco nos importa el *feng-shui* ni dónde nos entierren —les respondió Hung-kan—. Nos basta con encontrar un lugar que nos agrade.

¡Quién hubiera dicho que tales palabras eran una profecía de desdicha!

Cuando nos hubimos terminado la jarra de vino, nos entretuvimos el resto de la tarde recogiendo crisantemos silvestres para ponérnoslos detrás de las orejas. Para cuando llegamos de regreso a la lancha, el sol estaba ya a punto de esconderse tras el horizonte. Y aunque ya era bastante tarde cuando llegué a casa, los invitados de mi padre aún no se habían ido. Yun vino a darme la bienvenida y me dijo en privado:

—Entre las actrices que han actuado hoy, hay una llamada Lan-kuan que es verdaderamente distinguida y encantadora. Creo que podría interesarte.

Fingiendo que mi madre deseaba verla, la hice entrar en nuestra habitación. La miré muy de cerca, cogiéndola de la muñeca, y observé que estaba rellenita y que su piel era blanca y mullida. Luego me dirigí hacia Yun para decirle:

—Realmente es bonita, pero lo que no me gusta es que su nombre desmienta su planta.[151]

—Sin embargo —objetó Yun—, las personas gorditas tienen fama de atraer la suerte.

—Considerando su desgraciado final en Mawei, ¿dónde estuvo la buena suerte de Yang Guifei?[152] —repliqué yo.

Yun despidió a la joven con un pretexto cualquiera y me preguntó sobre mi excursión:

—¿Has vuelto a sentirte feliz hoy, al emborracharte?

Entonces le relaté toda la jornada y le describí con detalle los lugares que habíamos visitado. Ella me escuchó hechizada durante un largo rato.

En la primavera del año cuadragésimo octavo del reinado del emperador Qianlong,[153] dejé a mi maestro Ssu-chi y conseguí un puesto en Yangzhou. De esta forma pude vislumbrar por primera vez los montes Chinshan y Chiaoshan. Es aconsejable observar el primero de lejos y de cerca el segundo.[154] Lamento mucho no haber podido visitarlos

nunca ni haber disfrutado de sus vistas, aunque haya pasado por Zhenjiang repetidas veces durante mis idas y venidas. Cruzando el Yangtsé hacia el norte, pronto vi aparecer lo que el poeta Wang Yu-yang describió, en una viva evocación, como «los muros de verdes sauces de Yangzhou».[155]

La Villa de Pingshan, por cierto, no está a más de tres o cuatro *li* de la ciudad, pero nosotros tuvimos que recorrer casi ocho o nueve *li* para alcanzarla por un largo y sinuoso camino. Aunque este conjunto paisajístico sea totalmente artificial, debido a la imaginación y al trabajo humano, fue diseñado con tal maestría que genera la ilusión de que se trata de un fenómeno natural, hasta el punto de que no puedo creer que la misma residencia de los Inmortales lo supere en magnificencia.

La singularidad de un paisaje tan bello como éste es que es el fruto de la reunión en un solo espacio de hasta una docena de villas y jardines privados que se encadenan, de forma continua, desde la misma ciudad hasta las montañas y conforman un todo completamente homogéneo. Desde el punto de vista del diseño paisajístico, el problema más arduo lo planteaba un espacio de aproximadamente un *li* de ancho que bordea la muralla de la ciudad. Para ser realmente bonita, una ciudad debería estar situada en el centro de una amplia zona agreste enmarcada a lo lejos por cordilleras de montañas escalonadas. Por lo tanto, era difícil disponer jardines y bosquecillos pegados a la ciudad sin exponerse a producir un deplorable efecto de amontonamiento. Ahora bien, el paisaje fue concebido de tal manera que, al descubrir un pabellón o una terraza por aquí, una muralla o un peñasco por allá, una mata de bambú o un pequeño bosque del otro lado —todo sabiamente oculto o descubierto a medias—, el paseante siempre tiene la ilusión de la profundidad. Sólo un hombre dotado del más alto sentido del relieve natural pudo lograr semejante realización.

Apenas se aleja uno de las murallas de la ciudad para entrar en los recintos de la villa, se encuentra en los Jardines del Arco Iris. Girando hacia el norte, se cruza luego el Puente del Arco Iris, construido en piedra. No sé si el puente le cedió su nombre al jardín o viceversa. Si uno se acerca hasta ese punto en barca, pronto puede contemplar el que se conoce como Largo Muelle de los Sauces de Primavera. El hecho de que ese sitio haya sido colocado ahí, y no al pie mismo de la muralla, es otro acierto extraordinario de la concepción del parque.

Después de otro giro, esta vez al oeste, uno se halla frente a una elevación artificial dominada por un templo llamada Pequeño Monte de Oro. Haber cerrado la perspectiva

de esta manera le confiere al paisaje una afortunada sensación de recogimiento, de maravillosa y compacta densidad. Me contaron que el suelo de esa zona era originalmente arenoso, y que los constructores fracasaron varias veces en la edificación de la colina, hasta que al final hundieron planchas de madera en el suelo a distintos niveles para fijar y compactar la tierra, lo que les costó decenas de miles de monedas de oro. Esta empresa no habría podido llevarse a cabo sin la cooperación de los riquísimos mercaderes de sal.[156]

Un poco más allá se llega a la Torre del Deleite Triunfal, frente a la cual la corriente se ensancha un poco, que es donde se disputan anualmente las regatas del Festival Náutico del Dragón. Allí, el Puente de los Lotos cruza el río de norte a sur. El puente cuenta con ocho aberturas y soporta cinco kioscos, cuatro en las esquinas y uno en el centro, que la gente de Yangzhou llama «cuatro platos y una olla».[157] No terminó de gustarme esta obra porque el diseño me parecía demasiado laborioso y porque sugería un esfuerzo de imaginación excesivo por parte del constructor.

Del todo distinto es el Templo de la Semilla de Loto, que se encuentra al sur del puente. Desde su centro surge una blanca estupa tibetana cuyo techo dorado y adornado con flecos hiende las nubes. La terracota roja de sus paredes y sus tejados recibe la sombra de viejos pinos y cipreses, y el tañido intermitente de las campanas y de las piedras musicales[158] llega de vez en cuando hasta el visitante. Todo concurre para conformar un jardín de recreo que no tiene par en el mundo.

Pasado el puente, se llega a una alta torre de tres pisos con vigas pintadas y ligeros aleros volados que están decorados con todos los matices del arco iris. Está rodeada de barandas blancas de mármol y decorada con rocas del lago Tai[159] en sus cercanías. Esta construcción, llamada El Cielo Lleno de Nubes de Cinco Colores, se puede comparar con el argumento central de una composición literaria por su situación en el cuadro. Uno llega después a una zona conocida como Amanecer en la Colina Shu, un lugar banal y sin carácter, apenas un añadido a la escena anterior.

Conforme uno se acerca a la «colina», no obstante, el curso del río se estrecha gradualmente y se distribuye en cuatro o cinco meandros que se van perdiendo, bloqueados por bancos de tierra sembrados de árboles y bambúes. Entonces parece que la magia de las aguas y los montículos de este pequeño mundo están a punto de desvanecerse, pero de repente surge ante uno la deslumbrante aparición del Bosque de

los Diez Mil Pinos de la villa de Pingshan. Los tres caracteres de la inscripción «Pingshan tang» son del puño y letra del mismo duque de Wenzhong, Ouyang Xiu.[160]

La que la gente conoce como La Quinta Fuente al Este del Río Huai se encuentra dentro de una cueva de piedra en una colina artificial. En realidad, no es más que un pozo corriente, cuya agua tiene el sabor habitual del agua de manantial natural. Se la confunde a menudo con la fuente que está cerca del Pabellón de los Lotos, que brota de otro pozo en cuyo brocal de hierro se abren seis orificios, pero ésta es artificial y su agua es chata e insípida. El Jardín de los Nueve Picos se encuentra en otro lugar aislado cerca de la Puerta del Sur. Deliciosamente apacible, de él se desprende un encanto natural particular. Yo lo considero el mejor de todos los jardines de Yangzhou. No pude visitar el de la colina de Kangshan, así que no puedo decir nada de ese lugar.

Todo lo anterior es solamente una descripción general, pues me resulta imposible describir con detalle todos los ejemplos posibles de la belleza y de la destreza empleada en su concepción. De manera general, este paisaje podría compararse más bien con una bella señora elegantemente vestida que a una bonita lugareña haciendo su colada en el arroyo. Yo lo visité precisamente en la época en la que se estaban completando las obras y los arreglos para la visita de inspección al sur del emperador.[161] Eso me permitió verlo todo en las mejores condiciones y aprovechar una oportunidad que sólo se presenta excepcionalmente durante la vida de una persona.

En la primavera del año cuadragésimo noveno del reinado del emperador Qianlong,[162] acompañé a mi padre para ayudarlo en el *yamen* de Wuchang, cuando fue destinado a trabajar para el Magistrado de Distrito Ho. Sus colegas allí eran los caballeros Chang Pin-chiang de Shanyin, Chang Ying-mu de Wulin y Ku Ko-chuan de Tiaohsi. Con ellos, mi padre y yo estábamos encargados de acondicionar una residencia de viaje para la visita de nuestro Soberano a Nantouyu, un privilegio que me deparó el honor de contemplar el celeste semblante por segunda vez.

Un día, poco antes del atardecer, sentí bruscamente la necesidad de regresar a casa. Tomé una de las pequeñas lanchas que utilizaban los altos funcionarios del distrito, una de esas que llevan dos remos a los lados y dos espadillas a popa. Este tipo de barcas corren tan rápido sobre el lago Tai que en el dialecto de Suzhou las suelen llamar «caballos acuáticos». Ese día llegué al puente de Wumen en un abrir y cerrar de ojos, y

no habría sido más excitante si hubiera surcado el cielo montado en una grulla. Incluso llegué a casa antes de la hora de cenar.

A las gentes de mi distrito natal siempre les han gustado mucho las fiestas, pero en aquella memorable ocasión de la visita del emperador todo el mundo intentaba causar sensación con sus extravagancias y superarse en prodigalidad. Las linternas deslumbrantes de colores bastaban para marearse, los aires y canciones de todo tipo de flautas y zampoñas excitaban los tímpanos, creando una atmósfera festiva y acompañando a unas decoraciones que no desentonarían de aquellas que evocan los maestros antiguos cuando usan expresiones como «pilares policromados y vigas labradas», «pantallas de perlas y cortinas de brocado», «barandillas de jade» o «biombos con escenas bordadas». Mis amigos me llevaban sin cesar de un lado para otro, que si podía arreglar flores, que si ayudaba a colocar guirnaldas… Cuando conseguíamos tener un rato de ocio nos juntábamos y nos permitíamos apurar jarras de vino, cantar a voz en grito y deambular alegremente por la ciudad. En nuestra exuberancia juvenil no conocíamos hartazgo ni cansancio. Aunque aquéllos fueron tiempos de orden y prosperidad, yo no habría podido gozar de todo eso si hubiera vivido en el campo, en una localidad apartada y remota.

Aquel año, el Magistrado de Distrito Ho fue destituido por algún incidente y el señor Wang, Magistrado de Distrito en Haining, provincia de Zhejiang, mandó llamar a mi padre para que trabajara a su lado. Allí vivía un tal Liu Hui-chieh de Jiaxing,[163] vegetariano desde hacía largo tiempo y budista devoto, que fue a visitar una vez a mi padre. Su residencia se hallaba junto a la Torre de la Niebla y la Lluvia, en Jiaxing, e incluía un torreón elevado que dominaba el río conocido como el Pabellón de la Luna en el Agua. Allí salmodiaba sus sutras budistas, y el lugar poseía la desnudez y la limpieza de una celda monacal. La Torre de la Niebla y la Lluvia se erguía en medio del Lago del Espejo, enmarcado por una verde corona de sauces en sus orillas. Sólo le faltaban unos cuantos bambúes para ser perfecta. Desde la terraza de la torre, la vista alcanzaba casi hasta el horizonte. Las pequeñas barcas pesqueras salpicaban la superficie serena del agua como estrellas y ofrecían un espectáculo que alcanzaba su máxima expresión bajo el claro de luna. Los monjes budistas preparaban allí una comida vegetariana exquisita.

Los colegas de mi padre en Haining eran Shi Hsin-yue de Nanjing y Yu Wu-chiao de Shanyin. El primero tenía un hijo llamado Chu-heng, un muchacho tranquilo y reservado, de notable distinción y delicadeza, que fue el segundo amigo íntimo que he tenido en mi vida. Desgraciadamente, no estuvimos juntos mucho tiempo, ya que las circunstancias nos separaron pronto como a las lentejas de agua a la deriva.

En Haining pude visitar también el Jardín de las Olas Calmadas, de la familia Chen, que ocupaba unos cien *mou*[164] de tierra y albergaba muchas torres y pabellones, terrazas, galerías y caminos serpenteantes. Un puente de seis tramos cruza zigzagueando sobre un estanque profundo y de amplias proporciones. Plantas trepadoras cubren completamente las rocas, ocultan los rastros del cincel de sus constructores, y millares de árboles antiguos se elevan hasta el cielo. Embriagado por el canto de los pájaros y el caer de los pétalos de las flores, me sentía transportado hasta el corazón del bosque más profundo y virgen de la montaña. De todos los jardines artificiales creados en terreno llano, con rocallas esculpidas y kioscos de recreo, que he tenido la suerte de conocer, éste es sin duda el que se acerca con mayor nitidez al ideal de naturalidad.

Una vez ofrecimos un banquete en el Pabellón del Canelo de este jardín y pude percibir que el perfume de las flores borraba por completo el olor de los alimentos, con la excepción del jengibre en escabeche, que conservaba su agudeza característica. De hecho, tanto el jengibre como la canela se vuelven más penetrantes cuanto más envejecen, y me parece muy apropiado compararlos con nuestros viejos, severos y leales ministros, que tienen muy a menudo más agallas que los jóvenes.

Al salir por la Puerta del Sur de Haining se descubría el océano[165] con sus dos mareas diarias, semejantes a la carrera irresistible de una muralla coronada de plata a lo largo de una extensión de playa de más de treinta kilómetros. En todos los juncos del estuario, los hombres mantenían la proa frente a la marea a golpe de remos. Estos barcos llevaban una tabla en forma de cuchillo de mango largo fijada en la proa. La tabla hendía la ola y el barco se hundía un poco tras ella. Inmediatamente después volvía a emerger, y si en ese momento se hacía virar la proa, el barco podía seguir la cresta de la ola y recorrer más de cien *li* en un momento.[166]

La noche del Festival de Mitad del Otoño asistí con mi padre al macareo del agua del río desde la pagoda que se yergue en medio de un recinto en la orilla. Como a treinta *li* hacia el este, en la misma costa, se eleva el Monte de la Aguja, una escarpadura que se hunde por un lado verticalmente en el mar. Desde la cima, ocupada por un pabellón que

exhibe la inscripción «Ancho es el Océano, Inmenso el Cielo», la vista se pierde por un espacio sin límites en el que lo único que se divisa es el espectáculo de las olas desatadas asaltando el cielo donde se une al horizonte.

Había cumplido ya veinticinco años cuando el señor Ko, Magistrado de Distrito de Chihsi, en el condado de Huizhou,[167] me invitó a trabajar a su lado. Desde Hangzhou tomé uno de los juncos fluviales y remonté el curso del Yangtsé. Al pasar frente a la Montaña de la Fuente Próspera bajé a tierra para visitar la Terraza de la Pesca de Yen Tzu-ling.[168] Esta terraza se encuentra en mitad de la ascensión a la montaña, en un saliente del acantilado que domina el río desde una altura superior a treinta metros. ¿Puede ser realmente que el agua del río, en la época de la dinastía Han, llegara hasta ese nivel? Con la luz de la luna nos detuvimos en Chiehkou, sede de un puesto de vigilancia. «Montañas altas y luna menuda; rocas que emergen de las aguas poco profundas»;[169] estos dos versos reflejan perfectamente el paisaje que pude contemplar aquella noche. Sólo vislumbré la base de los Montes Amarillos[170] y lamento mucho no haber podido admirarlos más de cerca.

Chihsi es una pequeña villa situada en medio de una región montañosa, habitada por unos lugareños que han conservado un candor y una simplicidad muy naturales. La ciudad se encuentra en las cercanías del Monte del Espejo de Piedra. Para poder ver el «espejo» hay que ascender por un sendero sinuoso entre montañas durante un *li* hasta llegar a un acantilado sobre el que se precipita una cascada, y donde se descubre una vegetación lujuriante saturada de humedad. Más arriba, a medio camino de la cima, se llega a una especie de cabaña rectangular conformada por cuatro rocas bastante altas. Sus dos paredes laterales son tan lisas como pantallas, y poseen una brillante nitidez verdosa suficiente para poder verte reflejado. Según se cree en la región, uno podía antaño observar su vida anterior en este espejo. Pero cuando Huang Tsao[171] llegó aquí y, según dicen, se vio reflejado en la figura de un mono, le prendió fuego a la cabaña, ardieron los muros espejo y desde entonces perdieron sus poderes maravillosos.

A unos diez *li* de la ciudad se puede ver la Gran Cueva de las Nubes Ardientes, un caos enorme de rocas de formas extrañas, amontonadas y entrelazadas, que presentan formaciones irregulares un poco parecidas a las pinturas del Leñador de la Colina de la

Grulla Amarilla.[172] Esas rocas son de un rojo intenso, tirando a púrpura, y a su lado un pequeño templo budista ofrece un apacible retiro.

Un día, un mercader de sal llamado Cheng Hsu-ku me invitó a cenar en este lugar. Al vernos comer *mantou*[173] con carne, el novicio que nos atendía nos lanzó una mirada cargada de codicia, así que le ofrecimos cuatro de estos bollos rellenos. Cuando ya nos marchábamos, mi anfitrión quiso ofrecerles a los monjes del templo dos yuan de plata extranjeros como agradecimiento por sus atenciones. Pero su superior nunca había visto monedas semejantes y se negó a aceptarlas. Por mucho que le explicamos que obtendría más de setecientas monedas de cobre por cada una no dejó de negarse, alegando que no tenía posibilidad alguna de cambiarlas en los alrededores. Así pues, entre los dos conseguimos reunir apenas seiscientas monedas de cobre, que sí aceptó con grandes muestras de agradecimiento.

Otro día, yo invité a mis colegas y nos acercamos al mismo templo, pero llevando con nosotros una cesta llena de comida. El viejo abad budista se acercó a mí para decirme:

—No sé qué le dieron de comer a mi discípulo la última vez, pero le provocó disturbios intestinales. Les ruego que hoy no le den nada.

Es una verdadera lástima, pero muy cierto, que los estómagos que están acostumbrados a la dieta vegetariana no pueden soportar la carne. Aquel día les dije a mis amigos:

—Para ser monje es preciso vivir siempre de forma solitaria en un lugar totalmente apartado del mundo. Sólo así se puede aspirar a alcanzar la paz del corazón y del espíritu. En mi tierra, los monjes del Cerro del Tigre[174] ven continuamente a jóvenes hermosos y muchachas encantadoras, oyen canciones constantemente junto al rasgueo de los instrumentos de cuerda, y les llega día tras día la fragancia de los manjares y el aroma de vinos embriagadores. ¿Cómo se puede esperar entonces que tengan el cuerpo como madera seca o el corazón como cenizas frías?[175]

A unos treinta *li* de Chihsi se encuentra un poblado, conocido como Aldea de la Benevolencia, en el que cada doce años se celebra una fiesta alrededor de las flores y los árboles frutales en la que todo el mundo pugna por componer los mejores diseños florales. Afortunadamente, mi estancia en Chihsi coincidió con uno de esos festivales y me alegró poder ir a disfrutar de él. Puesto que la ciudad era demasiado pobre para disponer de coches de caballos o palanquines, les enseñé a unos cuantos la manera de construir sillas de manos con unas varas de bambú sobre las cuales se ata un asiento.

Contraté a unos porteadores y de esa forma me encaminé hacia el festival, acompañado solamente por mi colega Hsu Tse-ting. Al vernos pasar con semejante medio de locomoción, los campesinos se carcajeaban sorprendidos.

Finalmente llegamos a la aldea, donde enseguida encontramos un templo, aunque no pude averiguar a qué dios adoraban allí. En el amplio espacio abierto que se encontraba frente al templo habían construido un escenario teatral bastante alto. Con sus vigas laqueadas y sus gruesos pilares presentaba una apariencia imponente, pero cuando lo examinabas de cerca descubrías que, en realidad, habían ocultado un armazón sencillo bajo una capa de papel de colores a la que le habían añadido luego una capa de barniz. De repente resonó un gong y cuatro hombres se adelantaron, llevando cada uno dos velas enormes en los hombros, del tamaño de una columna truncada. Los siguieron ocho hombres que transportaban un cerdo tan grande como un buey. Alguien me explicó que todos los aldeanos colaboraban en engordar a ese cerdo durante doce años para sacrificarlo a su dios el día de la fiesta.

—Este cerdo ha gozado de una larga vida, pero los dientes del dios también deben de estar bien afilados para poder comérselo —ironizó Tse-ting—. En cualquier caso, si yo fuera el dios no creo que lo disfrutara demasiado.

—Esto sólo demuestra el candor de la devoción de esta buena gente —le contesté.

Entramos en el templo, cuyos patios y galerías estaban llenos de flores y árboles frutales en macetas. No eran plantas criadas y moldeadas durante años de cuidados, sino ejemplares silvestres (generalmente pinos de los Montes Amarillos) escogidos por su hermosura y originalidad natural, cuando no por la extravagancia de sus formas. Cuando empezó el espectáculo, y la gente comenzó a invadirlo todo como una marea del océano, nosotros nos retiramos apresuradamente para evitar a la multitud.

En menos de dos años empecé a desaprobar algunas cosas y acabé por abandonar el puesto y regresar a casa a causa de mis desacuerdos con mis colegas. Mi estancia en Chihsi me había revelado en toda su extensión la intolerable bajeza y la corrupción de las costumbres burocráticas. Disgustado, cambié el oficio de letrado por el de comerciante. Mi tío Yuan Wan-chiu, esposo de una de mis tías paternas, que vivía en el lago Hsienjentang de Panchi, se ganaba la vida elaborando vinos. Shih Hsin-keng y yo invertimos en el negocio y nos asociamos con él. Los vinos de mi tío llegaban a sus

mercados principalmente por vía marítima, y no había transcurrido ni un año cuando estalló en Taiwán la rebelión de Lin Shuang-wen.[176] Las comunicaciones marítimas se interrumpieron, la mercancía quedó almacenada y perdimos todo nuestro capital. Me vi obligado a conseguir de nuevo un empleo oficial y acabé sirviendo cuatro años en las oficinas de la región del Chiangpei,[177] durante los cuales no hice viaje alguno que merezca ser relatado aquí.

Luego vino la época en la que Yun y yo residimos en la Villa de la Serenidad, donde vivimos como auténticos Inmortales. Por aquellos tiempos, Hsu Hsiu-feng, joven esposo de una prima mía, regresó de Cantón. Cuando supo que me encontraba sin trabajo, me dijo compadeciéndose de mí:

—A la larga no vas a poder seguir así, viviendo de tu pincel y desayunando con el rocío de la mañana. Deberías acompañarme al Sur de las Montañas.[178] Estoy seguro de que allí conseguirías unas buenas ganancias.

Yun me alentó a aceptar este ofrecimiento:

—Deberías aprovechar esta oportunidad, mientras tus padres todavía gozan de buena salud y tú sigues siendo joven y fuerte. Más vale trabajar duro, de una vez, para asegurarse un desahogo duradero, que pasarse la vida escatimando y ahorrando para vivir al día con una mano delante y otra detrás.

Consulté con mis amigos y conocidos y finalmente, con su ayuda, conseguí reunir algunos fondos. Yun se ocupó personalmente de seleccionar telas bordadas y otros artículos que no se producen al Sur de las Montañas, tales como los licores de Suzhou, el cangrejo en aguardiente y otras especialidades locales. Tras despedirme de mis padres, me puse en marcha con Hsiu-feng el día diez de la Pequeña Primavera.[179]

Primero fuimos hacia Tungpa, con la intención de remontar el curso del Yangtsé a partir de Wuhu.[180] Era mi primer viaje por el río y me lo pasé de maravilla. Cada noche, cuando fondeábamos, iba sin falta a tomar una copa en la proa del barco. Un día vi a un pescador provisto de una red cuadrada que medía menos de un metro pero con unos agujeros que debían de tener casi diez centímetros. Cada ángulo estaba lastrado con anillas de hierro, sin duda para que se hundiera fácilmente.

—Aunque el Sabio nos enseñó ciertamente que «no hay que utilizar redes demasiado apretadas»[181] —dije entre risas—, ¿cómo esperan atrapar algo con una red tan pequeña y

unos agujeros tan anchos?

Pero Hsiu-feng me contestó que precisamente este tipo de redes se producen especialmente para atrapar el pescado llamado *pien*. Observé que la red estaba atada con una larga cuerda gracias a la cual el pescador la levantaba de vez en cuando, sacándola del agua para ver si había cogido algún pez. Pronto, de un golpe seco, sacó del agua un *pien-yu* que se encontraba efectivamente enredado entre las mallas. No pude por menos que decir con un suspiro:

—¡Evidentemente, mi observación apresurada no fue suficiente para comprender el misterio de la red!

Una mañana vi un inmenso peñasco que se erguía solo en medio del río y Hsiu-feng me explicó que se trataba de la famosa Isla Huérfana.[182] De los bosquecillos cubiertos de escarcha que lo poblaban emergía una mezcla de torres y pabellones. Pero corríamos con el viento en la popa, así que pasamos tan rápidamente ante el islote que no tuve, por desgracia, la posibilidad de visitarlo. Cuando llegamos frente a la Torre del Príncipe Teng,[183] comprendí que las indicaciones topográficas que contiene al respecto la monografía poco fiable de Wang Tseu-an son totalmente equivocadas, al igual que la situación del Pabellón Tsunching de la Academia Regional de Suzhou, que confunde con la ubicación del Gran Muelle en la Puerta Hsu.

Cerca de la torre transbordamos a una lancha del tipo conocido como sampán, que tiene una proa y una popa bastante elevadas y que nos condujo desde Kankuan hasta Nanan, donde terminaba nuestra navegación.[184] Ese día era precisamente el de mi trigésimo aniversario y Hsiu-feng encargó un platillo de fideos para desearme larga vida.[185] Al día siguiente franqueamos el paso montañoso de Tayu,[186] en cuyo punto culminante hay un kiosco con un rótulo que ostenta una inscripción indicativa de la altura del lugar: «Por poco que levantes la cabeza tendrás el sol muy cerca». La cumbre de la montaña está partida en dos crestas separadas por una especie de pasillo de roca con sendos precipicios a ambos lados. A la entrada de este sendero se encuentran dos estelas simétricas, cada una con un sabio consejo: «Abandonen la cumbre antes de la crecida del torrente» y «Si alcanzaste tu deseo, no insistas en buscar más allá».[187]

Sobre la cima se eleva un santuario dedicado a cierto general Mei, de no sé qué dinastía.[188] No vi ni uno solo de los ciruelos de invierno que se encuentran, según dice todo el mundo, en esta montaña. Puede que el nombre de Pico del Ciruelo derive en realidad del general y no del árbol. Hablando de ciruelos, los que traía conmigo en

macetas como obsequios al llegar a este punto ya estaban marchitos y amarillentos, pues estábamos a punto de entrar en el mes del sacrificio de invierno.[189]

Del otro lado del paso, uno penetra en un mundo donde todo es distinto, tanto el relieve como las aguas y la atmósfera. Al oeste de esta cresta se encuentra una colina que presenta unas rocas espléndidas, perforadas por muchas cavidades, pero he olvidado su nombre. Los porteadores de mi silla de manos me aseguraron que allí había un lecho de los Inmortales. Lamento no haber podido ir a verlo por la prisa que tenía para completar mi viaje.

Cuando llegamos a Nanhsiung alquilamos una vieja «lancha-dragón». Al cruzar por Foshan, o Aldea de la Colina de Buda, vi que en los remates de las tapias de muchas casas los lugareños habían colocado macetas con una planta cuyas hojas se parecen a las del acebo y las flores a las de la peonía arborescente. Unas eran blancas y otras rojas o rosadas. Me dijeron que se trataba de camelias del monte.

Por fin llegamos a la ciudad de Cantón el día quince del mes del sacrificio de invierno y nos alojamos junto a la puerta de Chinghai, donde un tal señor Wang nos alquiló tres habitaciones del piso superior que daba a la calle. Los clientes de Hsiu-feng eran todos funcionarios importantes, así que yo lo acompañé en las visitas para ayudarlo con sus listas. Pronto tuvimos un auténtico desfile de gente en nuestra puerta, que venía a escoger regalos para las ceremonias, y en menos de diez días vendimos todas mis mercancías.

En pleno invierno, incluso en vísperas del Año Nuevo, el zumbido de los mosquitos retumbaba como el trueno. El día de Año Nuevo por la mañana, algunos iban a transmitir sus felicitaciones luciendo vestidos de algodón y solamente una fina toga de seda por encima. No sólo el clima es diferente allá, sino que la población local, aunque físicamente idéntica a nosotros, tiene una expresión facial bastante distinta.

El dieciséis del primer mes, tres de mis compatriotas empleados en el *yamen* local me llevaron con ellos al río de las Perlas a ver a las prostitutas. En Cantón, a eso se le llama «dar vueltas sobre el agua» y a las prostitutas, *laochu*.

Salimos por la puerta de Chinghai y cogimos una pequeña embarcación cubierta con un techo de lona que parecía media cáscara de huevo. Empezamos por Shamien,[190] donde las barcas de las chicas, llamadas «barcos de flores», estaban ancladas en una

doble fila ininterrumpida que deja en medio un canal para las idas y venidas de las lanchas pequeñas. Las barcas, que están amarradas entre ellas en grupos de diez a veinte y aseguradas a una baranda horizontal para protegerlas de las brisas marinas, tienen, además, la proa y la popa fijadas a unos pilotes con un anillo móvil de mimbre que les permite seguir el flujo y el reflujo de las mareas.

A la dueña del primero de los establecimientos a los que fuimos la llamaban «La Repeinada», porque enrollaba su cabellera alrededor de una armadura hueca de alambre de plata en espiral de medio palmo de altura. Sobre una de sus orejas lucía una flor clavada sobre una larga horquilla. Vestía una chaqueta negra corta, un pantalón del mismo color que le llegaba hasta los tobillos, y en la cintura una faja de seda verde y roja. En los pies llevaba unas chancletas sin medias y todo su atuendo la hacía parecer uno de los actores que interpretan papeles de mujer en el teatro.

Cuando nos presentamos en su barco, nos recibió con una reverencia y una sonrisa y levantó la cortina para dejarnos entrar en la cabina. Dentro había sillas y banquitos alineados a ambos lados, mientras que un sofá ocupaba el centro. Una puerta comunicaba el camarote con la popa del barco.

La dueña gritó que habían llegado clientes e inmediatamente oímos un repiqueteo de zapatos y aparecieron las mujeres. Algunas llevaban un moño en la nuca, otras habían atado sus trenzas encima de la cabeza. Todas iban tan empolvadas como una pared encalada y luego se habían pintado con un colorete tan rojo como una granada madura. Lucían chaqueta roja y pantalón verde, o chaqueta verde y pantalón rojo. Algunas calzaban calcetines y zapatillas mariposa bordadas, mientras que otras andaban descalzas con los tobillos adornados con ajorcas de plata. Unas se reclinaban en el sofá, otras se recostaban sobre las paredes. Todas, en fin, nos observaban con ojos brillantes, pero sin que ninguna dijera una palabra. Me volví hacia Hsiu-feng y le pregunté:

—¿Cómo va esto?

—Llama a la que más te guste —me dijo— y se acercará a ti.

Le hice una seña a una de las mujeres y, en efecto, se acercó a mí inmediatamente con la expresión más solícita. Se sacó de la manga una nuez de betel y me la ofreció con mucha cortesía. La cogí y empecé a masticarla enérgicamente, pero me pareció tan áspera que la escupí en el acto. Me limpié la boca con un papel y descubrí asombrado que mi saliva era del color de la sangre. Todo el mundo en el barco se rió de mí de buena gana.

Después fuimos al Arsenal, donde encontramos mujeres emperifolladas de la misma forma. La única diferencia era que allí todas, jóvenes y viejas, podían tocar el laúd. Cuando les dirigí la palabra sólo me contestaron: *Mi?*, que quiere decir «¿Qué?» en la lengua cantonesa.

—Siempre dicen que los jóvenes no deben ir a Cantón para no exponerse demasiado a los excesos del libertinaje de las chicas bonitas —comenté finalmente—. Pero ¿quién puede sentir atracción por mujeres ataviadas de manera tan absurda y que hablan este bárbaro idioma del sur?

—Las muchachas de los barcos de Shantou[191] visten como diosas —dijo uno de mis compañeros—. Vayamos a dar una vuelta por allí a ver si te gustan.

Cuando llegamos pude ver que los barcos, como en Shamien, estaban amarrados en dos filas. Entre las regentas había una llamada Su-niang, «La Sencilla», que gozaba de cierta fama y que iba vestida como una actriz de variedades. En su barco, las mujeres tenían la particularidad de llevar unos grandes collares que les cerraban el cuello alto de sus chaquetas junto con unos candados de plata.[192] Su pelo, cortado en flequillo hasta las cejas, les caía por detrás sobre los hombros y se anudaba en un mechón en el centro, como en el caso de las chicas esclavas. Las que tenían los pies vendados vestían faldas, y las otras, pantalones largos, calcetines y zapatillas mariposa. Yo apenas lograba entender su habla y, además, su extraña vestimenta también me repelía; no tenían nada que pudiera atraerme. Hsiu-feng, que se dio cuenta, me dijo:

—Frente a la Puerta de Chinghai, cruzando el río, hay un grupo de barcas con chicas de Yangzhou. Todas visten al estilo de Suzhou. Si vas a verlas, seguramente encontrarás alguna que te agrade.

—En realidad —intervino uno de nuestros amigos—, sólo la dueña de esos botes llamados de Yangzhou, la viuda Shao, así como su nuera, a la que llaman Gran Señorita, son de esa ciudad. Las demás provienen de Hunan, Hubei, Cantón y Jiangsi.

Fuimos entonces a ver la flotilla de Yangzhou, que constaba solamente de una docena de barcos alineados en dos filas paralelas. Entre las muchachas de este grupo se estilaba el peinado esponjado a los lados y el maquillaje discreto. Lucían faldas largas y mangas amplias y hablaban un idioma comprensible. La supuesta viuda Chao nos recibió con perfecta cortesía.

No bien llegamos, uno de nuestros compañeros pidió un «barco de vino» o «de placeres» (de esos que se dividen en grandes, *heng-lou* o «barcas de permanencia», y

pequeños, *sha-kut'ing* o «barcas de las mozas de fortuna») y quiso ejercer de anfitrión para todos nosotros, rogándome que eligiera a una de las muchachas. Me llevé a una jovencita llamada Hsi-erh, cuya silueta y fisonomía se parecían a las de Yun y tenía unos pies minúsculos. Hsiu-feng se fijó en una tal Tsui-ku, mientras que los demás se dedicaron a sus compañeras de juegos habituales.

Ordenamos anclar la barca en medio del río y festejamos y bebimos alegremente hasta bien entrada la noche. Para entonces ya había empezado a temer que quizá no pudiera controlarme a causa de la bebida, así que insistí en volver a nuestros aposentos, pero mis amigos me dijeron que ya hacía mucho rato que las puertas de la ciudad estaban cerradas. Sólo entonces me enteré de que ésa era la regla en todos los puertos, cerrarlos a la puesta del sol como puestos fronterizos que son.

Cuando terminamos de cenar, unos se acostaron para fumar opio mientras los demás abrazaban a las muchachas y hacían bromas. Los sirvientes trajeron mantas y almohadas para improvisar camas, pero, como no me gustaba demasiado la idea de compartir el cuarto con todos, le pregunté discretamente a Hsi-erh si en su barca había algún lugar para pasar la noche.

—Hay un *liao* que podríamos utilizar —me contestó—, pero no sé si estará ya ocupado por algún cliente. —(Un *liao* es una especie de camarote en la cubierta superior.)

Yo le propuse que fuéramos a ver y tomamos un esquife para regresar al barco de la viuda Shao. Las luces de las lanchas alineadas en dos hileras conformaban una especie de largo pasillo brillante sobre el agua. Resultó que el *liao* estaba vacío. La dueña me recibió con una sonrisa y dijo:

—Sabía que nuestro honorable visitante volvería y reservé especialmente el *liao* para recibirlo.

—Señora, usted es para mí realmente como un hada bajo las hojas de loto —le contesté entre risas.

Un criado nos guió entonces con una vela hacia la popa, donde, después de subir algunos escalones, nos introdujo en una pequeña buhardilla decentemente amueblada con una gran cama a un lado de la pieza, una mesa y algunos asientos. Levantó una cortina y lo seguimos hasta otra cabina interior situada justo encima del camarote principal. Una cama ocupaba también uno de los lados, y en el centro de la pared una ventana cuadrada provista de cristales dejaba entrar la luz de los barcos vecinos, de

manera que no hacía falta encender la linterna para alumbrar la alcoba. La ropa de cama, las cortinas, el espejo y el tocador, todo demostraba una gran elegancia.

—Se puede contemplar la luna desde la terraza —me dijo Hsi-erh.

Entonces abrimos una escotilla que había sobre la puerta de entrada y nos colamos por ella como culebras para desembocar, sobre la popa, en una cubierta superior cercada por sus tres costados por una barandilla baja. El disco de la luna iluminaba el cielo infinito y se reflejaba sobre la inmensidad líquida. Los «barcos de vino» reposaban sobre el río, esparcidos como hojas flotando a la deriva. Sus farolillos se reflejaban en el agua, semejantes a las estrellas, cuya multitud llena el firmamento. Además, las pequeñas embarcaciones tejían su vaivén en la penumbra, y el eco de los cantos y los instrumentos musicales, añadido al lejano ronroneo de la marea, hicieron que me sintiera embriagado de romanticismo:

—¡Qué espectáculo más conmovedor! —le dije en voz baja—. ¡Con razón dicen que los jóvenes deben evitar Cantón! ¡Qué lástima que Yun no pueda estar aquí conmigo!

Al volverme de nuevo hacia Hsi-erh observé que su parecido con mi querida esposa crecía a la luz de la luna, así que la guié hasta el camarote sin más tardanza y nos acostamos tras apagar las velas.

Un tumulto nos despertó justo antes del alba. Eran Hsiu-feng y los demás, que venían por mí. Me vestí a toda prisa y me levanté para salir a darles la bienvenida, pero todos me reprocharon mi deserción.

—Pero fue por una única razón —les dije antes de regresar juntos hacia casa—, y es que me daba miedo que vinierais a quitarme las mantas o a fastidiarme levantando la cortina de mi cabina.

Pocos días después, fui con Hsiu-feng a visitar el Templo de la Perla de Mar, anclado en medio del río y cercado de murallas como una ciudad fortificada. Los cuatro costados de esas murallas están provistos, como a metro y medio por encima del nivel del agua, de varias aspilleras tras las cuales hay cañones listos para defender la plaza contra los piratas. Conforme va subiendo y bajando la marea, parece que las aspilleras se elevan o bien se hunden, como si desafiaran las leyes de la naturaleza.

Las Trece Factorías Extranjeras[193] se encuentran al oeste de la puerta de Yulan, o de la «Orquídea Solitaria», y ocupan edificios similares a los que se ven en las pinturas

occidentales. Justo al otro lado del río visitamos un lugar llamado el Terreno de las Flores. Ahí se pueden ver incontables variedades de plantas y árboles, pues es el mercado de las flores de Cantón. Yo me jactaba de conocerlas todas sin excepción, pero resultó que no pude identificar más que seis o siete de cada diez. Pregunté los nombres de las otras, pero descubrí que algunas ni siquiera constaban en el *Ch'un Fang P'u*,[194] o «Repertorio de las Flores», a no ser que la pronunciación local me haya impedido identificarlas.

El Templo del Estandarte Marino de Cantón exhibe unas proporciones excepcionalmente grandes. En el patio principal se alza una higuera de Bengala de hojas perennes tan grande que la circunferencia de su tronco mide más de diez brazas. Su sombra es tan densa como la de un baldaquín y no pierde las hojas ni en otoño ni en invierno. Los pilares, barandillas y celosías de las ventanas del templo están hechos de madera de «peral de hierro». Hay también un *Ficus religiosa* cuyas hojas se parecen a las del caqui.[195] Si se remojan estas hojas y se les quita la capa exterior se puede recoger la membrana subyacente, tenue como el ala de una cigarra, para confeccionar unas libretas delgadas sobre las que se pueden copiar sutras.

En el camino de vuelta se nos ocurrió ir a visitar a Hsi-erh y Tsui-ku a sus «barcos de flores» y resultó que ambas estaban disponibles. Después de tomar el té quisimos despedirnos, pero ellas nos insistieron repetidamente para que nos quedáramos. De haber podido disponer del *liao* quizás habría aceptado; desgraciadamente, ya estaba ocupado por un cliente que estaba acompañado por la Gran Señorita, la nuera de la viuda Shao. Entonces le comenté a esta última que si nos permitía llevarnos a las dos chicas a nuestra casa pasaríamos la velada con ellas con muchísimo gusto. La viuda asintió y Hsiu-feng se adelantó para ocuparse de la preparación de la cena con nuestro criado, y yo me marché poco después acompañado por las dos mujeres. Estábamos ya en casa los cuatro, charlando y bromeando alegremente, cuando Wang Mou-lao, de la subprefectura local, llegó inopinadamente a visitarnos y lo convencimos para que se uniera al festín.

Apenas levantábamos la primera copa de vino cuando se oyó un confuso tumulto en la planta baja, como si un grupo intentara subir a la fuerza por la escalera. Era el sobrino de la dueña de la casa, un pillo despreciable que cuando se enteró de que habíamos traído a

las señoritas reclutó a otros golfos como él para intentar hacernos chantaje. Hsiu-feng empezó a reprochármelo con enfado:

—¡Todo esto es por culpa de San Bai,[196] que de repente tuvo ganas de divertirse! Yo no quería seguirlo y solamente me dejé llevar.

—Ahora que las cosas han llegado hasta este punto, no es momento de recriminaciones —le contesté—. Lo que tenemos que hacer es pensar rápidamente en la manera de salir de esto.

—Primero bajaré yo a hablar con ellos —se ofreció Mou-lao.

Mientras tanto, yo mandé sin demora al criado a alquilar dos sillas de mano para sacar a las chicas de casa inmediatamente; más tarde ya buscaríamos la manera de que cruzaran las murallas de la ciudad y volvieran a sus barcos.

Pronto quedó claro que Mou-lao no lograba persuadir a esos rufianes para que se marcharan, aunque no se empeñaron en subir por la escalera. Las dos sillas estaban listas, así que le ordené al criado, un joven ágil y hábil con los puños, que abriera el camino mientras Hsiu-feng seguía con Tsui-ku y yo cerraba la comitiva con Hsi-erh. Nos lanzamos así hacia la puerta de la calle para forzar la salida. Hsiu-feng y Tsui-ku, ayudados por el criado, se esfumaron rápidamente por la calle, pero uno de los granujas agarró a Hsi-erh al vuelo. Le asesté una patada que le alcanzó el brazo, soltó a su presa y Hsi-erh consiguió escapar. Yo también logré liberarme y salir por la puerta mientras mi criado la cubría para impedir que los bribones nos persiguieran.

—¿No has visto a Hsi-erh? —le grité.

—Tsui-ku ya se fue en la silla de manos —me contestó—. En cuanto a Hsi-erh, sí que la he visto salir, pero no meterse en la silla.

Encendí rápidamente una antorcha y descubrí una silla vacía abandonada a un lado de la calle. Corrí hasta la Puerta de Chinghai, donde me encontré a Hsiu-feng junto a la silla de Tsui-ku. A mis preguntas sobre Hsi-erh me dijo:

—Quizá se equivocó y corrió hacia el oeste en lugar de hacia el este.

Volví rápidamente por el mismo camino, y había pasado ya frente a una docena de casas a partir de la nuestra cuando oí una voz que me llamaba desde un callejón oscuro. Dirigí la antorcha hacia allí y descubrí a Hsi-erh. La llevé hasta su silla y, justo cuando los porteadores la levantaban y se ponían en marcha, Hsiu-feng llegó corriendo a decirme que en la Puerta de la Orquídea Solitaria había una salida al río por la que se podía abandonar la ciudad evitando la muralla.

—Ya mandé a alguien para untar la mano del guardia —añadió—. Tsui-ku se nos ha adelantado. Que Hsi-erh se vaya sin perder un minuto más.

—Tú vuelve a casa e intenta que esa gente nos deje en paz —le dije—. Yo me hago cargo de las mujeres.

Cuando llegamos a la puerta que daba al río, ésta ya estaba abierta y Tsui-ku estaba esperándonos. Cogiendo a Hsi-erh con la mano izquierda y a Tsui-ku con la derecha me interné con ellas en el estrecho pasillo. Después de agacharnos, tambalearnos y esforzarnos mucho, conseguimos llegar hasta la salida del conducto. Entonces empezó a lloviznar y el suelo se puso muy resbaladizo. Cuando alcanzamos el río en Shamien, la música y los cantos resonaban más que nunca. Desde un sampán alguien reconoció a Tsui-ku y nos invitó a subir a bordo. Sólo entonces noté que Hsi-erh llevaba el pelo suelto y que habían desaparecido todos sus brazaletes, pendientes y horquillas. Le pregunté alarmado:

—¿Te los han robado?

—No —contestó riéndose—. Pero pertenecen a nuestra «madre», y según dice ella son de oro legítimo. Así que me los quité inmediatamente antes de bajar por la escalera y los guardé bien guardados en mi bolso. Si me los hubieran robado, ¡qué molestia para usted tener que pagar por ellos!

Cuando oí eso me di cuenta de hasta qué punto Hsi-erh era una buena persona. Le rogué que se peinara y le pedí que no le revelara a su ama nada de lo que había ocurrido, sino que le dijera solamente que había demasiada gente en la casa y que por esa razón regresábamos al barco. Al final, fue Tsui-ku la que se lo contó a la regenta en los términos acordados para concluir simplemente:

—Hemos comido y bebido bastante, así que denos ahora sólo unas pocas gachas de arroz.

A esa hora, el cliente que había ocupado el camarote de la cubierta ya se había marchado y la viuda Shao le pidió a Tsui-ku que nos acompañara a Hsi-erh y a mí hasta allí. Entonces noté que las zapatillas bordadas de las dos mujeres estaban completamente empapadas y llenas de barro. Nos acomodamos y entre los tres nos comimos las gachas, pobre compensación para una cena frustrada.

Cuando nos pusimos a charlar a la luz de las velas, me enteré de que Tsui-ku venía de Hunan y de que Hsi-erh había nacido en Henan y que el auténtico apellido de su familia

era Ou-yang. Después de la muerte de su padre, su madre había vuelto a casarse y a ella había acabado vendiéndola un tío sin escrúpulos.

Tsui-ku me contó lo penosa que les resultaba una vida en la que estaban constantemente cambiando de clientes. Tenían que sonreír, por amargo que fuera su ánimo, beber grandes cantidades de vino incluso si no soportaban el alcohol, satisfacer al cliente incluso cuando se sentían indispuestas o cantar cuando tenían la garganta inflamada. Lo peor era tener que tratar con individuos groseros que, si no se cumplían todos sus caprichos, tiraban las botellas al suelo con el menor pretexto, volcaban las mesas y proferían los peores insultos. Además, la dueña no investigaba nunca este tipo de hechos, y ellas, por el contrario, siempre corrían el riesgo de que les reprochara que no habían atendido al cliente con todo el celo deseable. Y también había clientes malos, de una exigencia intolerable, que no dejaban de atormentarlas en toda la noche.

Hsi-erh era una de las chicas más jóvenes del barco y, además, acababa de llegar. Por esta razón, según ella, la dueña aún la trataba con ciertos miramientos. Mientras hablaba, Tsui-ku no podía contener las lágrimas y eso hizo que Hsi-erh sollozara también silenciosamente. Entonces la atraje hacia mí para acariciarla y consolarla y le pedí a Tsui-ku que se fuera a descansar a la cama de la alcoba exterior, puesto que era la amiga íntima de Hsiu-feng.

Desde entonces no dejaron de mandarme llamar cada cinco o diez días, y a veces Hsi-erh, por su propia iniciativa, cogía un sampán para ir a buscarme al embarcadero. Cada vez que iba, Hsiu-feng me acompañaba. Nunca llevamos a ningún invitado ni visitamos ningún otro barco. El placer de una noche sólo nos costaba cuatro piezas extranjeras de plata. Hsiu-feng pasaba cada noche con una chica distinta, lo que en la jerga del oficio se llama «saltar de un pesebre a otro». De vez en cuando, incluso tomaba a dos mujeres al mismo tiempo. Yo, por mi parte, me acosté siempre con Hsi-erh.

Si, por casualidad, algún día iba solo, me tomaba una copa con ella en la cubierta o bien charlábamos en el *liao*. No la hacía cantar ni beber en exceso y la cubría de una ternura y una compasión que alegraban todo el barco. Las mujeres de los otros barcos la envidiaban, y si las del suyo se enteraban de que yo estaba en el camarote, cuando no tenían clientes nunca dejaban de pasar a verme. Así, de todas las muchachas del grupo, e incluso de los otros barcos, no hubo ninguna que yo no conociera bien pronto. Cada vez que subía a bordo empezaban interminables cumplidos de bienvenida y yo no sabía

cómo devolverle tanta cortesía a cada una. Aun derrochando una fortuna, nunca habría podido comprar tan precioso recibimiento.

Durante los cuatro meses que viví en Cantón me gasté solamente, en total, algo más de cien monedas de oro. Por otra parte, allí podía comer lichis frescos, además de otras frutas exquisitas, y eso fue uno de los grandes placeres de toda mi vida. Al final, la dueña del barco de flores quiso obligarme a comprarle a Hsi-erh a cambio de quinientas monedas de oro. Su insistencia me causó una gran turbación y me animó a adelantar mi partida. En cuanto a Hsiu-feng, estaba tan encaprichado con esas chicas que para sacarlo de allí tuve que convencerlo para que se comprara una concubina. Y regresamos juntos a Su-zhou por el mismo camino que tomamos a la ida.

Hsiu-feng regresó a Cantón al año siguiente, pero mi padre no me permitió acompañarlo. Ésa fue la razón por la cual acepté un trabajo en Chingpu,[197] al lado del Magistrado de Distrito Yang. Cuando Hsiu-feng volvió, me contó que Hsi-erh había intentado poner fin a su vida más de una vez porque yo no había vuelto a verla. ¡Ay!

> Del sueño de seis meses junto a las chicas del barco de Yangzhou,
> me queda, entre las flores, una fama de infidelidad.[198]

Durante los dos años que pasé en Chingpu, tras mi regreso de Cantón, no emprendí viaje alguno que merezca ser mencionado aquí. Fue poco después cuando Yun conoció a Han-yuan, provocando una borrasca de críticas entre nuestra familia por relacionarse con una cortesana. Muy enfadada, y desesperada por su fracaso, Yun enfermó al poco tiempo. Con la ayuda de un tal Cheng Mohan abrí en mi casa, en un edificio lateral del patio de entrada, una tienda de caligrafías y pinturas. Este negocio me ayudó hasta cierto punto a cubrir los gastos médicos que ella necesitaba.

A los dos días del Festival de Mitad del Otoño, mi amigo Wu Yun-ko me invitó con Mao Yi-hsiang y Wang Hsing-lan a una excursión al Pabellón de Reposo de las Colinas del Oeste. En ese momento estaba terminando un trabajo de caligrafía que no podía interrumpir, así que les pedí a mis amigos que no me esperaran y se fueran sin mí.

—Si puedes ponerte en marcha mañana —me propuso Wu—, te esperaremos al mediodía en el Templo de la Bienvenida de las Grullas, que se encuentra al pie de los montes, no lejos del puente de Shuita.

Le dije que lo intentaría y al día siguiente le pedí a Cheng que se hiciera cargo de la tienda. Viajando solo, salí de la ciudad por la Puerta Chang, llegué al pie de las

montañas, crucé el puente de Shuita y seguí una senda que llevaba hacia poniente, entre arrozales, hasta un pequeño templo orientado al sur cuya cerca estaba rodeada por un límpido arroyo. Llamé a la puerta. Alguien me preguntó de dónde venía y adónde iba. Cuando se lo expliqué, se rió y me dijo:

—Éste es el Tehyun, el «Templo Donde se Alcanzan las Nubes». ¿No se ha fijado usted en el cartel colgado sobre la puerta? Ya ha dejado atrás la Bienvenida de las Grullas.

—Pero viniendo desde el puente no he visto ningún otro templo —objeté.

—¿No ve usted por allá un muro de adobe que rodea un bosquecillo de bambú? —me dijo, indicándome la dirección con el dedo—. Pues ése es el templo.

Así que di la vuelta y al llegar me percaté de que en la pared de adobe había una pequeña puerta sólidamente cerrada. Por una hendidura pude ver en el interior una valla baja, un sendero sinuoso y exuberantes grupos de bambúes muy verdes, pero ni rastro de ser humano alguno. Por mucho que llamaba no me contestaba nadie. Hasta que uno que pasaba me dio este consejo:

—En este nicho del muro hay una piedra que sirve para golpear la puerta.

La golpeé repetidas veces para probar y, por fin, un novicio budista se acercó a abrirme. Entré y seguí el sendero que pasaba por un puentecillo de piedra antes de girar hacia el oeste. Sólo entonces descubrí la puerta principal del templo, señalado con una placa lacada de negro con los dos caracteres «Bienvenida de las Grullas», en blanco, que colgaba sobre la puerta. Los seguía una larga inscripción que no tuve tiempo de leer. Penetré en el interior y crucé la sala del Weito,[199] donde imperaba una rigurosa limpieza y no se veía ni una sola mota de polvo. Mientras pensaba que su propietario debía de ser, sin duda, alguien a quien le gustaba la vida de ermitaño, de repente vi a otro novicio que llegaba por un pasillo a la izquierda con un jarro de vino. Lo llamé levantando la voz para que me informara sobre mis amigos, pero en ese momento me llegó, del interior del templo, la voz socarrona de Hsing-lan:

—¿Qué os decía? Ya sabía yo que San Bai no nos dejaría plantados.

Yun-ko salió inmediatamente a saludarme y me dijo:

—Te esperábamos para el desayuno. ¿Por qué llegas tan tarde?

Detrás de él había un bonzo que me saludó con una inclinación. Me lo presentaron como el monje Chu Yi, nuestro anfitrión. Pasé al interior, que se componía solamente de tres habitaciones y cuyo frontón estaba adornado con un rótulo con el nombre de

Gabinete del Canelero. De hecho, en el patio se veían dos ejemplares de este árbol en plena floración. Hsing-lan y Yi-hsiang se incorporaron gritando a coro:

—¡Multa de tres copas de vino por llegar tarde!

La mesa ya estaba cubierta con platillos vegetarianos y de carne, todos ellos excelentes, y como bebida había vino amarillo y aguardiente blanco. Les pregunté a mis amigos cuántos sitios habían visitado ya.

—Anoche llegamos tarde —contestó Yun-ko—, y esta mañana sólo fuimos al templo de Tehyun y a Hoting, al Pabellón del Río.

Nos quedamos sentados a la mesa durante un largo rato, de sobremesa y prolongando las copas placenteras. Cuando terminamos nos dirigimos de nuevo hacia Tehyun y Hoting, y desde allí visitamos en total ocho o nueve lugares más, incluida la lejana colina de Huashan. Todos ellos muy bonitos, cada uno a su manera; en realidad, demasiado para describirlos aquí en detalle.

La colina de Huashan termina en la Cima de la Flor de Loto, pero se nos hacía tarde y aplazamos la visita para otra oportunidad. Sin embargo, ya que en esta región los árboles de la canela crecen con la máxima profusión, nos detuvimos a sorber con placer una taza de té verde sentados bajo sus flores. Más tarde tomamos unas sillas de mano de montaña que nos llevaron directamente a la Bienvenida de las Grullas.

La mesa ya estaba puesta en una especie de kiosco abierto llamado Pabellón de la Pureza que Se Acerca, situado al este del Gabinete del Canelero. Chu Yi, a pesar de su carácter huraño, no dejaba de gustar de la compañía y de la bebida. Al principio nos entretuvimos con el juego del ramo del canelero[200] y a continuación cada uno propuso por turno alguna prueba en la que el perdedor tenía que beber. Solamente le pusimos fin hacia las diez de la noche.

—El claro de luna es tan hermoso esta noche —dije yo— que irnos a dormir ahora sería despilfarrar esta claridad. ¿No habrá algún lugar alto y despejado donde pudiéramos gozar de esta noche espléndida?

—Si quieren, podríamos subir al Pabellón del Vuelo de las Grullas —propuso Chu Yi.

—Hsing-lan ha traído su laúd, pero aún no lo he oído —dijo Yun-ko—. ¿No os gustaría que tocara para nosotros allí arriba?

Y así subimos todos. A lo largo del camino sólo se podía distinguir una masa de árboles escarchados por el resplandor de la noche y envueltos en la fragancia de los caneleros. En el pabellón bajo la luna, la inmensidad del cielo era límpida y apacible y el

universo callaba. Hsing-lan tocó las Tres Variaciones de las Flores del Ciruelo con una delicadeza tal que todos nos sentimos como si fuéramos a la deriva hacia el país de los Inmortales. Ganado por el espíritu del momento, Yi-hsiang se sacó de la manga su flauta de metal y nos obsequió con una lenta cantilena de acentos quejumbrosos.

—Entre todos los que se hayan reunido esta noche en el Lago de Piedra para disfrutar del claro de luna —comentó Yun-ko—, no creo que ninguno pueda ser tan feliz como nosotros.

Eso hacía referencia a que, en mi Suzhou natal, el decimoctavo día del octavo mes todo el mundo se amontona junto al Lago de Piedra, bajo el Puente Hsingchun, para contemplar cómo se refleja la luna en la superficie de sus aguas. El lago queda atestado de barcas de recreo y resuena toda la noche con música y con cantos. Con el pretexto de saborear el claro de luna, la mayor parte de la gente en realidad lo aprovecha más bien para hacer ruido y emborracharse en compañía de prostitutas. La luna ya no tardó mucho en descender y empezamos a sentir frío, así que pusimos fin a tan agradable velada y volvimos al templo para acostarnos, felices y cansados.

A la mañana siguiente, Yun-ko nos dijo a todos:

—Hay en los alrededores un templo llamado de la Franqueza que se supone que se encuentra en un lugar totalmente aislado. ¿Alguno de vosotros ha estado allí?

Todos respondimos que no sólo no lo habíamos visitado sino que ignorábamos hasta su existencia. Entonces intervino Chu Yi:

—El Templo de Wuyin, o de la Franqueza —dijo—, está rodeado de montañas por todos lados y se encuentra en un lugar tan retirado que ni los mismos monjes logran vivir mucho tiempo allí. Cuando lo visité, hace ya varios años, ya estaba en ruinas. Dicen que el académico retirado Peng Chih-mu lo ha reconstruido, pero yo no lo he visto. Creo que todavía sabría encontrar el camino, y si quieren ir a verlo me complacería ser su guía.

—Pero ¿es necesario que vayamos con el estómago vacío? —preguntó Yi-hsiang.

Chu Yi empezó a reírse ante la pregunta y le contestó:

—Ya he preparado unos tallarines con verduras. Y podemos pedirle a un monje que nos siga con un cesto de vino de arroz.

Nos fuimos a pie después del desayuno de tallarines. Al pasar frente al jardín Kaoyi, o de la Alta Virtud, Yun-ko dijo que quería visitar la Villa de la Nube Blanca. Entramos en

ella y cuando íbamos a sentarnos un monje se acercó a nosotros con aire meditativo, saludó a Yun-ko con cortesía y le dijo sin preámbulos:

—Hace ya dos meses que no he tenido el placer de verlo. ¿Qué noticias trae de la ciudad? ¿Se encuentra el gobernador en el *yamen* en este momento?

Yi-hsiang se incorporó bruscamente gritándole «¡Pelón!»[201] al monje, escupió y salió rápidamente, sacudiendo sus mangas con ira. Hsing-lan y yo lo seguimos, reprimiendo con dificultad nuestras ganas de reír. Yun-ko y Chu Yi intercambiaron, por pura cortesía, unas cuantas palabras banales con el bonzo y se retiraron también.

En el jardín Kaoyi está enterrado el honorable Fan Wen-cheng[202] y es contiguo a la Villa de la Nube Blanca. En ésta hay una galería abierta frente a un acantilado tapizado de enredaderas de glicina, y más abajo un estanque artificial llamado el Manantial del Cuenco de las Limosnas, de unos tres metros de ancho, en el que nadan peces de oro y tan límpido que refleja el azul del cielo. Todavía se puede ver, en un rinconcito escondido, un horno de barro con un enrejado de bambú para calentar el agua del té. Desde los bosquecillos de arbustos que forman el telón de fondo de la galería, uno tiene una buena vista general de la tumba de Fan Wen-cheng y de los jardines que la rodean. Fue una pena que los modales del monje fueran tan vulgares, y que por culpa de eso no nos sintiéramos a gusto para quedarnos más tiempo.

Desde ahí nos dirigimos hacia el Monte del Gallinero, cruzando el pueblo de Shangsha. Era la misma colina cuya ascensión había realizado con Hung-kan tantos años atrás. El paisaje no había cambiado, pero mi amigo había muerto y me quedé conmovido pensando en el destino humano y en la fugacidad de la vida. Estaba sumido en tan sombrías meditaciones cuando descubrimos de pronto que un arroyo nos cortaba el camino y no podíamos seguir adelante. Varios muchachos de la aldea andaban buscando setas entre la maleza. Nos observaban, riéndose, como asombrados de ver tantos forasteros en ese lugar. Cuando les preguntamos por el camino al Templo de la Franqueza nos respondieron que el camino habitual estaba inundado e intransitable y que tendríamos que desandar lo andado, tomar un senderito hacia el sur y pasar el puerto.

Así lo hicimos, pero después de franquear la montaña y caminar varios *li* hacia el sur nos encontramos perdidos entre espesuras de árboles y bambúes y encerrados en un cerco de colinas. El sendero, invadido por el musgo, no mostraba huella alguna de tránsito humano. Chu-yi, desconcertado, miraba a todos lados y dijo:

—Tengo la impresión de que deberíamos estar llegando, pero no parece que este sendero vaya a llevarnos a ninguna parte. ¿Qué hacemos?

Me puse en cuclillas y, oteando cuidadosamente los alrededores a través de los bambúes, cuyos millares de tallos nos rodeaban, vislumbré a lo lejos una imagen confusa de rocas, muros y edificios. Nos abrimos camino entre la densa maleza y llegamos por fin a una puerta, en cuyo frontón se leían estas palabras: «Templo de Wuyin, reconstruido en tal fecha por el señor Peng, el Anciano del Jardín Meridional». Todos estaban encantados y me felicitaron en estos términos:

—Si no fuera por ti, nuestra búsqueda habría sido tan vana como la búsqueda de la Fuente de las Flores del Melocotonero en Wuling.[203]

La puerta de la cerca estaba sólidamente cerrada y, por mucho que llamamos, no nos respondió nadie. De repente, una puerta lateral chirrió y apareció un joven. Tenía la piel macilenta, la ropa despedazada y los zapatos rotos. Nos preguntó:

—¿Se les ofrece algo a los señores?

—Tenemos una particular afición por los lugares aislados como éste —le dijo Chu Yi después de saludarlo— y hemos venido especialmente a visitar este templo tan sereno.

—Un templo tan pobre —dijo el joven— que todos los monjes lo abandonaron y no queda nadie para recibirlos. Les convendría más visitar otro lugar.

Dicho eso, dio media vuelta y quiso cerrar la puerta. Pero Yun-ko lo detuvo velozmente y le dijo que, si aceptaba dejarnos entrar y visitar el templo, lo compensaríamos por la molestia. Esta proposición hizo sonreír al muchacho, que añadió:

—¡Ni se me había ocurrido pedir una gratificación! No se trata de eso. Lo que sí temo es faltar a la cortesía. Ni siquiera tengo lo necesario para preparar té.

Apenas abrió la puerta del edificio, el rostro de Buda apareció ante nuestros ojos. Entre la verde sombra de las frondas, sus oros espejeaban armoniosos. Un musgo mullido como encaje revestía los peldaños de piedra y el pedestal de los pilares. Detrás del edificio había una serie de escalones que ascendían por una pared tan vertical como una muralla. Llevaban a una terraza al oeste, resguardada por una barandilla de piedra de la cual emergía una enorme roca de más de seis metros de alto parecida a una hogaza de pan hervido. Una delgada franja de pequeños bambúes adornaba su base.

Siguiendo hacia el oeste, y girando luego al norte, uno subía las gradas de una galería oblicua y llegaba a una casa para huéspedes con tres cuartos que se abría directamente sobre la gran roca. Al pie de la roca había un pequeño estanque en forma de media luna,

alimentado por un manantial y cubierto por las tupidas matas de una especie de berro. El templo propiamente dicho estaba al este de la casa para huéspedes. El alojamiento de los monjes y la cocina, que miraba al oeste, estaban adosados a su lado izquierdo, y un acantilado formaba el fondo, junto con una cortina de árboles que habían crecido tanto y tan apretados que ocultaban el cielo. Hsing-lan, cansado por la caminata, se echó al borde del estanque y yo no tardé en seguir su ejemplo.

Íbamos a tomar un poco de vino para refrescarnos cuando Yi-hsiang, cuya voz parecía salir de la cima de los árboles, me gritó:

—¡San Bai, ven rápido! Tienes que ver algo maravilloso.

Levanté los ojos pero no pude encontrarlo. Así que Hsing-lan y yo nos pusimos a buscarlo guiándonos por la voz. Salimos por una puertecita abierta en el ala este del edificio, giramos hacia el norte, escalamos varias decenas de peldaños casi verticales y por fin descubrimos, en medio de un bosquecillo de bambúes, una construcción bastante alta. Al subir las últimas gradas constatamos que entre todas las paredes del piso superior se abrían ocho ventanales, proporcionando vistas de todo el perímetro, y que en su frontón había un rótulo en el que se leía «Torre de la Nube Voladora». El lugar, como una plaza fuerte, estaba cercado por colinas y en medio de ellas una sola abertura, al sudoeste, permitía distinguir en el horizonte, tocando el cielo, una superficie de agua sobre la cual se adivinaban confusamente velas de pescadores. Se trataba del lago Tai. Asomados a una ventana veíamos las olas que el viento formaba más abajo sobre el mar de bambúes, como cuando inclina las espigas de un campo de trigo.

—¿Qué te parece? —me preguntó Yi-hsiang.

—Es un lugar magnífico —le respondí.

De repente oímos la voz de Yun-ko, que nos llamaba desde el oeste de la torre.

—¡Yi-hsiang, ven rápido! Esta parte es aún mejor.

Volvimos a bajar la escalera y girando hacia el oeste trepamos por otra docena de peldaños, para encontrarnos bruscamente sobre un pequeño altiplano descubierto semejante a una terraza. Debía de ser la cima del acantilado que limitaba el templo por detrás. Se veían ladrillos rotos amontonados y trozos de columnas que sugerían que el lugar había sido antaño el emplazamiento de un santuario más antiguo. Desde ahí, el panorama de los montes circundantes era todavía más despejado que desde la torre. Yi-hsiang lanzó un grito prolongado en la dirección del lago Tai y todas las montañas le hicieron eco. Nos sentamos en el suelo con la intención de descorchar el vino cuando

nuestros estómagos manifestaron su impaciencia. Como el joven monje empezaba a hervirnos un poco de arroz seco en lugar del té, le pedimos que mejor lo usara para prepararnos unas gachas.

Después de invitarlo a compartir la comida lo interrogamos respecto al abandono en el que se encontraba el templo.

—La completa ausencia de casas en los alrededores nos deja totalmente aislados, y de noche suelen acercarse merodeadores. Cuando tenemos provisiones, las roban, e incluso buena parte de las frutas que cultivamos acaban siendo para provecho de los leñadores. Este lugar depende de la jurisdicción del Templo de Chungning, que sólo nos procura cada mes unos sesenta kilos de arroz cocido y secado y un bote de legumbres saladas. Yo no hago más que custodiar el sitio por cuenta de los descendientes del señor Peng y no tardaré en marcharme. Entonces no quedará aquí ni rastro de un ser humano.

Yun-ko le dio una moneda de plata para agradecerle su hospitalidad y regresamos a la Bienvenida de las Grullas. Luego alquilamos una lancha y volvimos a la ciudad. Un tiempo después, pinté un cuadro que representaba el Templo de Wuyin y se lo regalé a Chu Yi en recuerdo de nuestra alegre excursión.

Fue durante el invierno de ese año cuando me expuse al descontento de mis padres, por culpa de mi imprudencia al avalar un préstamo de un amigo mío, y cuando tuvimos que irnos a vivir con la familia Hua, que nos recibió en su casa de Hsishan. A la primavera siguiente quería ir a Yangzhou, pero me encontraba sin dinero. Sin embargo, un viejo amigo mío llamado Han Chun-chuan trabajaba en el *yamen* de Shangyang,[204] así que fui a verlo por si podía ayudarme. Demasiado mal vestido y calzado para presentarme en su oficina, le mandé una notita en la cual le pedía que nos encontráramos en el jardín de uno de los templos de la ciudad. Acudió a la cita y al enterarse de mi penosa situación me dio diez taeles. Este jardín, producto de la magnificencia de un negociante que se dedicaba al comercio con los extranjeros, era muy amplio. Lamentablemente, el arreglo de sus distintas partes era incoherente, y los montículos de rocalla que componían su fondo carecían asimismo de composición.

De repente, en el camino de regreso me acordé del encanto del monte de Yushan y tuve la suerte de encontrar un barco que se detenía muy cerca de allí. Estábamos en el

segundo mes de la primavera, la época en la que ciruelos y melocotoneros en flor rivalizan en belleza. La única cosa que lamentaba era no tener un compañero de viaje.

Al desembarcar fui andando hasta la Academia de Yushan, con unas trescientas monedas de cobre en los bolsillos. Mirando por encima de la cerca, vi en el interior una profusión de árboles cargados de flores de colores fuertes y tiernos que ofrecían una composición encantadora, embellecida todavía más por un arroyo en primer plano y, al fondo, las montañas. Lamentablemente, no fui capaz de hallar la puerta de entrada, así que busqué a alguien para preguntarle qué camino debía tomar para llegar hasta la montaña. Al reparar en la esterilla de un vendedor de té, me acomodé y le pedí una jarra de un té delicioso de la variedad conocida como *pilochun*. Mientras tanto, me dediqué a preguntar por los lugares más notables de la montaña de Yushan y un paseante me dijo:

—El punto más hermoso se encuentra cerca de la Puerta de la Espada, llegando por el Paso del Oeste. Si el señor quiere ir, le mostraré el camino con mucho gusto.

Yo acepté con entusiasmo su ofrecimiento y, tomando el Paso del Oeste, seguimos el pie de la montaña a lo largo de varios *li* de terreno accidentado. Nos acercábamos paulatinamente a un pico esbelto, notable por sus formaciones rocosas horizontales. Al alcanzarlo descubrí el espectáculo de una montaña tajada verticalmente por la mitad y formando dos precipicios altos de unos cincuenta metros de altura, uno de ellos cóncavo y el otro convexo. Si uno se acercaba y miraba hacia arriba, tenía la impresión de que la montaña se le iba a caer encima.

—La tradición afirma que allí arriba hay una gruta que posee unas vistas tan bellas como cualquier otra del maravilloso país de los Inmortales —me contó mi guía—. Por desgracia, no existe ningún sendero que permita subir hasta ella.

Movido por la curiosidad, me arremangué, me guardé los faldones del vestido en el cinturón y, afianzándome con pies y manos como un mono, trepé hasta la cima. La así llamada gruta no tenía nada más que unos tres metros de profundidad y presentaba una grieta en el techo de roca que permitía ver el cielo. Cuando miré hacia el vacío me flaquearon las rodillas y me imaginé perdiendo el equilibrio y rodando barranco abajo. Para descender tuve que andar reptando con el estómago pegado a la pared y aferrándome a las enredaderas y a la maleza.

—¡Bravo! —exclamó mi guía—. He visto a muchos viajeros valientes, pero ninguno como usted.

Tenía sed e invité a mi acompañante a tomar unas copas conmigo en una tiendita de un lugar cercano. El sol se cernía ya sobre el horizonte y empezaba a oscurecer, así que tuve que acortar mi visita, llevándome sin embargo en el bolsillo una docena de guijarros rojizos de mineral de hierro que encontré por el camino.[205] Un barco nocturno me llevó hasta Suzhou, desde donde regresé a Hsishan. En medio de mis infortunios, este pequeño viaje me procuró mucho placer.

En la primavera del octavo año del reinado del emperador Jiaqing,[206] cuando, trastornado por la tragedia de la muerte de mi padre, me disponía a dejar a mi familia y aislarme en algún retiro lejano, mi buen amigo Hsia Yi-shan me lo impidió y me obligó a aceptar su hospitalidad. Durante ese otoño, en el octavo mes, me pidió que lo acompañara al mar de China Oriental, donde iba a recaudar los ingresos producidos por algunas de sus tierras cercanas al arenal de Yungtai. Esta zona depende del distrito de Chungming, y si uno se embarca en Liuhokou la alcanza tras una travesía de poco más de cien *li*.[207] Hace poco que se retiraron de allí las aguas del Yangtsé y que se cultivaron por primera vez las tierras recién emergidas. Estaban poco pobladas aún y no se veían calles ni mercados. En cambio, todavía estaban cubiertas por inmensas superficies de juncos. Sólo había otro propietario que se dedicara al mismo negocio que Yi-shan, el señor Ting, que poseía un granero compuesto de una veintena de edificaciones. En torno a ellas se había excavado un foso rodeado por fuera por un terraplén sembrado con sauces.

Este Ting, cuyo nombre literario era Shih-chu, era oriundo de Chungming y se había convertido en el cacique del lugar. Su contable se llamaba Wang y ambos eran gente campechana, afable y sin formalismos. Desde el principio me trataron como si fuéramos conocidos de toda la vida. Ting no dudaba en sacrificar un cerdo si teníamos hambre o en escanciar una jarra de vino si teníamos sed. Cuando bebíamos nunca dejaba de jugar a la morra, pues no tenía ni idea de literatura, y cuando cantaba sólo se oían rugidos, pues era incapaz de entonar una melodía. Cuando ya estaba achispado, les ordenaba a sus trabajadores que organizaran combates entre ellos para entretenernos.

Ting criaba más de cien cabezas de ganado, que por las noches dejaba sueltas a la intemperie en los terraplenes, y una manada de gansos para que dieran la alerta si se acercaban los piratas. Se pasaba los días cazando entre los juncales y las dunas, con

halcón y perros, y atrapaba principalmente caza de pluma. Yo lo acompañaba a menudo en esas cacerías, echándome a dormir sobre la arena cuando ya no podía más.

Una vez me llevó a visitar sus arrozales, que tenía numerados en serie. Un alto dique protegía cada uno de ellos contra las mareas. Un sistema de canales permitía inundarlos y el nivel del agua se regulaba con esclusas que se abrían durante la pleamar, si los campos estaban secos, y durante la bajamar, si se encontraban demasiado inundados.

Los braceros ocupaban viviendas dispersas por todas partes, pero con sólo llamarlos a gritos acudían corriendo y se reunían en casa del amo, al que llamaban «patrón». Eran dóciles y respetuosos, además de admirablemente sencillos y honrados. Si alguna injusticia los indignaba podían volverse más violentos que fieras salvajes, pero si uno se dirigía a ellos amablemente como a iguales se tranquilizaban enseguida y se tornaban sumisos. Su vida era una lucha sin tregua contra las fuerzas de la naturaleza, una lucha tan áspera, ruda y elemental como en tiempos primitivos.

Desde mi cama podía ver las grandes olas y, apoyando la cabeza en la almohada, oía el estruendo de las mareas, semejante al retumbar de gongs y de tambores de guerra. Una noche vi danzar de repente sobre las olas, docenas de *li* mar adentro, una luz roja del tamaño de una canasta. Al mismo tiempo, el cielo enrojeció en el horizonte como si lo iluminara un incendio.

—Cuando las luces y los fuegos de los espíritus aparecen en este lugar —me dijo Shih-chu más tarde— significa que nuevas tierras van a emerger del agua.

En este entorno, Yi-shan se dejaba arrastrar libremente por su carácter entusiasta más que nunca. Yo, por mi parte, me encontraba más despreocupado y desinhibido de lo habitual y cantaba a voz en grito montado sobre un búfalo, bailaba borracho en la playa y hacía, en fin, todo lo que la fantasía me inspiraba caprichosamente. Este viaje, marcado por la falta completa de limitaciones, fue por eso mismo el más placentero que yo haya vivido jamás. Concluidos nuestros asuntos, regresamos a casa durante el décimo mes.

Entre todos los paisajes del Cerro del Tigre de mi Suzhou, mi preferido es un lugar detrás de la montaña conocido como Un Millar de Nubes, y en segundo lugar el Estanque de la Espada.[208] Con excepción de éstos, la mayor parte del resto de los lugares son demasiado artificiales y se han malogrado por un exceso de decoración, que los ha despojado de su auténtica naturaleza de montañas y bosques. Incluso el Templo

del honorable Pai y el Puente de la Sombra de la Pagoda, recién reconstruidos, no tienen otro interés que el de perpetuar unos agradables nombres del pasado. El Yehfangpin, cuyo nombre escribí una vez con tres caracteres de sonidos similares por pura diversión, está todavía más abarrotado de un tipo de decoración que solamente lo hace parecer una mujer excesivamente maquillada.

El lugar más famoso de la misma ciudad de Suzhou, el Bosque del León,[209] un jardín supuestamente creado siguiendo el estilo de las pinturas de Yun-lin, aunque contiene espléndidas rocas talladas y muchos árboles antiguos, a mí no deja de parecerme, por su aspecto general, un montón de carbonilla tapizada de musgo, agujereada por hormigueros y totalmente desprovista de la rusticidad que les da su encanto al bosque y a la montaña. Por mi parte, y con mi corto entendimiento, no consigo ver en qué consiste su excelencia.

El cerro de Lingyen es el antiguo emplazamiento del palacio en el que el rey de Wu mantenía a su favorita Xi Shi.[210] Entre los lugares notables que ahí se pueden ver, destacan la Gruta de Xi Shi, la Galería de los Pasos Melodiosos y el Sendero en el que se Reúnen los Perfumes. El paisaje, sin embargo, es demasiado disperso, carece de continuidad y no soporta la comparación con las colinas de Tienping o de Chihhsing, que sí poseen belleza y encanto propios.

La colina de Tengwei, conocida también por su nombre de Tumba de Yuan, mira al oeste hacia el lago Tai y al este hacia el pico Chinfeng. Con sus acantilados rojizos y sus verdes torres compone un conjunto muy pintoresco. Los habitantes de la región se dedican al cultivo de los ciruelos, y en la época de floración todo se cubre, a lo largo de docenas de *li*, de un blanco luminoso que justifica el nombre de Océano de Nieve Perfumada que se le suele dar.

A la izquierda de la colina se encuentran cuatro cipreses que reciben respectivamente los nombres de «Puro», «Raro», «Antiguo» y «Curioso». «Puro» alza su tronco recto y desparrama sus verdes ramas como una ancha sombrilla. «Raro» repta por el suelo y se presenta doblado en tres codos que recuerdan bastante bien el carácter *chih*. «Antiguo», con su cabeza calva, es ancho y achatado, y su armazón medio agostado parece una mano abierta. «Curioso», por fin, crece en forma de espirales que abarcan por igual el tronco y las ramas. Según la tradición, estos árboles son anteriores a la dinastía Han.

Durante el primer mes del octavo año del reinado del emperador Jiaqing,[211] el honorable señor Hin Chun-hsiang, padre de Yi-shan, y su hermano menor Chieh-shih

fueron a cumplir los ritos de primavera en el templo de su clan, y a barrer las tumbas de sus antepasados, acompañados por cuatro de sus hijos y sobrinos, y también me invitaron a mí a sumarme al grupo. Visitamos la colina de Lingyen, que encontramos en el camino, después cruzamos por el Puente del Cerro del Tigre, pasamos por el río Feichia y desde allí llegamos al Océano de Nieve Perfumada, aprovechando que teníamos tiempo para ver los ciruelos en flor. En realidad, su templo familiar de la colina de Pushan estaba completamente cubierto y oculto por esta nieve. Los árboles estaban en su máximo esplendor y el perfume de las flores lo impregnaba todo, incluso nuestras toses y nuestros escupitajos. Pasado un tiempo, pinté para Chie-shih una serie de doce pinturas titulada «Cuadros de los paisajes y los bosques de la Colina de Pushan».

En el noveno mes del mismo año acompañé a su excelencia Shih Cho-tang hasta Chongqing, en Sichuan, donde iba a ocupar su puesto como magistrado. Al remontar el curso del Yangtsé nuestro barco se paró en Xuancheng.[212] Allí cerca, en las faldas del monte Huanshan, se encuentra la tumba del honorable Yu, un ministro leal del final de la dinastía Yuan.

Cerca de la tumba se halla una construcción de tres habitaciones llamada Pabellón del Panorama Majestuoso, que mira hacia el lago meridional y está adosada al monte Chienshan. Desde su promontorio, el pabellón domina amplias perspectivas y un horizonte lejano. Una larga galería prolonga uno de sus costados con anchos ventanales abiertos hacia el norte. Era la época del año en la que el follaje se volvía rojo con la escarcha y brillaba como lo hacen las hojas de los melocotoneros y los perales en la primavera.

Con nosotros viajaban Chiang Shou-peng y Tsai Tzu-chin. Al sur de las afueras de la ciudad visitamos el jardín de la familia Wang, que ocupaba una ancha lengua de tierra de este a oeste, pero estrecha de sur a norte, ya que limitaba con el lago y con la muralla de la ciudad respectivamente. Diseñar un terreno con semejantes limitaciones dista mucho de ser fácil; sin embargo, el problema fue resuelto de manera elegante gracias al uso de terrazas escalonadas y construcciones superpuestas.

Por terrazas escalonadas me refiero a que sobre el techo llano de varios edificios fueron instaladas rocallas y jardines de flores, de manera que el paseante tenía la ilusión de caminar sobre tierra firme, y estos jardines suspendidos se combinaban con otros

arreglos de rocas y árboles afianzados en plena tierra, creando así una alternancia de lleno y de vacío variable según el nivel en el que se colocaba el espectador.

Algunas construcciones presentaban una superposición de hasta cuatro pisos organizados irregularmente: el primer piso del edificio estaba coronado por un corredor y éste a su vez soportaba una terraza, mientras que pequeñas fuentes perfectamente estancas, diseminadas por doquier, completaban la ilusión del visitante, que no podía decidir si estaba en un piso alto o sobre tierra firme.

Los cimientos de estos edificios estaban todos hechos de piedra y ladrillos, y allá donde era necesario un apoyo más firme los pilares de sostenimiento estaban realizados al estilo occidental. El lugar se beneficiaba enormemente de la cercanía del lago, que permitía que la vista se extendiera con libertad, mejor que desde un terreno liso, sin que la detuviera obstáculo alguno. Verdaderamente, este jardín es una obra maestra del ingenio.

La Torre de la Grulla Amarilla está en Wuchang,[213] sobre el Promontorio del Ganso Amarillo, que se va elevando desde la orilla del río para convertirse en la Colina del Ganso Amarillo, vulgarmente conocida como Colina de la Serpiente. La torre, con su armazón de tres pisos adornados de colores brillantes, igual que los aleros de sus tejados, domina la ciudad desde su altura frente al río Han y se equilibra simétricamente con la Torre Chingchuan, que desde la otra orilla domina la ciudad de Hanyang.[214]

Un día de nieve, Cho-tang y yo nos atrevimos a desafiarla para subir a la torre. Al ver los copos bailar al capricho del viento en el cielo vacío, los cerros borrarse en su vestido de plata y los árboles erizarse de jade, uno podía creerse transportado a la morada de los Inmortales. En medio del río, las pequeñas lanchas que sacudía despiadadamente la borrasca parecían hojas muertas ahuyentadas por la tormenta. El espectáculo era de los que nos hacen sentir la vanidad de las ambiciones humanas, y había inspirado a los visitantes un sinnúmero de poemas que cubrían las paredes de la torre. No puedo recordarlos todos, pero sí la siguiente copla, que adornaba dos pilares enfrentados:

¿Cuándo regresará la Grulla Amarilla
y vaciaremos juntos entonces la copa de oro,
regando con nuestras libaciones
la rica pradera de diez mil años
en la isla?

Mas sólo se ven blancas nubes huyendo,

y ¿quién tocará la flauta de jade,
dirigiendo sus melodías
hacia las flores de ciruelo de la quinta luna
en la ciudad del río?

El acantilado rojo de Huangzhou está más allá de la Puerta del Río Han de la capital del distrito. Se yergue verticalmente, como una muralla, no lejos de la orilla del río, y su nombre deriva de su intenso color, que tira a carmesí. En el Libro Clásico de las Vías Fluviales[215] es llamado Montaña de la Nariz Roja. Su Dongpo compuso dos poemas en estilo *fu* cuando lo visitó y se confundió al presentarlo como el lugar de la batalla que enfrentó a los reinos de Wu y Wei.[216] Ahora hay tierras al pie del acantilado, pero en su cima aún pueden verse las ruinas del Pabellón de los Dos Poemas *Fu*.

Alcanzamos Jingzhou, en Hubei, durante el segundo mes del invierno. Fue en ese lugar donde Cho-tang recibió la noticia de su promoción al grado de inspector de circuito en Tungchuan y me pidió que me quedara con su familia. Perdí, por lo tanto, la oportunidad de visitar las montañas y los ríos de Sichuan, lo que me produjo una gran decepción.

Así pues, Cho-tang se fue solo, dejándome con su hijo Tun-fu y su familia y con Tsai Tzu-chin y Hsi Chi-tang. Estábamos hospedados en los pabellones del jardín de la familia Liu. Recuerdo que en el frontón del edificio principal había una placa con esta inscripción: «Cabaña de las Glicinas y los Árboles Rojizos». Todas las salas estaban rodeadas por balaustradas de piedra. Había un estanque cuadrado de un *mou* de superficie y, en su centro, un kiosco que un puente de piedra comunicaba con la orilla. Un dédalo de rocas y arbustos enmarcaba el kiosco. El resto del jardín estaba descuidado en su mayor parte y casi todos los edificios estaban en ruinas.

Como no teníamos nada que hacer, nos pasábamos el tiempo charlando, canturreando, silbando o paseando por los alrededores. Al acercarse el Año Nuevo, nuestros bolsillos estaban casi vacíos, pero el buen entendimiento no dejaba de reinar entre todos, pequeños y grandes, determinados a pasar alegremente este período de festejos. Empeñamos nuestra ropa para comprar vino y logramos incluso adquirir el conjunto de gongs y tambores necesarios para saludar decorosamente la llegada del nuevo año. No hubo ni una noche sin vino, ni vino sin juegos. Al final, llegamos a ser tan pobres que conseguir un cuartillo de licor matarratas constituía una gran fiesta.

Un día me encontré con un compatriota mío llamado Tsai y descubrimos, al charlar con él sobre sus antepasados, que pertenecía al clan de Tsai Tzu-chin pero que era de una generación anterior. Le pedimos que nos enseñara los lugares más notables de la región y nos llevó en primer lugar a la Torre de la Ensenada del Río, frente a la Academia de la Prefectura. Allí era adonde iba Chang Chiu-ling[217] para componer sus poemas cuando era administrador de la ciudad; allí también dejó Zhu Xi[218] los versos siguientes:

> Cuando los tiempos pasados quiero rememorar,
> a la Torre de la Ensenada del Río me dirijo a soñar.

La Torre de Hsiungchu, que domina la ciudad con sus imponentes proporciones, fue edificada por los Kao en la época de las Cinco Dinastías.[219] Controla una vista de varios centenares de *li* a la redonda. Alrededor de la ciudad y a lo largo del río se ven multitud de sauces llorones, y los vaivenes de las lanchas al ritmo de los remos completan el panorama con su toque pintoresco.

Las oficinas de la prefectura de Jingzhou fueron en su época el cuartel general del fiel y leal duque Kuan,[220] el famoso guerrero. Dentro del segundo patio se encuentra una pila rota de granito que había sido, según la creencia popular, el abrevadero de *Liebre roja*, el corcel legendario de Kuan Yu. Me habría gustado visitar la morada de Lo Han,[221] en la ribera del lago que se extiende al oeste de la ciudad, pero no pude hallarla. También busqué en balde, al norte de la ciudad, la antigua residencia de Song Yu, donde Yu Hsin se refugió una vez cuando huyó de Jiangling ante la rebelión de Hou Ching.[222] Se dice que el edificio fue ocupado más adelante por una taberna, pero no pudimos encontrarla de ninguna manera.

La víspera del Año Nuevo cayó una fuerte nevada y el frío se hizo riguroso. El mal tiempo nos dispensó de las visitas protocolarias y demás obligaciones de esas fechas, por lo que pudimos dedicarnos sin reservas al placer de tirar cohetes, hacer volar cometas y construir linternas de papel.

Pero al poco tiempo llegaron las brisas de la primavera, anunciando el despertar de las plantas, mientras tibios aguaceros ablandaban el suelo. Pronto se reunieron con nosotros las concubinas de Cho-tang y sus hijos pequeños, que llegaban de río arriba. Entonces, Tun-fu empaquetó otra vez sus pertenencias y nos pusimos de nuevo en marcha todos

juntos. Después de algunas etapas de navegación, desembarcamos en Fancheng y desde allí seguimos por tierra hacia el norte directamente hasta Tungchuan.

Recorrimos buena parte de la provincia de Henan y, desde el oeste del distrito de Wenhsiang, llegamos al Paso de Hanku. Este paso lo había cruzado Lao Zi, montado sobre un búfalo acuático negro, cuando se retiró del mundo, y allí se puede leer esta inscripción: «La neblina púrpura viene del este».[223] Apretado entre dos montañas, el camino apenas permite que pasen dos caballos a la vez.

A unos diez *li* más allá está Tungchuan. A la izquierda, llegando, uno tiene a sus espaldas una escarpadura de piedra, mientras que a la derecha se descubre desde lo alto el río Amarillo. El pasaje, estrechísimo, está comprimido entre el río y la montaña. En lo alto se ve el amontonamiento imponente de torres y murallas que defienden esta plaza estratégica, pero la fortaleza misma, sin embargo, no tiene demasiados habitantes y los vehículos no perturban siquiera su tranquilidad. El verso de Chang Li,[224] «El sol brilla sobre Tungchuan con todas sus puertas abiertas», se aplica bien a este desierto.

Allí no había otros funcionarios, además del inspector de circuito, que un ayudante de guarnición bajo su mando. El *yamen* del inspector estaba separado del muro norte de la ciudad sólo por un jardín que se alargaba al pie de la muralla sobre unos tres *mou* aproximadamente.

En cada extremo, al este y al oeste, se hallaban sendos estanques alimentados por un arroyo que penetraba desde el exterior por debajo del muro sudoeste y corría, luego, hacia el este hasta un punto ubicado a medio camino entre los dos. En este punto se separaba en tres ramales, uno dirigido al sur, hacia la cocina principal para las necesidades domésticas, otro que abastecía el estanque oriental, y el tercero que, corriendo primero al norte y luego hacia poniente, desembocaba en el estanque occidental por la boca de un dragón de piedra. Desde ahí el agua seguía hacia el noroeste, se vertía en una esclusa, desaparecía después hacia el norte en un canal excavado bajo la muralla de la ciudad e iba a perderse en el río Amarillo. Era un placer escuchar el continuo chorrear del agua susurrando noche y día mientras los árboles y matas de bambúes del jardín procuraban una sombra tan espesa que no se veía el cielo.

En medio del estanque del oeste, cubierto por miles de lotos, se alzaba un kiosco. En la orilla oriental había un estudio de tres habitaciones, orientado al sur, al que se entraba por un patio adornado con un emparrado. Éste cubría con su sombra una mesa de piedra alrededor de la cual nos juntábamos para jugar al *weiqi* [225] y para beber vino. Todo lo

demás estaba completamente sembrado de crisantemos. Al oeste del kiosco había también una construcción de tres habitaciones que miraba al este, adonde íbamos a sentarnos para escuchar el gorgoteo del arroyo. Al sur, una pequeña puerta lateral comunicaba con los apartamentos privados, mientras que unas ventanas al norte del edificio daban a otro estanque, más pequeño, al norte del cual se veía un pequeño santuario dedicado a la divinidad de las flores. El edificio principal era una construcción de tres pisos que alcanzaba el nivel de la muralla de la ciudad, a la que estaba adosada. Desde ahí, la vista se extendía por encima del muro sobre el río Amarillo y, más al norte, sobre una pantalla de montañas que ya pertenecían al territorio de Shanxi, un panorama verdaderamente grandioso.

Yo vivía en una casita en forma de barco en la parte sur del jardín. En el patio que señalaba su entrada había una elevación que soportaba un pequeño kiosco desde el cual la mirada abarcaba todo el jardín. Mi morada estaba protegida por verdes ramajes por todas partes, de modo que no se sufría el calor del verano. Cho-tang trazó esta inscripción encima de mi puerta, pensando en mí: «La Nave sin Amarras».[226] Ésa fue, en todos los largos años de mi vida ambulante como secretario, mi mejor vivienda. Alrededor de ese montículo estaban plantadas varias docenas de variedades de crisantemos; lamentablemente, no tuve la alegría de verlos florecer a causa de la nueva promoción de Cho-tang a las funciones de juez provincial en Shantso.

Mientras él iba a tomar posesión de su puesto, su familia dejó el *yamen* para alojarse en los locales de la Academia de Tungchuan y yo los seguí. Sin nada que hacer durante la ausencia de Cho-tang, Tzu-chin, Chih-tang y yo aprovechamos para dar frecuentes paseos.

Una vez fuimos a caballo hasta el templo de Huayin, pasando por la aldea de Huafeng, en la que el emperador Yao[227] había rezado tres veces para su pueblo. Los patios del templo cuentan con muchas sóforas que, según se dice, fueron plantadas durante la dinastía Qin, y con cipreses que datan de los Han, la mayor parte de ellos de tres a cuatro brazas de circunferencia. Algunas sóforas crecieron abrazadas a un ciprés y también hay cipreses que ciñen una sófora. Asimismo, se encuentran en el patio del santuario muchas estelas antiguas, y una en particular que exhibe los caracteres «Buena fortuna» y «Longevidad», trazados por Chen Hsi-yi.[228]

Al pie de la sierra de Huashan se encuentra el Monasterio del Manantial de Jade. En este recinto, Hsi-yi abandonó su forma terrenal para convertirse en un Inmortal taoísta.

Una estatua de arcilla, que lo representa acostado, descansa sobre un lecho de piedra en una gruta pequeña como un desván. El agua de la fuente que da nombre al monasterio tiene la limpidez del cristal, la arena es blanca y brotan muchas hierbas de un color rojo oscuro. El arroyo que se forma corre con alegría y toda la zona está plagada de altos bambúes. Cerca de la gruta, un pabellón cuadrado tiene estas palabras grabadas en su portón: «Pabellón de la Serenidad». Tres árboles antiguos lo cubren con su sombra. Tienen la corteza agrietada como carbón estallado y sus hojas se parecen, aunque más oscuras, a las de la sófora. No pude averiguar su nombre, pero la gente del lugar los llama sencillamente «árboles de la serenidad».

Ignoro a cuántos millares de metros de altura culminan las montañas Huashan,[229] pero lamento no haber podido coger algunas provisiones para hacer su ascensión.

En el camino de vuelta desde el templo de Huayin vi algunos caquis silvestres con frutos que parecían en plena madurez, a juzgar por su color dorado. Me acerqué y recogí unos cuantos para mi caballo y para mí mismo. El lugareño que me guiaba me gritó que me detuviera, pero no le hice caso y mordí uno de los frutos. Era tan amargo que lo escupí inmediatamente, e incluso tuve que bajarme del caballo e ir a enjuagarme la boca en un manantial antes de poder articular palabra alguna, lo que divirtió sobremanera a los que me acompañaban. Entonces todavía no sabía que la fruta del caqui silvestre debe hervirse antes de comerla para quitarle la amargura.

Al principio del décimo mes, Cho-tang nos mandó un mensajero encargado de llevarse a su familia para reunirla con él. Dejamos pues Tungchuan y nos fuimos de Henan hasta Shandong. El lago Daming ocupa toda la parte occidental de la ciudad de Jinan, que es la capital de la provincia. Allí se pueden ver algunos lugares notables, como por ejemplo el bellísimo Pabellón Lihsia, o el Pabellón del Agua Aromática. Nada más delicioso, durante los meses de verano, que ir en una lancha a la deriva sobre el lago a la sombra de los sauces, acompañado de una jarra de vino y respirando el perfume de los lotos. Un día de invierno que fui al lago, en cambio, no vi sino sauces desnudos, una neblina helada y una superficie de agua desierta.

La Fuente de Paotu es la más célebre de las setenta y dos que hay en Jinan. Tiene tres orificios de los cuales brota impetuosamente el agua, como si se tratara de un caldero hirviendo. Su particularidad es que no fluye hacia abajo, como el resto de las fuentes,

sino hacia arriba. Un edificio de varios pisos domina el manantial y encierra un altar dedicado a Lu zu, patrón de la medicina.[230] Ahí se detienen los paseantes para tomar un té preparado con agua de la fuente.

En el segundo mes del año siguiente obtuve un puesto en Laiyang, en el Shandong oriental. Permanecí allí hasta el otoño del décimo año del reinado del emperador Jiaqing,[231] cuando fui a Pekín para acompañar a Cho-tang, que había sido degradado y enviado a la Academia de Hanlin.[232] Ésta es la razón por la que perdí para siempre la oportunidad de ver el supuesto espejismo de la ciudad de Tengchou.[233]

Aquí termina el texto de Seis estampas de una vida a la deriva *tal como ha llegado hasta nosotros. No se sabe casi nada más de la vida de Shen Fu tras la conclusión de este capítulo.*

APÉNDICES

LAS ESTAMPAS PERDIDAS

QUINTA PARTE. Mis experiencias en Taiwán

Como ya hemos explicado, este capítulo y el siguiente fueron supuestamente redescubiertos a finales de la década de 1930, cuando se publicaron en una edición de la obra de la World Book Company de Shanghái que proclamaba ser la primera completa. Los primeros lectores competentes de esta versión, no obstante, rápidamente los calificaron de invenciones.

La primera pista se encontraba en los cuatro primeros caracteres de este capítulo, que fechaban este supuesto viaje que Shen Fu emprendió a las islas Ryukyu en el año 1800. Cualquiera que haya leído la obra, o repasado la cronología que ofrecemos, se dará cuenta de lo atareado que estuvo Shen Fu ese año y de que en ningún momento menciona un viaje tan largo. En realidad, el tema de este capítulo, y del siguiente, además de por los encabezamientos originales del libro, viene avalado por una alusión en un poema de Kuan Yingo (según Lin Yutang, en la introducción a su traducción al inglés de 1935).

Sea cierto o no que el autor se desplazó a esa zona en otra fecha (como parece probado), debió de tratarse de un viaje a las islas Ryukyu o, de forma más genérica, a la zona de influencia del archipiélago de Taiwán, ya que estas islas (en japonés Nansei, incluyendo Okinawa) son las más meridionales del Japón, llegan casi hasta Taiwán y fueron reclamadas y ocupadas por ambos países hasta que en 1879, actuando como árbitro a petición de las partes, el presidente estadounidense Ulysses S. Grant las entregó al Imperio nipón. Actualmente, en el año 2012, esa disputa se ha reabierto en parte a causa del descubrimiento de grandes recursos energéticos alrededor de las pequeñas islas deshabitadas que se encuentran más al sur y, por tanto, más cerca de Taiwán.

La mayor parte de este falso «capítulo», de hecho, está hábilmente copiado de una obra conocida como *Registros de una misión a las islas Ryukyu*, de Li Ting-yuan, un famoso erudito de su época, que fue enviado allí por el emperador Jiaqing para asistir a la ascensión al trono de las islas de un nuevo rey en el año 1800.

SEXTA PARTE. El camino de la vida

Este «capítulo» pretendía ser las reflexiones de Shen Fu sobre cómo debería uno comportarse ante las tragedias y los infortunios de la vida, posiblemente lo que se planteó hacer el autor, a juzgar por el título, pero no parece probable que lleguemos a saber cuáles eran sus auténticas ideas sobre el asunto, ni si llegó a ponerlas por escrito.

En este caso, el texto proviene de una mayor variedad de fuentes que el anterior, pero especialmente del llamado *Compendio de máximas para el buen comportamiento*, del Gran Secretario Chang Ying (1638-1708), una recopilación de reglas para la conducta personal. Seguramente su autor necesitó seguir sus propios consejos, ya que se dice que el emperador Kangxi raptó a una de sus nueras para tomarla como concubina.

CRONOLOGÍA

Cuando Shen Fu escribió las *Seis estampas*, apenas intentó organizar la historia de su propia vida cronológicamente, sino de forma más bien temática, con todos los saltos y repeticiones que pueden observarse. Esta ordenación está extraída de la información que ofrece la propia obra.

1763 Nace Shen Fu, diez meses después de la que será su esposa.

1775 Se encuentra por primera vez con Yun, y su madre concierta su matrimonio; los dos tenían trece años. Es el año del incidente de las gachas de arroz.

1778 Empieza sus viajes a Hangzhou para estudiar en esa ciudad. Durante esta época se presenta a algunos exámenes oficiales.

1780 Shen Fu y Yun se casan a los diecisiete años.

1781 Su padre enferma y Shen Fu es encaminado hacia la profesión de secretario privado del *yamen*. En el invierno de ese año conoce a su amigo Hung-kan, que morirá poco después.

1783 Acepta un cargo en Weiyang (Yangzhou), aparentemente su primer destino independiente.

1786 Yun da a luz a su hija, Ching-chun.

1788 Shen Fu abandona la vida administrativa oficial indignado por un incidente no especificado en Chihsi. Durante este año prueba suerte como comerciante, pero fracasa. Nace su hijo Feng-sen.

1790 Mientras Shen Fu trabaja con su padre en Hungchiang, Yun decepciona a la familia por manejar mal los arreglos para conseguir una concubina para su suegro.

1792 Son expulsados de la familia tras un malentendido que relacionaba a Yun con un préstamo que el hermano menor de Shen Fu no había devuelto. Se trasladan a la Villa de la Serenidad, donde viven durante un año y medio. Durante este período, Shen Fu emprende su disoluto viaje de negocios a Cantón.

1794 En el séptimo mes de este año, Shen Fu regresa desde Cantón. Poco después de su vuelta se aclara el asunto del préstamo y pueden volver a la casa familiar.

1795 Conocen a Han-yuan, la cortesana.

1800 Shen Fu realiza su visita al templo abandonado de Wuyin. Avanzado el año, él y Yun vuelven a ser expulsados de la residencia familiar, otra vez por culpa de una disputa sobre un préstamo y después de que la familia se haya enfadado por la continuada amistad de Yun con Han-yuan. Al final del año se trasladan para vivir con sus amigos, los Hua de Hsishan, y Yun ve a sus hijos, de doce y catorce años, por última vez.

1801 Un año de vivir de prestado, del cuñado de Shen Fu y de un amigo. La mayor parte del año, Shen Fu lo pasa en Yangzhou, trabajando en el Ministerio de la Sal, mientras que Yun permanece en Hsishan.

1802 La salud de Yun mejora y se traslada para reunirse con su marido en Yangzhou. Poco después, él pierde su empleo.

1803 Yun vuelve a enfermar y muere en Yangzhou, durante la primavera, a la edad de cuarenta años.

1804 Muere el padre de Shen Fu. Más tarde, Shen Fu visita los arenales de Yungtai con su amigo Hsia Yi-shan.

1805 Durante el primer mes de este año visita el Océano de Nieve Perfumada en el monte Pushan con Hsia Yi-shan. En septiembre se convierte en sirviente de su amigo de la infancia Shih Cho-tang y emprende un viaje con él para que éste tome posesión de su cargo en Sichuan.

1806 La comitiva pasa el invierno en Jingzhou, en la provincia de Hubei, y en el décimo mes se trasladan a la de Shandong. Shen Fu se entera por una carta de que su hijo Feng-sen ha muerto.

1807 Shen Fu se traslada a Pekín en el otoño, cuando su patrón Shih Cho-tang es asignado a la Academia Hanlin. Aunque el texto de las *Seis estampas* no contiene esta información, es prácticamente seguro que Shen Fu fue nombrado ese año secretario de una misión diplomática enviada a las islas Ryukyu por la corte de Pekín para representar el reconocimiento chino al nuevo rey de dichas islas.

1809 Durante este año, Shen Fu está escribiendo las *Seis estampas*, a la edad de cuarenta y seis años. Después de eso no se sabe nada más de su vida.

MAPAS

Mapa general de la China Oriental con los lugares que Shen Fu describe en sus viajes. Las líneas de puntos desde Wuhu hacia el sur representa su viaje a Cantón de 1793. En su viaje hacia el oeste fue a Jingzhou desde Wuchang para volver atrás después y dirigirse a Fancheng y finalmente a Tungchuan.

Lugares a los que viajó Shen Fu cerca de su hogar en Suzhou. La línea de puntos representa su trayecto desde Hangzhou hasta Chihsi. Cabe señalar, pese a su presencia en este mapa con carácter orientativo, que en esa época Shanghái apenas si existía, ya que su crecimiento se debió al colonialismo occidental de mediados del siglo XIX.

NOTAS

1. 1763. Qianlong, cuarto emperador de la dinastía manchú de los Qing (1736-1796).

2. Este pabellón de Suzhou, ciudad al oeste de Shanghái y al sur del río Yangtsé, diseñado originalmente en 1044 durante la dinastía Song, fue restaurado en 1954 y es en la actualidad un parque público.

3. Pseudónimo del gran poeta Su Shi (1037-1101).

4. Para resumir la práctica china de usar múltiples nombres, pensemos que, como en nuestro caso, existía un apellido familiar que era de carácter oficial, junto al nombre propio que daban los padres al niño. El nombre literario era una denominación que cualquier chino educado elegía (o recibía de sus maestros) y que expresaba habitualmente los atributos a los que aspiraba. En este caso, Shu-Chen viene a significar algo así como «preciosa virtud». Además, existía el que llamaremos «nombre de cortesía», una especie de sobrenombre formal usado entre familiares y amigos. De todos modos, cualquiera de estos dos últimos podía cambiarse a voluntad.

5. La *Balada del laúd*, *P'i-p'a Hsing*, un largo y famoso poema de la época de la dinastía Tang cuyo autor es Bai Juyi (772-846), prefecto de la ciudad de Suzhou. La *pipa* es una especie de laúd de cuatro cuerdas que en esa época se tocaba con un plectro.

6. Agosto de 1775.

7. El chino no tiene un término equivalente a «primo», y los primos hermanos se consideran hermanos, pero se usan términos distintos para referirse al mayor y al menor.

8. Alusión a Li Ho (790-816), un gran poeta de la dinastía Tang que falleció joven. Guardaba en un pequeño zurrón todo lo que escribía durante sus cabalgadas y lo terminaba al regresar. Los trabajos literarios de Yun contribuirían a su muerte prematura.

9. Febrero de 1780.

10. *Historia del ala oeste*, de Wang Shifu (1250-1307?), es la obra de teatro más famosa de la dinastía Yuan (fundada por los mongoles). Ambientada en la época de la dinastía Tang, esta historia de amor culmina con la capitulación dramática de una joven ante los deseos de un estudiante. Su lenguaje es burlón y a ratos erótico, por lo que esta lectura casual de Yun probablemente tiene un carácter provocativo.

11. Kuaiji, nombre que durante la dinastía Qing ostentaba Shaoxing, actual ciudad-prefectura de la provincia de Zhejiang, al este de Hangzhou.

12. Wulin, nombre arcaico, ya en la época de Shen Fu, de Hangzhou, capital de la provincia de Zhejiang.

13. De una antigua fábula china sobre un pescador, citada por Mencio, que recoge las palabras de aprobación pronunciadas por Confucio, que la había escuchado en el canto de un niño (*El libro de Mencio*, libro IV, Li Lou, 1, VIII). Su posible significado es que, aunque no pueda escaparse de la materialidad del mundo cotidiano, uno debería poder mantenerse impoluto en alguna parte de sí mismo.

14. Shen Fu está alardeando de su erudición. Su relación se divide en dos partes, los escritores clásicos y aquellos que defendieron después la tradición clásica frente a las incursiones de estilos más floridos. Ligeramente reordenados cronológicamente, éstos son los nombres que cita:

Los *Anales de los Reinos Combatientes*, de autor desconocido, es una de las primeras obras históricas chinas y comprende el período entre el 403 y el 221 a. C.

Zhuang zi es la obra del filósofo taoísta del mismo nombre (finales del siglo III a. C.), y constituye la interpretación canónica del clásico del taoísmo *Dao De Jing*.

Kuang Heng, primer ministro del noveno emperador Han (48-32 a. C.), es autor de las *Memorias históricas*.

Liu Hsiang (80-9 a. C.), otro alto funcionario Han, revisó los *Anales de los Reinos Combatientes* y escribió la original *Biografías de mujeres famosas*.

Shih Chien era el nombre literario del padre de la historiografía china, Sima Qian (145?-86 a. C.), autor de los monumentales *Registros históricos*.

Ban Gu (32-92), otro historiador, escribió la *Historia de los Han*.

Jia y Dong fueron Jia Yi (200-168 a. C.) y Dong Zhongsu (179-104 a. C.), oficiales ambos de la dinastía Han y unos de los primeros autores del estilo literario «clásico».

Lu Chih (754-805) fue un primer ministro de la dinastía Tang cuyos memoriales al emperador iniciaron una reacción contra una prosa forzada y demasiado rimbombante y un retorno hacia una sintaxis clásica más libre, precisamente el tipo de escritura tradicional que nos ha llegado mayormente.

Chang Li era el nombre literario de Han Yu (768-824), seguidor de Lu Chih y líder de la escuela «prosa a la antigua», que protagonizó el gran resurgimiento literario del estilo clásico de la época Tang.

Liu Zihou era el nombre de cortesía de Liu Zongyuan (773-819), compañero de Han Yu y quizás el mayor escritor de los Tang.

Lu Ling era un sobrenombre del estadista y erudito Ouyang Xiu (1007-1072), escritor e historiador que impulsó también la restauración del estilo clásico, ya durante la dinastía Song, después de un período de decadencia hacia el final de la época Tang.

Su Xun (1009-1066) y sus dos hijos, Su Zhe (1039-1112) y Su Shi (1036-1101), más conocido como el poeta Su Dongpo, fueron tres letrados que se convirtieron en aliados de Ouyang Xiu para la restauración del estilo clásico. Como alto funcionario que era, este último apadrinó e impulsó a los tres Su a altos cargos culturales y de gobierno, y juntos acabaron por consolidar el estilo clásico que dominaría la escritura china durante los siguientes 800 años.

15. Li Bai (conocido también como Li Po, 701-762) y Du Fu (o Tu Fu, 712-770), contemporáneos y amigos, son los dos poetas más importantes de la dinastía Tang y, por extensión, de toda la literatura china. Incluso los chinos que no han oído hablar de ningún otro poeta conocen a «Li-Du». Probablemente, Shen Fu es consciente de que ninguno de los dos superó los exámenes para convertirse en funcionario del Estado, ya que Li Bai nunca se presentó y Du Fu los suspendió, como es el caso del autor. Uno de los versos de Li Bai le proporcionó el título para este libro.

16. Gushe, montaña mítica del taoísmo que algunos libros de relatos fabulosos sitúan al norte del río Fen, en la actual provincia de Shanxi. Así aparece en el *Zhuang zi*, en su primer capítulo, donde se describe a unos seres espirituales que ni siquiera comen, sino que se alimentan del viento y del rocío.

17. Ver nota 5. Naturalmente, Bai Juyi fue su primer maestro sólo porque su poema fue el primero que ella leyó.

18. Un apellido, pero también «blanco» o «puro».

19. Al decir que le da miedo que en el futuro su escritura esté llena de caracteres *bai*, Yun está haciendo un juego de palabras dialectal para decir que teme escribir con demasiados caracteres *bieh*; es decir, con caracteres escritos incorrectamente, ya que *bieh* puede referirse también a un carácter equivocado.

20. *Fu*, un tipo de poema en prosa rimada métricamente irregular, arcaico, difícil y de estilo rebuscado.

21. Sima Xiangru, el más ilustre poeta de la época Han (179-117 a. C.). Las antiguas elegías de Chuci, también conocidas como *Canciones del Sur*, son una antología de poemas del período de los Reinos Combatientes (siglos IV y III a. C.) y constituyen la segunda recopilación más antigua de la lírica china.

22. Se trata de un caso famoso de amor romántico, condenado por los filósofos confucianos. Zhuo Wenjun, que había enviudado recientemente, se enamoró de Sima Xiangru y huyó con él una noche en que el poeta la cortejó con su cítara en casa de su padre.

23. Liang Hong, gran letrado de la dinastía de los Han orientales (finales del siglo I), vivió con su esposa Meng Kuang en una familia de la alta sociedad bajo un nombre supuesto y como criado. Tan impresionante era la cortesía entre los esposos que llegó a descubrirse que se trataba de un hombre culto y se lo trató como tal.

24. En la China tradicional era costumbre que los esposos no demostraran afecto mutuo en público, sino más bien cierta indiferencia recíproca. Según la ética confuciana, el comportamiento del autor y su esposa sería un tanto escandaloso.

25. La estrella que conocemos como Vega, de la constelación de la Lira. La leyenda mitológica china cuenta que el séptimo día del séptimo mes lunar es el único del año en que los amantes celestes, el boyero (Niu Lang, Altair) y la tejedora (Zhi Nu, Vega), que fueron desterrados a estrellas distintas por haber descuidado sus respectivos deberes, pueden encontrarse brevemente a través de un puente. Se trata del día de los enamorados tradicional chino, propicio para los amantes y para las mujeres jóvenes que buscan marido.

26. La «mano de Buda», cuyo nombre deriva de su forma, es una variedad de lima valorada por su delicado perfume. El extracto de lima era el perfume más común en la China imperial.

27. Es decir, Shen Fu, el caballero de una familia de posición enamorado de la empobrecida Yun.

28. El Festival de la Mitad del Otoño es de gran importancia, solamente superado por la fiesta del Año Nuevo Lunar, y la tradición es pasar la noche al claro de luna. En un país de monzones como China, el mes de septiembre es el más hermoso y agradable del año.

29. Este tipo de adopción, completamente distinta del sentido occidental del término, es una especie de apadrinamiento y de patrocinio sin efectos legales en que los interesados conservan el apellido de su familia, aunque tiene ciertas connotaciones religiosas características.

30. En una de las óperas de Chen Qin (finales de la dinastía Ming, siglo XVI) aparece una escena, conocida también como *Separación en la cárcel*, que presenta a un padre y a su hijo, sentenciados ambos a muerte, despidiéndose en prisión cuando van a llevar al padre al patíbulo.

31. *Tse Liang* («El asesinato del ministro Liang») es una escena de la ópera *La felicidad en la familia del pescador* (siglo XVII), en la cual el cruel ministro Liang Qi, de los Han orientales, es asesinado por la heroína, hija de un pobre pescador. *Hou So* («El vencimiento de la deuda») es una escena más bien cómica de una obra de autor desconocido que vivió hacia finales del siglo XVII y que escribió la continuación de otra famosa ópera, *En busca del padre*.

32. Así, el primo disponía de un sucesor masculino que garantizara un entierro y unos ritos funerarios adecuados. Shen Fu también habría heredado sus propiedades, exactamente igual que si se hubiera tratado de un hijo natural.

33. Juego de palabras. En chino, la viruela se conoce como «flores celestiales».

34. Una buena mujer que aparece en muchas óperas chinas. Aunque muy fea, se convirtió en emperatriz al casarse con el rey Hsun de la dinastía Qi del norte (550-577) porque ella lo reprendió por su mal gobierno. Wu-yen sigue siendo, en literatura, sinónimo de mujer fea.

35. Imitaciones de flores, hechas de perlas muy pequeñas, que se llevan como adorno en el pelo.

36. Yun rechaza sus perlas con una referencia a la cosmología tradicional. *Yin*, el principio femenino, y *yang*, el masculino, abarcan toda la naturaleza y deben mantenerse en equilibrio, sin eclipsarse el uno al otro. Yun sugiere que adornarse con perlas puede llevar a una saturación de *yin* en una mujer, una de cuyas muchas consecuencias se decía que era la propensión a ver fantasmas.

37. En la tercera parte veremos que el autor también era pintor y que durante un tiempo se ganó la vida con este oficio.

38. Las Cinco Montañas Sagradas, puntos emblemáticos de la cosmología china durante milenios, están distribuidas por toda China. El resto de los lugares que Yun menciona son trayectos relativamente cortos desde Suzhou. Hufu («El cerro del tigre») y Lingyen («El peñón sobrenatural») son dos famosas colinas cerca de Suzhou. El Lago del Oeste constituye el gran atractivo de Hangzhou, la ciudad donde había estudiado el autor. El monte Ping, también conocido como «La villa al nivel de las montañas», está cerca de Yangzhou, a poca distancia al norte del río Yangtsé. El autor describe largamente estos dos últimos lugares en la cuarta parte.

39. Para unir los corazones de las parejas.

40. Volverá a referirse a él con más detenimiento en la segunda y cuarta partes.

41. Versos de Li Chang-yin, de la dinastía Tang (813-858).

42. El carácter para «fragancia» en el nombre que el autor le da a su alcoba está combinado con el carácter para el nombre de Yun, que coincide en chino con el nombre de una planta odorífera, la ruda.

43. Medida variable de superficie que equivale a unos 600 metros cuadrados.

44. Hacia mediados del siglo XIV. Chang Shih-cheng fue un comerciante de sal que se rebeló contra los Yuan en 1353, cuando la dinastía ya estaba desmoronándose, y ocupó la ciudad de Suzhou, que hizo capital de su reino cuando se proclamó príncipe de Wu en 1363. Cuatro años más tarde fue capturado y ahorcado por las tropas de Zhu Yuanzhang, el primer emperador de la dinastía Ming.

45. Hasta una época reciente, en China apenas se conocían otros zapatos que los de paño. Todas las amas de casa sabían confeccionarlos.

46. Es decir, relatos budistas sobre cómo las acciones buenas o malas de vidas anteriores producen sus efectos en la vida presente.

47. En las costumbres chinas, los pequeños cangrejos de agua dulce que se comen en el mes de octubre están estrechamente asociados a la temporada de los crisantemos. Son ocasión de veladas alegres y ruidosas en las cuales el sonido de los pequeños mazos que se usan para romperles las pinzas se añade al ruido de las conversaciones.

48. Aproximadamente unos 500 metros. El *li* es una unidad de longitud ligeramente superior al kilómetro.

49. Templo dedicado al Rey de los Dragones del lago Tungting, una deidad muy popular en el centro de China, encargada del riego de las cosechas.

50. Zapatos de tela con punteras cuadradas y suelas gruesas.

51. Naturalmente, para demostrar que tenía los pies vendados. Los «zapatos mariposa» eran para disimularlo.

52. El pescador transporta en su barca cormoranes adiestrados, que llevan una anilla alrededor del cuello para impedir que se traguen el pescado.

53. Puesto que era analfabeta.

54. 1794.

55. «Fresco Perfume.»

56. Un conjunto de templos y pagodas al noroeste de Suzhou. Debe su nombre a un tigre que se cuenta que apareció allí para vigilar la tumba de un antiguo rey.

57. Eufemismo para referirse a visitar a ciertas cortesanas.

58. «Cándido Jardín.»

59. «Jardín de las Letras.»

60. *Lien Hsiang Pan*, una obra teatral de Li Yu (1611-1679?), famoso dramaturgo y novelista erótico cuyo nombre literario fue Li-weng. La confirmación de Yun de que tiene esta obra en mente nos ofrece la pista principal sobre cuál podría haber sido su relación real con Han-yuan: la obra cuenta la historia de una joven casada que se enamora de una poetisa y, para poder estar con ella, consigue que acabe siendo la concubina de su marido. Parece que en la época imperial las relaciones entre mujeres estaban mucho más toleradas que entre hombres. Probablemente porque no se consideraba que eso implicara necesariamente una falta de afecto entre esas mujeres y sus esposos.

61. La saliva de pato tenía fama de curar las mordeduras de insectos.

62. Importante ciudad de la provincia de Jiangsu ubicada en la orilla norte del río Yangtsé y comunicada con Suzhou por el Gran Canal.

63. El paisaje en miniatura, a modo de sustituto de la vida del anacoreta, es una tradición de inspiración taoísta que se remontaría al gran poeta Tao Yuanming (365-427).

64. Un condado de la provincia de Anhui, a más de 400 kilómetros de Suzhou, donde se encuentra una especie de guijarros muy duros, pulidos y negros.

65. Los conceptos de lleno y vacío poseen en China una gran densidad de implicaciones filosóficas. En este caso, «hacer visible lo lleno en lo vacío y lo vacío en lo lleno» vendría a ser dar densidad a los espacios vacíos, materializando lo irreal, y esponjar espacios densos, desmaterializando lo real.

66. Una casa tradicional china no está construida a partir de habitaciones con sólidos muros, como en el caso de las casas occidentales, sino que generalmente se forma a partir de estructuras robustas de madera entramada acopladas unas a otras de las que cuelgan paneles más ligeros y, por lo tanto, más fáciles de desplazar y reordenar.

67. Tradicionalmente, la parte de la provincia de Anhui al sur del río Yangtsé.

68. Ciudad cercana a Suzhou, al sur de la provincia de Jiangsu, famosa por su producción de alfarería, especialmente de gres rojo.

69. Nombre artístico de Ni Zan (1301-1374), un excéntrico pintor paisajista del área de Suzhou, considerado uno de los cuatro maestros más importantes de la dinastía Yuan y una de las grandes influencias de la pintura de la época Ming.

70. Existe una leyenda relacionada con los islotes rocosos que se encuentran a la altura de Penglai (provincia de Shandong), en la zona norte del mar Amarillo o mar de Bohai, aunque otras versiones lo convierten en un monte mitológico e, incluso, en una isla-montaña mágica que se aparecía en el mar como un espejismo. En cualquier caso, se consideraba morada de los ocho Inmortales, cuando no directamente el paraíso.

71. Madera aromática importada de Camboya.

72. Como hemos visto anteriormente, la «mano de Buda» es el fruto de una planta cítrica tropical que aparenta tener dedos o, incluso, que recuerda a dos manos palma contra palma en el gesto característico de la oración. Son aromáticos y se usan para perfumar dulces o té, en cuyo caso se consideran una cura para el dolor de garganta.

73. Fruto cítrico medicinal no comestible del centro de China.

74. Colina ubicada al oeste de Wuxi, populosa ciudad de la provincia de Jiangsu, a poca distancia al noroeste de Suzhou. Ver la tercera parte.

75. El arcaico estilo cuadrado de los caracteres *li* fue el oficial durante la dinastía Han, 1.500 años antes de la redacción de esta obra. Hoy se usa todavía en algunos casos para confeccionar sellos personales, que en China adquieren muchas veces el valor de una firma.

76. Las horquillas para el pelo tradicionales de las mujeres chinas eran largas y valiosas, hechas con materiales preciosos. Venderlas constituía el último recurso.

77. Se trata de una referencia a diversas muertes, entre ellas indudablemente la de Yun.

78. Lo que sigue es un modelo aproximado de los exámenes imperiales, excepto, por supuesto, por los arreglos financieros.

79. Era uno de los juegos literarios más apreciados de la antigua China. A partir del verso inicial, de cinco o siete caracteres, los concursantes debían formar un dístico añadiéndole otro que fuera perfectamente simétrico, tanto por las funciones gramaticales y los tonos de las palabras como por sus significados. Estas estrofas paralelas de la poesía china regular permiten una doble lectura, horizontal y vertical a la vez, gracias a la disposición de los caracteres y a la extrema flexibilidad de su sintaxis.

80. Descontando al presidente y al secretario, sólo quedan seis candidatos en el grupo, lo cual da un total de doce propuestas. Parece que Shen Fu no cuidaba demasiado este tipo de detalles.

81. Un cortés eufemismo chino para una propina.

82. Durante la dinastía Qing, los hijos, nietos y otros familiares cercanos de oficiales y mandarines que participaban en los exámenes imperiales gozaban también de trato preferente.

83. El vino chino de arroz es mucho más apreciado cuando se bebe tibio.

84. «Tercera dama» es un título de respeto, el que Yun debería haber ostentado normalmente, como mujer joven casada en una gran casa familiar, mientras que «tercera esposa», pese a no ser descortés, podría implicar que el autor se hubiera casado dos veces anteriormente. Al no ser así, el uso de esta fórmula representaba un insulto malicioso. También podría entenderse como «(tercera) señora», el término propio para la dueña de una casa independiente, cosa que Yun tampoco era.

85. 1785.

86. Pequeña ciudad situada en la actual provincia de Zhejiang, al sur de Suzhou y al fondo de la bahía de Hangzhou.

87. 1790.

88. Antiguo nombre de Yangzhou.

89. El padre de Shen Fu se refiere, con cierta delicadeza, a adquirir una concubina.

90. 1792.

91. La actual Yicheng, en la provincia de Jiangsu, al norte del Yangtsé y no lejos de Yangzhou.

92. «Pequeño tío» es la forma que Yun debería utilizar para referirse a Chi-tang, ya que se trata de un hermano más joven que su esposo.

93. De formas diferentes, Yun se refiere inadecuadamente a los padres de su esposo. En el caso de su suegra, aunque el término que usa parezca respetuoso, es culpable por no haberse referido a ella como a su propia

madre.

94. Aunque pueda no parecerlo, no ordenar el divorcio de la pareja es realmente una concesión por su parte.

95. Probablemente Shen Fu quiere decir mil taeles, una moneda china de oro que pesaba una onza y que los comerciantes españoles conocieron, ya que se usaba también a menudo en Filipinas.

96. Verso de un famoso poema que relata el secuestro de una bella mujer, esposa del poeta Han Hong, por parte del caudillo bárbaro Sha-shih-li durante la dinastía Tang (siglo VIII).

97. Evitándoles así a sus padres la humillación de visitar personalmente la casa de empeños.

98. Un libro del canon budista, el Hrdaya Sutra, también conocido como el Prajnaparamita Sutra, central en las creencias de la escuela del budismo mahayana.

99. Este «occidental» es uno de los grandes enigmas del texto de Shen Fu. Los caracteres que emplea son los habituales para designar a un europeo, a una persona que no es asiática, pero un prestamista «europeo» en Suzhou en el año 1800 supera toda probabilidad. Podríamos suponer, quizá, que el autor se está refiriendo en este caso a un tibetano, a un mongol o a una persona de cualquier otra etnia de las que se encuentran al oeste de la China propiamente dicha.

100. Es decir, a una antigua familia de letrados y eruditos, con toda la jerarquía que eso comporta.

101. No era una amenaza histriónica o exagerada. El padre de familia, o en su defecto el consejo de familia, disponía del derecho sobre la vida de los hijos. Así, el padre de Shen Fu le ordena abandonar la casa si no quiere que la ley lo persiga por impiedad filial, un cargo que le acarrearía la muerte.

102. Así, Wang Chin-chen la cuidaría y educaría y tendría derecho a casarla con su hijo cuando tuviera edad suficiente. En las familias pobres era corriente confiar a una niña al hogar de sus futuros suegros.

103. 1800.

104. Ciudad a pocos kilómetros al noroeste de Suzhou.

105. Alusión a un relato antiguo del gran poeta T'ao Yuanming (365-427) sobre un pescador que en su paseo por un huerto de melocotoneros descubre una especie de reino de utopía, en forma de valle misterioso aislado del mundo. A su llegada es interrogado por todos sus habitantes sobre las condiciones del mundo exterior, así como Yun es asaltada por todas las campesinas.

106. También conocida como Festival de la Primera Luna, se celebra el día quince del primer mes y coincide con la primera luna llena del año.

107. 1801.

108. En la orilla sur del río Yangtsé, en la desembocadura de uno de los muchos afluentes que riegan esa región y por uno de los cuales llegó el autor.

de algún apuro.

110. El manuscrito no dice nada del día dieciocho. ¿Hoja perdida? ¿Error de copista? Del contexto se deduce que aquel día se produjo una fuerte nevada y que el autor se refugió en una posada en Chiangyin.

111. No era inusual que una ciudad tuviera dos *yamen*, que es como se llamaban estas oficinas gubernamentales, si coincidía en ella la capitalidad de dos unidades administrativas de distintos niveles o funciones.

112. Probablemente dos monedas de plata mexicanas, ya que la China imperial empezó a importar plata desde América a partir del establecimiento de los españoles en Filipinas en el siglo XVI y, más tarde, incluso se llegaron a usar diferentes monedas americanas del mismo metal, especialmente los pesos mexicanos.

113. 1802.

114. Un *li* equivale a algo más de un kilómetro, por lo que la distancia de Yangzhou a Chingchiang es de aproximadamente cien kilómetros.

115. Un medio de transporte nada infrecuente, especialmente en el campo, usado hasta hace muy poco sobre todo en el centro y sur de China. Se trataba de carretillas grandes, con un asiento, que alguien empujaba.

116. Haciéndolos responsables de la pérdida de su hijo.

117. Dos versos muy conocidos del gran poeta Yuan Tchen (779- 831), de la época de la dinastía Tang. El monte Wu, en la provincia de Sichuan, encierra uno de los tres famosos desfiladeros del Yangtsé. Según la leyenda, el monte Wu está habitado por una divinidad de la belleza rodeada de nubes, y referirse a las nubes del monte Wu es evocar el amor.

118. 1803.

119. Poeta de la dinastía Song (967-1028) que vivió retirado en el monte, cerca del Lago del Oeste de Hangzhou, y que, además de ser conocido también como pintor, no deseaba que su obra lo sobreviviera. Su tumba fue después un lugar de peregrinación para los letrados. En su soledad, la flor de ciruelo le hacía las veces de esposa, y las grullas que criaba, de hijos.

120. La lápida de madera de una persona fallecida que se coloca en el altar familiar de los antepasados.

121. Tenía lugar en el noveno día del noveno mes. Ese día, todo el mundo se dirigía a un lugar elevado con el objetivo de adquirir longevidad y conjurar la mala suerte.

122. Uno de los primeros nombres de Yangzhou, utilizado durante la segunda dinastía Sui (581-617) a raíz de la finalización del Gran Canal y cuando la ciudad era la capital del sur de China. Actualmente, es el nombre de uno de sus distritos.

123. Era costumbre liquidar todas las deudas pendientes antes de empezar el nuevo año.

124. Un Inmortal de la mitología taoísta que se creía que tenía el poder de provocar la lluvia. Shen Fu está diciendo que planea retirarse a las montañas y convertirse en un ermitaño.

125. Uno de los héroes del período de las guerras de los Tres Reinos (222-280), más adelante inmortalizado en una famosa novela y venerado como un dios. Patrono de los soldados, hasta la época contemporánea tenía un

124. Un Inmortal de la mitología taoísta que se creía que tenía el poder de provocar la lluvia. Shen Fu está diciendo que planea retirarse a las montañas y convertirse en un ermitaño.

125. Uno de los héroes del período de las guerras de los Tres Reinos (222-280), más adelante inmortalizado en una famosa novela y venerado como un dios. Patrono de los soldados, hasta la época contemporánea tenía un templo dedicado a él en muchos pueblos y ciudades.

126. La mayor de las islas de la desembocadura del Yangtsé.

127. También en la desembocadura del Yangtsé.

128. El Año Nuevo chino marca el inicio de la primavera.

129. 1805.

130. 1790.

131. La sociedad secreta del Loto Blanco, de origen inicialmente budista, era una de las organizaciones secretas de resistencia a la dinastía manchú de los Qing. Su levantamiento (1794-1804), durante el reinado del emperador Qianlong, abarcó las provincias de Hubei, Sichuan y Shaanxi. Así como su existencia puede remontarse hasta la dinastía Yuan, hay quien sostiene que sus rescoldos volverían a avivarse, a finales del siglo XIX, en la rebelión de los bóxers.

132. Probablemente una hija adoptiva de la madre de Shen Fu.

133. Hoy llamada Zhenjiang, populosa ciudad en la ribera sur del Yangtsé, frente a la desembocadura del Gran Canal y a poca distancia de Yangzhou.

134. Aún otro nombre para Yangzhou.

135. Aunque a primera vista pueda parecer un acto irreverente por parte de su amigo, el motivo real, y moral, de Cho-tang es proporcionarle a Shen Fu, que no puede costeársela por sí mismo, una oportunidad de asegurarse un hijo varón que lo suceda después de la muerte de Feng-sen.

136. Lo cual quiere decir toda China, lo que refleja bien la mentalidad de un pueblo que llamaba a su país «El Reino del Centro» y que más allá de sus fronteras sólo concebía tribus con una civilización inferior a la suya.

137. Otro nombre de Shaoxing, en la provincia de Zhejiang. En la primera parte, el autor llama Kuaiji a esta ciudad.

138. Alusión a un verso del *Libro de las canciones* o *Libro de las odas*, un clásico de la poesía china: «El pez salta en el fondo del agua».

139. Petardos.

140. Situado cerca de Shaoxing, era para los letrados chinos un lugar de peregrinación. Se hizo célebre sobre todo gracias a Wang Xizhi (303- 361), poeta de la dinastía Jin y el calígrafo más famoso de la historia de China.

141. Supuesta tumba del legendario emperador Yu, fundador de la dinastía Xia, la primera de las registradas históricamente, que se supone que gobernó China durante cinco o seis siglos hasta el 1600 a. C.

143. Famosa cortesana de la dinastía Qi del Sur (477-502), que gobernó una buena parte de lo que hoy es el sur de China durante el interregno de las breves dinastías Meridionales y Septentrionales antes del establecimiento completo de la dinastía Sui. Su fama se debió a su belleza proverbial y a su talento como poetisa, hasta el punto de que su reputación fascinó a poetas muy posteriores, como Bai Juyi, de la dinastía Tang, o Su Dongpo, de la Song.

144. 1780. Éste fue el quinto viaje de inspección al sur del río Yangtsé de este emperador, que se detuvo en esta ocasión en Hangzhou y Haining, justo dos años después de la visita de Shen Fu.

145. Festividad móvil de mediados de primavera que suele celebrarse durante el cuarto mes del calendario lunar chino, el día consagrado a visitar las tumbas de los antepasados en el campo y a ocuparse de su mantenimiento.

146. 1781.

147. Ciudad que ha quedado integrada en la zona sur de la actual Shanghái.

148. Que el autor llame a su compañero «hermano mayor» era una forma elemental de cortesía, mientras que «hermano menor» expresa un afecto desprovisto de ceremonial.

149. Al este de Suzhou. Alberga un templo fundado durante la dinastía Liang (502-557). Conocido en chino como Han Shan, literalmente Monte Frío, fue más tarde el refugio de uno o más poetas entre los siglos VI y IX que acabarían siendo denominados con el nombre de la montaña. De su existencia sólo se sabe lo que dicen sus versos, una recopilación de unos 300 poemas muy conocidos tanto en Oriente como en Occidente y que influyeron en gran medida, entre otros, en los poetas norteamericanos de la generación *beat*.

150. Literalmente, «viento y agua», el concepto chino de la idoneidad geomántica, dependiendo de si el lugar escogido está destinado a ser una residencia, una tumba o cualquier otra cosa. Se basa en el estudio de las influencias cósmicas a las cuales está sometido ese lugar. Antes de construir se consulta al geomántico, quien determina con el astrolabio y el compás astronómico el punto y la orientación más favorables.

151. Su nombre significa «orquídea», y el comentario de Shen Fu es una alusión socarrona a su figura más bien rubensiana.

152. Favorita del emperador Xuangsong (712-756) de la dinastía Tang, esta concubina adquirió una influencia desmesurada sobre los asuntos de Estado. Cuando la corte tuvo que huir de la capital, amenazada por la rebelión de An Lushan, y el ejército se amotinó contra la incuria del emperador, éste fue obligado a decretar su muerte en Mawei. Fue inmortalizada por el gran poeta Bai Juyi en la extensa balada *Canción del sufrimiento perpetuo*, compuesta medio siglo después del acontecimiento. De las cuatro bellezas legendarias de la antigua China, representa el modelo de la mujer con cierto sobrepeso.

153. 1783.

154. Chinshan (Monte de Oro) y Chiaoshan (Monte Quemado) son dos islotes del Yangtsé, situados respectivamente más arriba y más abajo de Zhenjiang, que estaban enteramente cubiertos por un templo budista el primero y por un templo taoísta el segundo. El islote de Chinshan es pequeño y está coronado por una pagoda, y por esta razón es mejor observarlo de lejos, ya que desde que se desvió el curso del río se encuentra unido a la orilla sur.

154. Chinshan (Monte de Oro) y Chiaoshan (Monte Quemado) son dos islotes del Yangtsé, situados respectivamente más arriba y más abajo de Zhenjiang, que estaban enteramente cubiertos por un templo budista el primero y por un templo taoísta el segundo. El islote de Chinshan es pequeño y está coronado por una pagoda, y por esta razón es mejor observarlo de lejos, ya que desde que se desvió el curso del río se encuentra unido a la orilla sur.

155. Lo que sigue es un repaso de las bellezas de Yangzhou, una ciudad célebre por sus paisajes y monumentos. Desde el 590 se convirtió prácticamente en una segunda capital del país, edificada por el segundo emperador de la breve pero poderosa dinastía Sui, Yangdi. Yu-yang (1634-1711) fue un poeta y funcionario de la dinastía Qing cuyo libro de poemas más popular fue impreso en Yangzhou hacia el 1700.

156. La notable prosperidad de Yangzhou se debía principalmente a la explotación de las salinas de la costa.

157. Los cinco kioscos forman un cuadrilátero en medio del puente, cuatro de ellos rodeando el kiosco central, disposición que se asemeja a la de los platos en una comida china. Las ocho aberturas que menciona el texto de manera un tanto ambigua son los espacios formados entre los pilares que soportan este conjunto macizo. El cuadrilátero central se alcanza desde los dos extremos del puente por una serie de gradas.

158. El *ch'ing*, un instrumento musical muy antiguo hecho con una piedra tallada en cuadrante y colgada por su punta.

159. Respecto al Taihu, véase la primera parte.

160. Letrado, poeta y calígrafo de la dinastía Song que vivió entre 1007 y 1072 y que llegó a ser un importante estadista. Vivió en este lugar y, de hecho, después de la época de Shen Fu, se erigió allí un templo en su honor.

161. El emperador Qianlong, en la visita antes mencionada de 1780.

162. 1784.

163. Ciudad cercana a Haining por el camino de Suzhou. Sobre Haining, véase el comienzo de la tercera parte.

164. Algo menos de siete hectáreas.

165. Para ser más precisos, la desembocadura del río Qiantang en la bahía de Hangzhou.

166. Las mareas de la desembocadura del río Qiantang, que atraviesa antes Haining y Hangzhou, se cuentan entre las más espectaculares del mundo. La mayor ola registrada allí alcanzó una altura de casi ocho metros y una velocidad de más de nueve metros por segundo. Cuenta la leyenda que en una ocasión una de estas mareas arrastró un buey de hierro, de una tonelada y media de peso, que un emperador había ordenado colocar junto al río para observar el fenómeno. Estas mareas acostumbran ser más potentes coincidiendo con la festividad tradicional de mitad de otoño (el quince del octavo mes lunar).

167. Al sudeste de la provincia de Anhui.

168. Personaje de la dinastía Han que fue condiscípulo y amigo de la niñez del que llegaría a ser el emperador Wudi (141-87 a. C.). A raíz de una intriga palaciega, relacionada con la aparición de una estrella nova en la constelación conocida como «El Trono del Divino Rey», según el relato tradicional, Yen Tzu-ling fue

170. Sierra que alcanza los 1.400 metros de altura, situada al norte de la provincia de Anhui. Sus precipicios, y sus picos escarpados rodeados de niebla, moldearon el estilo de los pintores paisajistas chinos más que cualquier otro paisaje.

171. Jefe de la gran rebelión campesina conocida como Rebelión de los Turbantes Amarillos (184), contra el emperador Ling del final de la dinastía Han.

172. Pseudónimo del pintor Wang Meng (1301-1385), uno de los «Cuatro Grandes Maestros» del arte de la época Yuan tardía. Muy cercano a los artistas de Suzhou, Wang tomó su nombre artístico de la Colina de la Grulla Amarilla cercana a Hangzhou, donde residió después de adquirir su fama.

173. Empanadas de harina de trigo cocidas al vapor.

174. Véanse notas 38 y 56, en la primera parte, en que el autor visita este lugar.

175. Es decir, que alcancen la extinción de los deseos terrenales.

176. Jefe de una rebelión que estalló en el sur de Taiwán en 1787 como un intento de destronar a la dinastía manchú de los Qing y de restaurar a los Ming. Lo apresaron al año siguiente y lo ejecutaron en Pekín.

177. Nombre genérico de la parte de la provincia de Jiangsu situada al norte del río Yangtsé. Yangzhou era uno de sus distritos más importantes.

178. Se refiere a la región conocida como Lingnan, al sur de cuatro cordilleras, en la provincia de Cantón.

179. Décimo mes del calendario chino, llamado así porque ocasionalmente registra un período cálido.

180. Puerto fluvial al sudeste de la provincia de Anhui.

181. Una de las formulaciones del buen gobierno de Mencio, filósofo confuciano que vivió del 370 al 289 a. C.

182. Cerca de Anqing, al sur de la provincia de Anhui.

183. En Nanchang, capital de la provincia de Jiangsi. A estas alturas, el autor ha abandonado ya el Yangtsé para remontar la corriente de uno de sus grandes afluentes, el río Gan.

184. Desde el Yangtsé es una navegación de varios centenares de kilómetros hacia el sur por el río Gan y sus afluentes. Nanan es la actual ciudad de Nankang, en el sur de Jiangsi.

185. Los fideos largos, símbolo de longevidad, son de rigor en cualquier celebración de cumpleaños tradicional.

186. Este puerto es la línea divisoria de aguas entre norte y sur, y por otra parte la frontera entre las provincias de Jiangsi y de Cantón.

187. Como las sentencias del chino clásico encierran generalmente uno o varios sentidos alegóricos además del literal, la primera frase podría traducirse también como: «Los más valientes retroceden ante la violencia de la corriente», teniendo asimismo en cuenta el carácter paralelístico de las dos inscripciones simétricas.

188. El general Mei Chuan fue uno de los primeros colonizadores de la región de Cantón en la época en que los Han buscaban afianzar su autoridad sobre las poblaciones aborígenes del sur de China, poco antes del comienzo de la era cristiana. El carácter *mei* es no sólo un apellido sino también el nombre del ciruelo de

corriente», teniendo asimismo en cuenta el carácter paralelístico de las dos inscripciones simétricas.

abandonó el lugar de los Inmortales, el pescador ya no pudo volver a encontrarlo.

204. Un antiguo nombre de Shanghái, que antes de abrirse a los extranjeros en el siglo XIX era una ciudad de poca importancia situada a unos 80 kilómetros al este de Suzhou.

205. Probablemente para emplearlos como pigmento para sus pinturas, un uso habitual en la época.

206. 1804.

207. A partir de la descripción del autor, no es posible decir exactamente de qué lugar se trata, más allá de deducir que debe de ser algún lugar cerca de la desembocadura del Yangtsé, probablemente una de las islas de la zona.

208. Según la tradición, el lugar donde fue enterrado el rey Helu, del estado de Wu, junto con 3.000 espadas en el 496 a. C. A Helu se le atribuye el uso del hierro para hacer espadas por primera vez y la fundación de la ciudad de Suzhou.

209. Un jardín que fue diseñado originalmente en 1350 como parte de un templo.

210. El rey Fuchai (495-473 a. C.), del estado de Wu, construyó este palacio para su amada Xi Shi, del estado de Yue, quien personifica en China la belleza femenina. La leyenda cuenta que al rey se la presentó un enemigo que perseguía su ruina y que la estratagema funcionó, ya que el rey Goujian de Yue invadió y destruyó el reino de Wu. El rey Fuchai se suicidó en el 473 a. C.

211. 1805.

212. Al sur de la provincia de Anhui.

213. Una de las tres ciudades que confluyeron dando lugar a Wuhan, la capital de la provincia de Hubei.

214. La Torre de la Grulla Amarilla recibió su nombre de una tradición según la cual un Inmortal, cabalgando una grulla amarilla (montura habitual de los Inmortales), vino a sobrevolarla. Esta construcción muy antigua siempre inspiró a los poetas, como al gran Li Bai (701-762) y a muchos de sus contemporáneos. Hanyang es otra de las ciudades que se han convertido en Wuhan.

215. Obra geográfica realizada en la época Han (206 a. C.-220 d. C.) que describe los ríos de China. La versión que debió de haber leído Shen Fu, la misma que existe actualmente, se cree que se remonta al período de los Tres Reinos (220-280).

216. Dos de los poemas más famosos de la lengua china. Su Dongpo (1036-1101), poeta de la dinastía Sun, al escribir sobre el período de los Tres Reinos de unos 800 años antes confundió los acantilados de Huangzhou (hoy parte de la moderna ciudad de Huanggang) con el verdadero lugar de la batalla, a unos 140 kilómetros de distancia. Un error famoso no tan inexplicable, ya que en chino los dos nombres suenan prácticamente igual.

217. Alto funcionario, ministro y escritor del emperador Xuanzong (712-756) de la dinastía Tang.

218. (1130-1200) Famoso filósofo y gran poeta, principal representante del neoconfucianismo. Vivió entre los años 1130 y 1200 durante la dinastía Sung meridional.

203. Wuling era el distrito del que salió el pescador del cuento de T'ao Yuanming (365-427), que encontró la Fuente de las Flores del Melocotonero por casualidad, ya citado por el autor en la tercera parte. Cuando abandonó el lugar de los Inmortales, el pescador ya no pudo volver a encontrarlo.

204. Un antiguo nombre de Shanghái, que antes de abrirse a los extranjeros en el siglo XIX era una ciudad de poca importancia situada a unos 80 kilómetros al este de Suzhou.

205. Probablemente para emplearlos como pigmento para sus pinturas, un uso habitual en la época.

206. 1804.

207. A partir de la descripción del autor, no es posible decir exactamente de qué lugar se trata, más allá de deducir que debe de ser algún lugar cerca de la desembocadura del Yangtsé, probablemente una de las islas de la zona.

208. Según la tradición, el lugar donde fue enterrado el rey Helu, del estado de Wu, junto con 3.000 espadas en el 496 a. C. A Helu se le atribuye el uso del hierro para hacer espadas por primera vez y la fundación de la ciudad de Suzhou.

209. Un jardín que fue diseñado originalmente en 1350 como parte de un templo.

210. El rey Fuchai (495-473 a. C.), del estado de Wu, construyó este palacio para su amada Xi Shi, del estado de Yue, quien personifica en China la belleza femenina. La leyenda cuenta que al rey se la presentó un enemigo que perseguía su ruina y que la estratagema funcionó, ya que el rey Goujian de Yue invadió y destruyó el reino de Wu. El rey Fuchai se suicidó en el 473 a. C.

211. 1805.

212. Al sur de la provincia de Anhui.

213. Una de las tres ciudades que confluyeron dando lugar a Wuhan, la capital de la provincia de Hubei.

214. La Torre de la Grulla Amarilla recibió su nombre de una tradición según la cual un Inmortal, cabalgando una grulla amarilla (montura habitual de los Inmortales), vino a sobrevolarla. Esta construcción muy antigua siempre inspiró a los poetas, como al gran Li Bai (701-762) y a muchos de sus contemporáneos. Hanyang es otra de las ciudades que se han convertido en Wuhan.

215. Obra geográfica realizada en la época Han (206 a. C.-220 d. C.) que describe los ríos de China. La versión que debió de haber leído Shen Fu, la misma que existe actualmente, se cree que se remonta al período de los Tres Reinos (220-280).

216. Dos de los poemas más famosos de la lengua china. Su Dongpo (1036-1101), poeta de la dinastía Sun, al escribir sobre el período de los Tres Reinos de unos 800 años antes confundió los acantilados de Huangzhou (hoy parte de la moderna ciudad de Huanggang) con el verdadero lugar de la batalla, a unos 140 kilómetros de distancia. Un error famoso no tan inexplicable, ya que en chino los dos nombres suenan prácticamente igual.

217. Alto funcionario, ministro y escritor del emperador Xuanzong (712-756) de la dinastía Tang.

ÍNDICE

Introducción

SEIS ESTAMPAS DE UNA VIDA A LA DERIVA
PRIMERA PARTE. Felicidad conyugal
SEGUNDA PARTE. Los pequeños placeres de la vida
TERCERA PARTE. Las penas de la vida
CUARTA PARTE. El placer de viajar

APÉNDICES
Las estampas perdidas
  QUINTA PARTE. Mis experiencias en Taiwán
  SEXTA PARTE. El camino de la vida

Cronología

Mapas

Su opinión es importante.
En futuras ediciones, estaremos encantados de recoger sus comentarios sobre este libro.

Por favor, háganoslos llegar a través de nuestra web:

www.plataformaeditorial.com

Índice

Portada 2
Créditos 3
Epígrafe 4
Introducción 5
SEIS ESTAMPAS DE UNA VIDA A LA DERIVA 8
PRIMERA PARTE. Felicidad conyugal 9
SEGUNDA PARTE. Los pequeños placeres de la vida 42
TERCERA PARTE. Las penas de la vida 60
CUARTA PARTE. El placer de viajar 90
APÉNDICES. Las estampas perdidas 140
QUINTA PARTE. Mis experiencias en Taiwán 142
SEXTA PARTE. El camino de la vida 143
Cronología 144
Mapas 146
Notas 149
Colofón 166